



Pensar el Caribe desde Juan Bosch y Eric Williams

A 50 años de *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*



Juan Bosch

Fundación Juan Bosch

COLECCIÓN BECAS DE INVESTIGACIÓN



**Pensar el Caribe desde Juan
Bosch y Eric Williams:
A 50 años de De Cristóbal
Colón a Fidel Castro**

Pensar el Caribe desde Juan Bosch y Eric Williams : a 50 años de De Cristóbal Colón a Fidel Castro / Claudia Edith Serrano Solares... [et al.] ; prólogo de Gloria Esperanza Amézquita Puntiel ; Jacqueline Laguardia Martínez ; Matías Bosch Carcuero.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; Santo Domingo : Fundación Juan Bosch, 2021.

Libro digital, PDF - (Becas de investigación)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-042-2

1. Caribe. 2. Psicología. I. Serrano Solares, Claudia Edith. II. Amézquita Puntiel, Gloria Esperanza, prolog. III. Laguardia Martínez, Jacqueline, prolog. IV. Bosch Carcuero, Matías, prolog.

CDD 301.01

Arte de tapa: Dominique Cortondo Arias

Diseño y diagramación: Ana Uranga B.

COLECCIÓN **BECAS DE INVESTIGACIÓN**

Pensar el Caribe desde Juan Bosch y Eric Williams: A 50 años de De Cristóbal Colón a Fidel Castro



Juan Bosch

Fundación Juan Bosch





CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

COLECCIÓN **BECAS DE INVESTIGACIÓN**

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

María Fernanda Pampin - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Equipo

Rodolfo Gómez, Giovanni Daza, Teresa Arteaga, Tomás Bontempo, Natalia Gianatelli y Cecilia Gofman



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Pensar el Caribe desde Juan Bosch y Eric Williams: A 50 años de De Cristóbal Colón a Fidel Castro

(Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2021).

ISBN 978-987-813-042-2

© **CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais**

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.



Licencia Creative Commons - Atribución - No Comercial (by-nc)

Se permite la generación de obras derivadas siempre que no se haga con fines comerciales.

Tampoco se puede utilizar la obra original con fines comerciales. Esta licencia no es una licencia libre. Algunos derechos reservados: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es>

Hecho el depósito legal que marca la ley 11723. Impreso en Argentina.

Impreso en Imprentas del Estado Bonaerense, en el mes de agosto de 2021.

Índice

Presentación. Bosch y Williams,
cincuenta años después: motivos para una convocatoria9
Gloria Amézquita, Matías Bosch Carcuro y Jacqueline Laguardia Martínez

MIRADAS DESDE EL CARIBE

Williams y Bosch: dos miradas sobre un Caribe Nuestro..... 17
Claudia Edith Serrano Solares y Abdiel Hernández Mendoza

Juan Bosch y Eric Williams:
caribeñidad epistemológica y desontologización corpórea.....43
Enrique Toledo Hernández

Notas seculares sobre la psicología caribeña..... 75
Martín Arcila Rodríguez

El Caribe *frontera imperial* como territorio estratégico
en la geografía histórica del capitalismo107
David Ernesto Domínguez Carbajal

APROXIMACIONES TEÓRICAS A LAS OBRAS DE JUAN BOSCH Y ERIC WILLIAMS

Juan Bosch y Eric Williams. Trascendencia epistémica de sus historias....139
Felix Valdés García

Conocer el Caribe: el proyecto teórico-político de Eric Williams 153
Daniel Montañez Pico

Lecturas de un clásico caribeño: una visión de la obra de Juan Bosch.....169
Pedro L. San Miguel

Sobre los autores y autoras.....187

Bosch y Williams, cincuenta años después: motivos para una convocatoria

En ocasión de celebrarse los cincuenta años de la publicación de dos libros de alta significación para el Caribe, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: el Caribe, frontera imperial*, de Juan Bosch, y *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean 1492-1969*, de Eric Williams, el Grupo de Trabajo CLACSO “Crisis, respuestas y alternativas en el Gran Caribe” y la Fundación Juan Bosch de la República Dominicana, con el apoyo de CLACSO, co-organizaron la convocatoria al Concurso de Ensayos “Pensar el Caribe desde Juan Bosch y Eric Williams: A 50 años de *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*”.

El propósito mayor de la convocatoria era aprovechar la ocasión para motivar a jóvenes intelectuales y pensadores de América Latina y el Caribe a visitar ambas obras publicadas en 1970 e impulsarlos a reflexionar sobre el Caribe, su historia, su contemporaneidad y los muchos desafíos que enfrenta la región en sus esfuerzos por construir sociedades inspiradas en la imaginación, el quehacer y la transformación poscoloniales. La respuesta de la Secretaría Ejecutiva y la Dirección de Investigación de CLACSO fue de una receptividad inmediata, reconociendo la relevancia y trascendencia de esta iniciativa.

Los dos libros que sirvieron como excusa para esta invitación guardan semejanzas, a la vez que marcadas diferencias. Ambas obras

se parecen en sus títulos, proponen maneras de historiar el Caribe y fueron escritos por dos intelectuales con marcado activismo político que dejaron profundas huellas en la conformación de sus Estados nacionales y en las sociedades mismas en las que se desarrollaron en sus años más fecundos.

Tanto Bosch como Williams fueron votados a inicios de la década de 1960 para encabezar los gobiernos de sus respectivos países y contaron con amplio respaldo popular como líderes de sus naciones. Antes habían acumulado una prestigiosa trayectoria intelectual (en el caso de Bosch como autodidacta impulsado a la comprensión de los procesos sociales y en el caso de Williams como académico doctorado en Oxford) y aunaban a su alrededor simpatizantes en sus metas de incorporar al Caribe en el torbellino de cambios que se extendió por el planeta tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, en una ola de democratización, fin de tiranías e independencias posibles tras la derrota del viejo orden imperial desde el cual Europa gobernó el mundo.

En nuestra región, dicha oleada, no exenta de contradicciones, tenía sus singularidades en el marco de los esfuerzos latinoamericanos y caribeños por su autodeterminación con transformaciones sociales, y la impugnación a la dominación extranjera principalmente de Estados Unidos, proceso que estuvo condicionado por el partea-guas de la Revolución Cubana (1959), la cual marca con su sello el título de las dos obras homenajeadas. Hay que recordar que República Dominicana sería invadida por Estados Unidos en 1965, para impedir el triunfo de la revolución cívico-militar (acusada de “comunista”) que buscaba reponer a Bosch como presidente legítimo, y que Trinidad y Tobago recién se constituiría como país independiente en 1962.

Desde una visión anticolonialista y antiimperialista, que tanto Juan Bosch y Eric Williams compartían en sus análisis sobre la región, su pasado, presente y futuro, ambos intelectuales edificaron una obra fundamental para entender la historia del Caribe y establecer el papel jugado por la región como pieza central que permitió la grandeza de Europa a costa de su empobrecimiento y explotación

sistemáticas, y luego su rol estratégico en la expansión del poder estadounidense como imperio principal que surge de la Primera Guerra Mundial.

Sus análisis se complementan y ayudan a componer una visión amplia del Caribe en su devenir, sus contradicciones internas y su lugar en el mundo. Sin embargo, es poco usual que el Caribe y sus obras fundamentales sean objeto de estudio y recuperación, y así también es poco frecuente que los jóvenes interesados en conocer sobre el Caribe sepan de ambas obras pues, al pertenecer a universos lingüísticos diferentes, los hispanohablantes están más familiarizados con la obra de Bosch mientras los angloparlantes entran en contacto con los trabajos de Williams.

La convocatoria también se propuso superar la fragmentación idiomática que se vive en el Caribe, por eso su lanzamiento circuló en castellano y en inglés, pues tanto desde el Grupo de Trabajo como desde la Fundación Juan Bosch se identificó, en una preocupación que CLACSO comparte, cuán difícil es hacer coincidir a jóvenes pensadores caribeños de procedencias lingüísticas distintas.

En ese sentido, felicitamos a los jóvenes investigadores que acogieron esta convocatoria y enviaron sus ensayos, cuyos trabajos reconocemos como esfuerzos iniciales en un camino que esperamos sea largo y fructífero dedicado al estudio integral y profundo de los temas caribeños, recuperando pensadores clásicos y promoviendo intelectuales emergentes. Todas las postulaciones recibidas se encontraron en condiciones de ser evaluadas por el Comité Internacional, el cual consideró la calidad, pertinencia, coherencia y actualidad de los ensayos de acuerdo con las bases de la convocatoria. En virtud de la calidad y excelencia de la mayoría de los trabajos se decidió otorgar 2 (dos) premios y 2 (dos) menciones, que son las incluidas en esta publicación realizada en coedición entre CLACSO y la Fundación Juan Bosch.

Asimismo, es importante destacar el valioso trabajo del Comité Internacional presidido por Suzy Castor, a quien agradecemos por su invaluable apoyo, y conformado por prestigiosos expertos en

Historia y Estudios caribeños como Chiqui Vicioso, Félix Valdés, Camille Chalmers, Daniel Montañez, Pedro San Miguel y Humberto García Muñiz. A todos ellos les agradecemos por su dedicación y compromiso. Es además un notable aporte de calidad contar con sus aportes en la primera parte de esta publicación.

Desde ya, reconocemos también el trabajo del equipo de la Dirección de Investigación de CLACSO, especialmente el acompañamiento de Tomás Bontempo.

En cuanto a las postulaciones presentadas, lamentablemente solo recibimos ensayos redactados en castellano, lo que nos indica la necesidad de trabajar más en pos de sumar a los caribeños no hispanohablantes a las discusiones sobre el Caribe que se promueven desde CLACSO y alimentar así el diálogo necesario entre vecinos que se desconocen como consecuencia de una historia de colonización que segmentó las sociedades también desde culturas impuestas.

A su vez, la respuesta a la convocatoria se concentró en países del Gran Caribe, elemento que también nos alerta sobre el conocimiento insuficiente que sobre la región se tiene en el conjunto de América Latina. Este es otro propósito que particularmente desde el Grupo de Trabajo se reconoce que debe seguir impulsándose: la mayor divulgación de los aportes fundamentales de los intelectuales y políticos caribeños al saber producido desde y para los pueblos del Sur.

El Caribe, aunque pequeño, ha sabido superar las pruebas más terribles impuestas por el colonialismo y, contra todos los pronósticos, lucha por edificar sociedades más justas, soberanas y democráticas. Cuna de grandes revoluciones que apostaron por la búsqueda de las libertades más amplias –al precio de ser castigadas sin piedad por los poderes imperiales– los pueblos caribeños intentan avanzar en sus esfuerzos de cambios y prosperidad. Conocer su historia y el valioso legado intelectual de sus pensadores y pensadoras es vital para estos empeños. Desde el Grupo de Trabajo de CLACSO “Crisis, respuestas y alternativas en el Gran Caribe”, la Fundación Juan Bosch y entidades aliadas, continuamos comprometidos con apoyar estos propósitos y esperamos que este volumen recopilatorio con los ensayos ganadores

de la convocatoria sea útil para saber más sobre las obras y los aportes de Juan Bosch y Eric Williams.

Los y las dejamos entonces con los autores y sus relevantes aportes que, estamos seguros, seguirán alimentando el pensamiento caribeño y latinoamericano.

Gloria Amézquita y Jacqueline Laguardia Martínez
Coordinadoras del Grupo de Trabajo de CLACSO
“Crisis, respuestas y alternativas en el Gran Caribe”

Matías Bosch Carcuro
Fundación Juan Bosch, República Dominicana

Miradas desde el Caribe

Williams y Bosch: dos miradas sobre un Caribe Nuestro

Claudia Edith Serrano Solares y Abdiel Hernández Mendoza

*Continuar de pie, como el destino,
frente a horizontes de sangre y odio,
Frente a todo lo que puede ser humano y no lo es...
Soy como un tabú hecho de fuerzas diferentes...
¿Sabes cómo se doblega un espíritu así? Solo muerto...
Delia McDonald Woolery*

Introducción

El Caribe se piensa y observa bajo una diversidad de cosmovisiones y aristas de pensamiento, la mayoría marcadas por la imposición de intereses económicos, políticos y sociales de los imperios allí establecidos. La mirada y manos de Europa crearon urdimbres para hilvanar las historias del Caribe. Más allá de indagar en las particularidades y características inherentes a esas comunidades, se ocuparon de producir las representaciones políticas e ideológicas que sentenciaron el futuro de la región.

La construcción de tales especificidades ha sentado los cimientos teóricos de varios autores quienes, interesados en reflexionar sobre el Caribe, enfrentaron junto a esas problemáticas, una suerte de ambigüedad para determinar lo que constituye o no a esta región. Es costumbre pensar aquella desde la fragmentación y no como un todo producto de la colonización y la disputa constante por parte de los imperios europeos; dinámica predatoria a la cual Estados Unidos se incorporó más tarde: “Esa historia sorprende porque ni aun nosotros mismos, los hombres y las mujeres del Caribe, acertamos a percibirla en toda su dramática intensidad debido a que la estudiamos en porciones separadas” (Bosch, 2009, pp. 60-70).

Sin embargo, la referida tradición historiográfica se interrumpió con la publicación de las obras: *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe frontera imperial* (1981) y *From Columbus to Castro: The history of the Caribbean 1492-1969* (1984), escritas por Juan Bosch y Eric Williams, respectivamente. Si bien estos autores no tejen sus análisis desde la misma hipótesis, posibilitan un diálogo enriquecedor y complementario, marcado y articulado por las dinámicas hegemónicas con lo que ambos textos contribuyen a transformar la historia de las ideas de la región.

Considerando lo anterior, el presente ensayo tiene como propósito destacar las aportaciones de los autores al estimar que son un punto de inflexión para la historiografía del Caribe, siendo un precedente en los análisis multi, inter y transdisciplinarios de la región. Bosch y Williams parten en sus trabajos del reconocimiento de un proceso histórico común que supera la fragmentación territorial e identitaria impuesta con la colonización, dando cabida a la unidad de esos territorios desde su heterogeneidad. Asimismo, sus contribuciones permitieron el desarrollo de estudios *desde el Caribe para el Caribe*, con vigencia y relevancia para la comprensión de la región en el siglo XXI, lo cual se percibe en las obras de Max Puig, Josefina Záite y muchos más, incluso en términos cinematográficos con René Fortunato.

Para ahondar en las ideas de Bosch y Williams, este ensayo se organiza en tres secciones. La primera, enfocada en *la invención del Caribe: de Colón a la frontera imperial*, hace un breve esbozo de los mitos y realidades gestadas, el colonialismo, la estructura de explotación y los elementos constituyentes de la frontera imperial. La segunda sección titulada *Imperialismo y fragmentación del Gran Caribe* se orienta al análisis de las disputas imperiales y cómo estas determinaron la formación de múltiples caribes basados en las estrategias de dominación de los imperios europeos que arraigaron la fragmentación. Finalmente, la tercera y última sección referente al *Gran Caribe: la liberación nacional y el antiimperialismo*, se concentra en el otro gran acontecimiento, el de la Revolución Cubana y su carácter antiimperialista como símbolo de las lógicas de resistencia en la región.

La invención del Caribe: de Colón a la frontera imperial

Los imaginarios del Caribe son múltiples, cada uno de ellos coexisten en una gran diversidad de modos de vida, cultura, organización y entendimiento con el territorio, que le dan sentido a una de las entidades más complejas existentes en el mundo. La construcción espacial del Caribe se explica de la misma manera en la que Makandal trasciende al momento de su muerte; es decir, morir para existir (Janij, 2010).

Empero, no es posible reducir a una expresión poética la existencia del Caribe, todo lo contrario. La travesía de su complejidad comienza con el acontecimiento llamado Cristóbal Colón, que Eric Williams y Juan Bosch coinciden en señalar en tanto inicio de un proceso incesante de reconstrucción identitaria. Una historia que enfrenta intentos infinitos por ser destruida ya sea con la separación racial en pieles negras (Fanon, 2009) o la misma polarización social, económica y política que creció como hidra para controlar al Calibán que después será nombrado caribeño.

Es así que el primer viaje de Colón tuvo una importancia decisiva para que, al trazar este espacio, se orientara a satisfacer los deseos de dominación imperiales que prevalecen como un punto estratégico en el mundo contemporáneo. La permeabilidad del Caribe permitió que se convirtiera en el punto de acceso continental, motivo suficiente de la denominación de sus pueblos originarios.

los europeos bautizaron “caribes” a los aborígenes que resistieron la conquista de sus tierras ancestrales en las Antillas. Luego les sumaron otros amerindios a quienes querían «rescatar para la evangelización», léase esclavizar en sus minas, pesquerías de perlas y siembras. Al redefinir el término, los españoles mezclaron mitos americanos y europeos con algo de realidad (Gaztambide, 2006, p. 3).

En el énfasis puesto sobre el sujeto, es posible identificar que los caribes fueron la referencia aceptable que consolidó la colonización y forjó la idea de la barbarie en esas tierras; argumento central para justificar el despojo de parte de los imperios allí establecidos y erradicar mediante los genocidios iniciados con la invasión, todo sentido de identidad. Si bien, de los caribes devino el nombre del Caribe, Cristóbal Colón murió convencido de haber llegado a las Indias Occidentales; aquello repercutiría en una de las denominaciones de mayor difusión, *West Indies*.

Gran Bretaña tradujo el nombre imperial español. Y hasta hace unos cincuenta años, los anglófonos a ambos lados del Atlántico incluyendo aquellos dentro del Caribe se referían a las Antillas exclusivamente como las *West Indies*. Todavía esa identidad internacional tiene fuerza entre ellos y entre algunos europeos, cosa comprensible además porque el término es más amplio al incluir, por ejemplo, masas continentales (Cuadras, 2013, p. 93).

La cartografía, por su parte, tendió más a retomar *el Caribe* que *West Indies*, no obstante, da cuenta de la arbitrariedad con la que se usaron ambos términos para aglutinar o segregar espacios en función de los intereses económico-comerciales de la época y del imperio en

turno a cargo de los designios de esos territorios. Con ello, diluyeron parte de los significados propios para reemplazarlos por los mitos europeos interesados en construir otros Caribes.

En la región, los anglófonos acostumbran hablar del Caribe y pensar acerca del mismo refiriéndose a las islas de habla inglesa o a los estados miembros del Caribe (Caricom). Algunas veces la expresión “the wider Caribben” se emplea para aludir, en realidad, a “los otros”. En la bibliografía hispánica el Caribe suele referirse a las islas donde se habla español solamente, o a las Antillas –toda la cadena de islas–. No hace mucho se comenzó a distinguir entre el Caribe insular –las islas–, el Gran Caribe (Greater Caribbean) o la cuenca completa (Girvan, 1999, p. 8).

Esta inminente fragmentación geográfica será visible hasta en los referentes lingüísticos, religiosos y culturales. Aunque, contrario a lo que se piensa, las primeras embarcaciones no fueron de hombres europeos y africanos hacia el Caribe, en realidad fue al revés. La primera intención de Colón fue aprovechar a los pobladores de esas comunidades como fuerza de trabajo, por lo que en su viaje de regreso, para probar su llegada a las Indias Occidentales:

Decidió llevar a algunos a España para enseñarles el idioma. Incluyó deliberadamente a las mujeres en su número, explicando que los portugueses no habían tenido éxito en esfuerzos similares con los negros de Guinea porque habían tomado solo hombres, pero que los indios, teniendo sus mujeres con ellos, se inclinarían a realizar lo que se les exigía, mientras que las mujeres también enseñarían a los españoles su idioma (Williams, 1984, p. 31).

Esas embarcaciones iniciaron el tráfico de personas, no de esclavos negros pero sí de esclavos caribes, que ante la supuesta barbarie de la que eran sujetos por naturaleza se les condenó a trabajo forzado a cambio de su salvación cristiana. Es relevante notar cómo el eje transversal para la explotación de la fuerza de trabajo a gran escala,

parte del esclavismo en tanto medio que llevaría en sus hombros la plusvalía que daba vida a la *modernidad* europea.

La ecuación se invirtió, producto de las trabas que impuso la corona española, anteponiendo el carácter religioso mediante la encomienda, lo que abrió las puertas para que el Caribe recibiera una gran cantidad de personas, en su mayoría africanos, y con ello emergiera el mercado de esclavos, dominado principalmente por Portugal. Eric Williams es sentencioso –en el desarrollo de su obra– al señalar la génesis de la identidad caribeña en el tráfico de personas ajenas a la *blanquitud* europea.

El esclavismo se erige fundamento de esa consecución histórica, anotado en las obras de Bosch y Williams, que colocan al sujeto como parte de la construcción espacial no neutra. Por ello, el hallazgo del Caribe por los europeos no debe reducirse solo a la geografía física y a los viajes odiseicos exacerbados como hazaña, es la consecución de una historia de barbarie y colonización. América en lo general y el Caribe en lo particular se construyen porque en la carrera colonial europea de la época también se inventaron África y los africanos dos siglos antes (Williams, 1984, p. 13).

En el análisis de ambas obras es posible observar una dinámica de expoliación y dominación en la que los actores dominados-cosificados, posibilitaron a la nobleza europea disfrutar del azúcar que acompañó la lectura de sus periódicos. ¿Se habrán preguntado en el centro del “humanismo” británico –destrozado en los escritos de Williams– sobre el origen de esa dulzura culinaria? Para los autores que nos convocan, la respuesta recae en la necesidad europea de inyectar personas negras al Caribe, hecho que garantizó esos placeres que a personajes como Alejandro Von Humboldt llamó la atención, solo para el registro de sus anotaciones. La invención del Caribe se acompañó también del componente epistémico, la intelectualidad de la época forjó en el imaginario *la naturalidad* de la conquista por la inaugurada modernidad europea. Ejemplo de ello es Montesquieu, citado por Williams (1984, p. 175) como ese precursor del derecho europeo de la Conquista, sobre el cual volveremos más adelante.

Coexisten una gran diversidad de hechos que transitaron de relatos sobre ideas equivocadas a retratos cartográficos que incluían o excluían comunidades y/o culturas dando origen a narrativas ajenas al sujeto histórico situado, dibujando y desdibujando en el tiempo. Así, un día podrían ser de una metrópoli y a la mañana siguiente de otra. “Un acercamiento al término nos permite esclarecer que el Caribe ha servido para designar espacios geográficos, geopolíticos y socio-culturales más reducidos o más amplios, según enfoques e intereses estratégicos diversos y a veces antagónicos” (Cuadras, 2013, p. 93).

El arraigo significativo del Caribe y *West Indies* es multifactorial, de ahí que se referencie en ambas obras a consecuencia de los imaginarios fragmentados forjados con la cristalización geográfica-económica-social-cultural y lingüística. Una idea que emerge en la diversidad de fuentes consultadas por Bosch y Williams, en la escritura de sus respectivas obras, con temas que van desde la historia de las Indias y las anotaciones realizadas de los viajes. Los dos libros evidencian el notable trabajo de rastreo de fuentes en diferentes bibliotecas en el mundo, así como en archivos históricos nacionales, confirmando el papel determinante que jugó la historiografía en afianzar esas ideas de heterogeneidad. De acuerdo con Pablo A. Mariñez (2009), se parte de los elementos propuestos desde el pensamiento eurocentrista pero Bosch y Williams se convierten en el testimonio de los discursos hegemónicos reproducidos en detrimento de lo propio.

Estos autores crean obras para construir una historia que supere lo dicho, para elevar la voz del Caribe y visibilizar los estragos del constante despojo de sus habitantes. Bosch advierte: “La historia del Caribe es la historia de las luchas de los imperios contra los pueblos de la región para arrebatarles sus ricas tierras; es también la historia de las luchas de los imperios, unos contra otros, para arrebatarse porciones de lo que cada uno de ellos había conquistado; y por último la historia de los pueblos del Caribe para librarse de sus amos imperiales” (Bosch, 2009, p. 62).

Y es que en esta construcción de la historia del Caribe se observan la reproducción, los discursos de barbarie, la estratificación de la

raza y la división social del trabajo, en su avidez permanente por legitimar la importancia de su ocupación. Al sujeto caribeño lo inventan para exhibirlo como esclavo con carácter utilitario en el mercado de trabajo naciente en la región. Así, la historia que se escribió en ese momento respondió más a las fantasías europeas por el Caribe que al Caribe mismo, esa alevosía permeó a gran escala en todas las formas de vida y en la construcción cultural regional.

La ampliación del dominio viene acompañada de “su naturaleza privilegiada para ser frontera de dos o más imperios. Ese destino lo ha hecho objeto de la codicia de los poderes más grandes de Occidente y teatro de la violencia desatada entre ellos” (Bosch, 2009, p. 61). En ese sentido, el Caribe es un constructo histórico que sintetiza los cambios políticos y económicos sucedidos en el mundo europeo al momento de su invención. Las diferentes formas de comprenderlo destacan las virtudes y contradicciones de su composición, no ya racial e identitaria, sino como un fin en sí mismo bañado en las aguas que posibilitaron la expansión-contención de los imperios existentes.

Imperialismo y fragmentación del Gran Caribe

El Caribe como construcción es el síntoma fundamental para comprender el mundo como mundo (Ianni, 1996, p. 3), no ya en su aspecto fisiográfico, sino en el histórico, por ello es que la lectura del Caribe como punto de encuentro es más una apertura histórica que sigue en litigio. “La voluntad de ser de Europa conduce al Caribe; primero en tanto que búsquedas de rutas comerciales y luego, y casi sin solución de enlace, al afán de su conquista y dominación; más tarde conducirá a relacionar a África con el Caribe como expediente para mantener el saqueo en ascenso” (James, 2018, p. 33); sin embargo, la pugna por la autonomía caribeña aún trastoca el tema de la existencia.

Esa voluntad de ser es traducible en la necesidad de seguir existiendo puesto que no es que Europa hiciera al Caribe, la hechura no

tenía como finalidad la semejanza, fue la oportunidad de obtener nuevos medios que dieran paso a la renovación del Viejo Continente. Las relaciones de producción, los minerales, la fuerza de trabajo, la vinculación con África, entre otros aspectos, constituyeron una edificación parcial y segmentada de la región. No fueron solo España, Reino Unido, Francia, los Países Bajos, por separado o en su conjunto, los que dejaron los cimientos; por el contrario, son las consecuencias de su paso, de sus arbitrariedades, técnicas de dominación, de su explotación, de las migraciones constantes provocadas, del exterminio y del exilio de los caribes –junto al exterminio también de sus formas históricas de relacionarse con la naturaleza–, las que dan lugar a la apropiación y sublevación de un ser sintetizado en la cultura, la música, las lenguas originarias, las religiones.

Ese mosaico multicultural que resguarda las luchas y resistencias solo fue posible porque España carecía, Bosch y Williams coinciden en ello, de los elementos para ser un verdadero imperio o al menos asemejarse a los que le antecedieron. “El Caribe había sido descubierta y conquistado por un país que tenía capacidad política y cierto grado de capacidad militar, pero no tenían la capacidad económica ni la capacidad social que hacía falta para desarrollar la zona como empresa colonial” (Bosch, 2009, p. 78).

La debilidad del imperio español, primero en adjudicarse la propiedad y por lo tanto el despojo del Caribe, llevó a una serie de infortunios a consecuencia de su intención por monopolizar el Nuevo Mundo. Esto no fue bien aceptado en Europa, inicialmente por Portugal, donde el poder eclesiástico logró hacer contrapeso y *a posteriori* por Reino Unido y Francia.

A medida que la Reforma Protestante reducía las “divisiones” del Papa, y Europa se acercaba a las guerras de religión, el protestantismo y el nacionalismo veían en el monopolio español del Nuevo Mundo el principal baluarte del catolicismo en Europa y los tendones de la fuerza militar de España. La Inglaterra protestante y la Francia católica se convirtieron en los principales enemigos de

España; pronto se les unió la Holanda protestante, cuando esta logró declarar su independencia de España (Williams, 1984, p. 72)

La repercusión directa en el Caribe de lo que sucedía en Europa lo colocó como centro de disputa articulado en dos vías: a partir de lo que se podía obtener de sus tierras y sus pobladores y como una extensión de los conflictos europeos. El asalto, robo y atraco a los barcos españoles que venía del mar caribeño con destino a la Península Ibérica por parte de los franceses y británicos, prácticas comunes en el Viejo Continente, antecedieron a la ocupación de la región.

Los corsarios franceses habían comenzado a actuar contra España, desde antes. En 1523 habían apresado los barcos en que Cortés enviaba a Carlos V los tesoros tomados a Moctezuma. Pero en 1528, no se sabe qué día ni qué mes, cuando comenzaron a operar en el Caribe con su asalto a las costas de Puerto Rico. Ese asalto fue el punto de partida de una historia particular que acabaría siendo decisiva en la historia general de la región. Un siglo después ya no serían corsarios audaces los que actuarían en el Caribe; serían fuerzas mayores, lanzadas a ocupar islas en las vecindades del lugar donde se produjo el ataque de 1528, y con la ocupación de esas islas comenzaría una nueva era de violencias en el Caribe (Bosh, 2009, p. 212).

Las ocupaciones francesas fueron las primeras, pero no las únicas; Reino Unido también creó asentamientos en el Caribe amparados por “La propia Reina Isabel [que] enunciaba con fuerza la doctrina de la libertad de los mares [doctrina de la ocupación efectiva]: ‘El uso del mar y el aire es común para todos; no puede ningún título sobre el océano pertenecer a ningún pueblo o particular’” (Williams, 1984, p. 72). Ante este autoproclamado derecho de conquista europeo, la fragmentación caribeña había comenzado.

El período de formación de los otros Caribes se reflejaría en lo geográfico, mediante los retratos cartográficos que dejaron los conquistadores, pero paulatinamente tendría matices en las esferas productiva, social, lingüística y cultural. En el caso específico de Reino Unido “utilizando como criterio la doctrina de la ocupación efectiva

en lugar de las meras declaraciones de soberanía, los recién llegados dirigieron su atención principalmente a tres regiones de fácil acceso que España había descuidado y sobre las que su protectorado era meramente nominal. Estas áreas eran las Antillas Menores, Guayana y América del Norte” (p. 76).

Sin embargo, es necesario enfatizar algo que junto a la lectura de Williams (p. 97) se consigue dilucidar. La heterogeneidad, materializada en la fragmentación, no fue inventada en el Caribe ni con las misiones de conquista europeas en el mundo, es producto del ideario expansionista. Ello se observa en las formas en que se esclavizó y secuestró a los europeos de clase social baja para ser mercantilizados e intercambiados por algodón, para ser colocados como sirvientes blancos en el Caribe, para deshacerse de la pobreza europea y descentralizarla. Desde ese momento el sistema capitalista mostró la indiferencia del origen de la mercancía, siempre y cuando esta elevara la tasa de ganancia y rentabilidad en los Caribes. Al llevar a su población al Caribe, Europa se expolió en un primer momento, a sí misma.

Una partición que originó un Caribe hispano, un Caribe anglófono, así como un Caribe francófono fue el surgimiento de la plantación como unidad económica basada en el esclavismo. Esta se erigiría como una de las empresas modernas más redituables, en particular para los británicos y franceses, mientras que las colonias españolas estarían más enfocadas en la extracción de minerales, entre ellos, el oro y la plata, aunque también obtuvieron grandes beneficios del cultivo de azúcar, tabaco, por mencionar algunos.

El Caribe continental e insular se convirtió en el escenario de la formación del imperio-conquista, extrapolado a la división internacional del trabajo que fundamenta al capitalismo como realidad totalizadora con pretensiones de dominación, apropiación, expoliación, ordenamiento, disciplinamiento y demás adjetivos y adverbios que modernizaron esa relación inicial. La pugna interimperialista que logró un exterminio masivo de lo natural para que a partir de estrategias de *quema o rosa* se fertilizara el nacimiento de un ente dividido. “Para el aborígen, en cambio, el tiempo es solamente el margen

de días y de noches que pueden salvar antes de ser destruido por el conquistador; por la velocidad con que este devora el tiempo. Para el esclavo, por último, el tiempo tendrá una connotación lentísima, por la brutalidad de la práctica esclavista” (James, 2018, p. 52).

En esta conformación identitaria los europeos se identifican bajo el signo de la modernidad, no solo ya por las innovaciones tecnológicas que ostentan, son modernos porque asesinan, construyen naves más poderosas, con cañones acerados, entrenan a los demás animales para la guerra, inventan armas, se encantan de encontrar a seres humanos a quienes se les pretende –hasta el siglo XXI– despojar de toda identidad, hacen ejercicios de comparación y reproducen la segregación racial a amplia escala, la consolidan con esa modernidad a relaciones de mando-obediencia sustentadas en la esclavitud que van modernizando.

En esta descripción de la lucha imperial más allá del azúcar, los autores nos permiten observar el derrotero por la búsqueda de ampliación del dominio en una realidad geográfica en permanente construcción. Ese ejercicio, al que se le dio el grandilocuente sufijo de «descubrimiento» al acto de descubrir como el acto más grande desde la ilustración europea, significa la materialidad de su expansión, expansionismo del imperialismo europeo, que reproduce fábricas, vías de ferrocarril, lugares de abasto, hostales, una modernización de Europa fuera de ella, con humanos otros a imagen y no semejanza de la *blanquitud* europea.

Es de manera precisa el capitalismo mercantil quien impulsa este pensamiento al autonombrarse como el padre de América y como tal, generar las condiciones de reproducción de la dependencia; esa *no semejanza* se convirtió en la justificación colonial, tal y como cita Williams a Postlethwayt: “el deber de las colonias era ‘dependen inmediatamente de su padre original y hacer que sus intereses se subordinen a él’” (citado en Williams, 1984, p. 175).

Ante este panorama, es posible comprender en el recorrido de fuentes que realizan los autores la manera en que Europa comenzó a formular una historia escrita, la cual le fue necesaria para

auto-confirmarse en el papel de *redentora*. Para los europeos su llegada a estas tierras se consideró como un favor divino –no sorprende que el *destino manifesto* haya devenido de Estados Unidos– que les permitió imponer y saquear a lo que hoy se denomina América. Y más allá de eso, los estudios descriptivos y lineales del Caribe se impusieron para reproducir la idea de *salvación de lo descubierto por sus descubridores*, a la par que se evitaban a toda costa las resistencias. Sin embargo, eso no sucedió. En la heterogeneidad que produjeron, crearon también resistencias, las cuales confirmaron a Occidente como causa de la fragmentación.

La respuesta a cómo lograr una reproducción colonial fue encontrada por los imperios europeos en esa temprana dependencia generada y actualizada de manera constante desde entonces. Garantizar el trabajo impuesto primero como esclavitud, luego en los derivados de esta como la encomienda, para que el caribeño accediera a alimentos fueron dos de las acciones que le han permitido a Europa expoliar los recursos caribeños desde el inicio y en la que existe también una competencia interimperialista en esta frontera que conforme avanzó el tiempo se transformó.

Es así que la constante confrontación inaugurada por la fiebre del oro colombina al interior de América, en específico en México y Perú (Bosch, 2009, p. 78), reforzó *a posteriori* la necesidad de resguardar las rutas comerciales. Como bien lo señala Bosch, esto permitió que España se concentrara más en la parte continental, permitiendo dos cosas, el fortalecimiento de la lucha por la defensa de sus territorios, por parte de los caribes y la expansión de los otros imperios europeos, los que llenaron ese “vacío de poder” dejado por una España que buscó con el oro suplir sus deficiencias económicas y tecnológicas. La derrota para este país sería múltiple con el tiempo, se incrementaron los movimientos de liberación nacional, perdería guerras y sus dominios se desvanecerían como líneas en la arena del mar.

Gran Caribe: la liberación nacional y el antiimperialismo

Las obras de Bosch y Williams que aquí se analizan permitieron integrar en un solo objeto de estudio llamado *El Caribe* una serie de pensamientos aislados y desarticulados que impedían ver a la región como un todo, en medio de sus contradicciones siempre ensalzadas. El Caribe, puerta de acceso a los europeos, fue incinerado para permitir el establecimiento y florecimiento de la hipocresía denunciada por Jonathan Swift a través del rescate que Williams hace de su obra y en específico de la “indignación salvaje” denunciada por este en *Los viajes de Gulliver*. Williams (1984, p. 176) no solo hace una articulación del acto de dominación, sino que también deja ver que la brutalidad imperialista estaba presente y que era cuestión de tiempo esperar a que los caribeños iniciaran sus movimientos de liberación antiimperial.

Si bien estos movimientos comenzaban a ser evidentes, es la llamada por Bosch (2009, pp. 401-455) “Revolución americana” (*sic.*) la que redimensionó el curso del imperialismo en América y en específico en el Caribe. La fuerza estadounidense se dejó ver desde el reconocimiento de la anciana Europa que veía en Estados Unidos la promesa de su modernidad cumplida en un territorio también expoliado, pero que a diferencia del Caribe, fue ocupado por personas blancas y anglosajonas; es decir, la semejanza e imagen se cumplía en ese sueño que comenzó en Estados Unidos, como imposición del ejemplo que se debería seguir en el Caribe. En la historiografía hegemónica se señala hasta hoy que los movimientos de independencia tienen como antecedente el movimiento de independencia estadounidense.

Esa independencia fue el modelo que se ensayó para que los demás movimientos tuvieran un ejemplo a seguir, un modelo que, sin embargo, fue resquebrajado. Para los europeos esa era la forma permitida y ordenada de independencia, una en la que se les posibilitara intervenir de manera económica a través de tratados de amistad que encubrían la dominación vía deuda desde entonces. Con esos

parámetros pretendieron excluir, y por ende invisibilizar, aquellos movimientos que mostraban la sublevación social, resistencias que alojaban años de defensa ante el dominio imperial impuesto y lucha contra el inicio de la perpetuación del racismo (Trouillot, 1995, pp. 18-19), como el caso haitiano (Williams, 1984, p. 255).

Es así que el último imperio que nació a la par del resquebrajamiento de la monarquía española fue el estadounidense. Esta nación, siendo muy joven al lado de las europeas, se inaugura como potencia mundial al apropiarse de las colonias del débil y decadente imperio español. El Caribe se convierte en el punto de partida del imperialismo de Estados Unidos porque en esta región ese país emprendió una modernidad actualizada a las formas europeas, colocando así una frontera interimperial más allá del tema geográfico. De aquella es posible seguir su curso a través de la firma de tratados (Bosch, 2009) de compra-venta, sucesión imperial y demás que dan testimonio de la justificación histórica del despojo.

El surgimiento de una potencia americana incomodó sin duda alguna las pretensiones europeas, la competencia por la apropiación se recrudeció y lejos de mejorar las condiciones de vida, la situación se agudizó y reforzó aún más la fragmentación caribeña por la incorporación de la tecnología resultado de la revolución industrial de esa época. El ferrocarril construido en Jamaica, por ejemplo, mostró que la inversión en tecnología mejoraría la explotación de las zafras y por lo tanto, las regalías para los europeos, desde luego, en detrimento de la explotación desmedida de la fuerza de trabajo y de los recursos naturales.

Si bien los procesos independentistas asumidos a manera de descolonización iniciaron, como dice Bosch (2009, p. 64), en los entonces dominios británicos, franceses y holandeses, estos no dejaron de ser asediados. Tousaint Louverture lo advirtió de manera rápida y la confrontación fue inminente. Las acciones coloniales tras la Independencia de Haití, “la más rica colonia del Caribe”, fueron ejemplo de lo que sucedería a aquel movimiento no semejante al estadounidense y que fue en contra del sistema esclavista de la época.

Los colonizadores en ese momento prohibieron la abolición de la esclavitud; sin embargo, la respuesta haitiana es colosal, le regala a la humanidad la materialización de un acto de contención imperial dentro de sus mismas fronteras.

El proceso de independencia de Haití de 1791-1804 fue el parteaguas de las sublevaciones caribeñas para la liberación nacional versus el asedio y asfixia de las potencias; salieron de la forma política de dominación abierta aunque se mantuvieron bajo la égida económica. Muestra de ello es que su disputa por parte de las potencias europeas y estadounidense se mantuvo prácticamente intacta, solo mejoró las prácticas y estrategias para su dominación. ¿Cómo es que esto se posibilitó?

La respuesta que más adelante dio Estados Unidos es fundamental para comprender el giro de dominación que se consolidó después de la primera y segunda guerras mundiales. La victoria estadounidense es comprensible, entre otros factores por: 1) la apropiación de Puerto Rico, nombrado por José Gautier como el *jardín de América, la perla del mar, Borinquen*, a quien hasta hoy se mantiene como ese resabio colonial, y 2) la creación de Panamá (Bosch, 2009, pp. 63-67). Este hecho se convirtió en una consigna *mahaniana*¹ de crear sus réplicas en todas las partes del mundo, es así que la nación de Abraham Lincoln emprendió una campaña de creación-dominación de canales destinados al comercio internacional para ejercer una dominación de amplia escala, siempre acompañada del elemento militar.

Otra de las respuestas es posible desentrañarla en la búsqueda estadounidense por imposibilitar, a toda costa, un camino autónomo e independiente para el Caribe, el cual pudiera incluso, resultar en la asimilación de políticas orientadas a Europa. Una de las formas en que Estados Unidos garantizó su dominio fue bajo la inversión no solo en las compañías que sustituyeron el gran imperio esclavista

¹ Alfred Tayer Mahan, almirante y geopolítico estadounidense, quien en su obra *La influencia del poder naval en la historia 1660-1783*, da a probar a los estadounidenses “ese sabor a imperio” (Williams, 1984, p. 417).

azucarero, sino en otras similares que abarcaron más productos como el plátano, en donde sus capataces eran llamados también *dictadores*, *buenos vecinos*, *aliados para el progreso* y cualquier otro homónimo de la ahora dominación estadounidense.

Esta disputa interimperial de la que se escribe es la misma que se reproduce bajo el signo de la fragmentación. Nos referimos a que, al ser el capitalismo un sistema histórico, no una representación material, este se retroalimenta y adapta a la nación que mejor represente las tecnologías de poder de la época, muestra que se adhiere a una hegemonía temporal capaz de reordenar la heterogeneidad a favor de la explotación.

Las diferentes formas de explotación se alinearon a modelos de liberación que eran aceptados o no por los mismos occidentales. Para alejarse e *independizarse* de España, el *reconocimiento* debería venir de Reino Unido o Francia, incluso se crearon nuevas formas de explotación que son dibujadas por Pablo González Casanova (1975, pp. 103-108) como 'colonialismo interno', el cual reproducía los intereses imperiales, bajo representantes nacionales al interior de los Estados.

La creación de protectorados en aquellos estados que nacían a la vida independiente se convirtió en una forma de control bajo la premisa de supuesto acompañamiento para encaminarlos a la vía democrática. Otro de los conceptos inyectados en sus *descubrimientos* que desde entonces se ha convertido no solo en modelo, sino en tema de estudio; su (re)formulación es fundamental para comprenderla como un arma ideológica en la confrontación de los movimientos que desde entonces han mostrado que *sí hay alternativa*.

Es factible entender la frontera imperial en un contrasentido, y nos referimos al caso concreto de la Revolución Cubana, tema que contextualiza el otro acontecimiento señalado por los autores, que compete a Fidel Castro y con el que cierran sus respectivos análisis. Su trascendencia radica en que se convierte en un proceso multifactorial, muestra de la viabilidad de la lucha social, una especie de continuidad de los procesos de resistencia sembrados desde los *caribes*

para defender lo propio, para salir del yugo colonial/neocolonial impuesto y sobre todo de su capacidad para sobrevivir frente a los embates del imperialismo estadounidense.

Y es que la movilización social no era ajena en la época, había dado algunas señales de vida con la llegada a la presidencia de Jacobo Árbenz en Guatemala, quien fue derrotado mediante un Golpe de Estado en 1954, orquestado por la CIA y el gobierno de Estados Unidos. Ante los ojos imperialistas su más grande error fue intentar implementar una reforma agraria que garantizara la subsistencia del pueblo guatemalteco y quitara el monopolio de las tierras de manos de los consorcios estadounidenses, que huelga decir, fueron herencia de la explotación iniciada por los europeos.

de ahí que el presidente Eisenhower, acudiera de nuevo a la CIA para repetir en Cuba, en una escala varias veces mayor, lo que había hecho en Guatemala seis años atrás. El procedimiento mental por el cual los dirigentes políticos de Norteamérica llegaron a concebir ese ataque a Cuba fue muy simple: si Guatemala había sido presa del comunismo y por ello había expropiado tierras de la United Fruit Company, compañía norteamericana, Cuba lo era también puesto que había expropiado tierras, plantas eléctricas, bancos y refinerías de petróleo de norteamericano; y sí la CIA había devuelto Guatemala al mundo libre, y las propiedades norteamericanas a sus dueños, la CIA haría lo mismo con Cuba (Bosch, 2009, p. 741).

El triunfo de la revolución movilizó de inmediato a los estadounidenses, si bien se replicó la estrategia utilizada en Guatemala, poco a poco se intensificó la violencia y el asedio a Cuba. El objetivo estaba articulado a contrarrestar el fantasma de la otra independencia latinoamericana, José Martí había advertido que era esencial para librarse del yugo neocolonial impuesto; es decir, frenar toda posibilidad de expansión del modelo de revolución que se había llevado a cabo en la isla caribeña a otras latitudes tanto en el Caribe, como en América Latina y África.

Sin duda alguna la experiencia guatemalteca de ningún modo era igual al caso cubano, responden a distintas especificidades socioculturales, políticas y económicas; sin embargo, tenían una particularidad, ambas situaciones trastocaron los intereses de Estados Unidos en la región. El primero fue pulverizado mientras que el segundo logró resistir a los embates originados por el imperialismo de ese país. El costo para Cuba sigue siendo muy alto, hoy por hoy, porque Estados Unidos no ha parado de intentar asfixiar y aniquilar el sueño de la Revolución.

Es por ello que de manera precisa emerge “la Cuba de Castro y su esfuerzo distintivo por eliminar el legado que el régimen colonial dejó al pueblo antillano” (Williams, 1984, p. 478) y con ello *la alternativa caribeña*, incluso al mismo socialismo existente de la época, del que realizó algunas críticas Ernesto Che Guevara. “Como Khrushchev había profetizado en las Naciones Unidas en septiembre de 1960, los Estados Unidos hicieron a Castro un comunista. Como Herbert Matthews, el gran consejero americano de Castro y su crítico más amigable, argumenta convincentemente, ‘El comunismo no fue una causa de la revolución cubana; fue un resultado’” (citado por Williams, 1984, p. 485).

La cercanía político-diplomática con la URSS apareció como una consecuencia ante las disposiciones y acciones emprendidas por Estados Unidos para derrocar a Castro. El intercambio empezó por la caña de azúcar, después con el petróleo y más tarde dio lugar a la Crisis de los Misiles de 1962 (posteriormente se regresará al petróleo y los lugares de ocio destinados al turismo internacional). La instalación de misiles soviéticos en la isla representó, nuevamente, la importancia geoestratégica de la región y la posibilidad de una disputa imperial protagonizada por Estados Unidos, líder del bloque capitalista y la URSS, líder del bloque comunista en suelo cubano.

La probabilidad de producir un ataque directo a Estados Unidos y desatar una guerra nuclear en el marco de la Guerra Fría se dispersó rápido, pero implicó una nueva etapa para Cuba y toda la región: su temor a considerar a Karl Marx (Williams, 1984, p. 510) y a la URSS

como alternativas con capacidad de permear en la región por las duras condiciones de desigualdad económica y explotación. Además, la *Primera Declaración y Segunda Declaración de La Habana*, discursos que dieron a la Revolución su carácter contrahegemónico y antiimperialista, vino a generar una nueva oleada de intervenciones, golpes de estado, instauración de gobiernos de corte dictatorial afines a los intereses de Estados Unidos.

El despliegue de acciones mantuvo, y en algunos casos profundizó, la labor de adiestramiento de los militares latinoamericanos y caribeños por parte de los estadounidenses a través de la Escuela de las Américas –institución creada en 1946– y de los Programas de Apoyo Militar (PAM). Estaba en marcha la Doctrina de Seguridad Hemisférica en el que el Pentágono y el complejo militar-industrial, adquirieron un papel protagónico, en conjunto con la CIA e incluyó el establecimiento de bases militares, navales y aéreas. La misma Cuba mantiene al día de hoy una base militar en Guantánamo con prácticamente nulas posibilidades de una retirada definitiva de Estados Unidos de la zona.

Pero la historia enseñaba que todo lo que había sucedido en un país del Caribe tendería a suceder más tarde o más temprano en los demás, y que cada acontecimiento importante estaba encadenado a uno anterior, pues aunque en esa hermosa, rica y apasionante región del mundo hubiera pueblos que hablaban español, inglés, francés, holandés; aunque en unos predominaran los negros y los mestizos de blancos y negros, y en otros los blancos y los mestizos de blancos y de indios, lo cierto y verdadero era –y seguirá siendo por largo tiempo– que el Caribe es una unidad histórica desde que llegó Cristóbal Colón hasta que Fidel Castro dijo [...] “Fuerzas del ejército rebelde y de las milicias nacionales revolucionarias tomaron por asalto las últimas posiciones que las fuerzas invasoras habían ocupado” (Bosch, 2009, p. 758).

En suma, el panorama no ha sido nada sencillo ni para Cuba ni para el resto de los países caribeños. Muchos de ellos siguen lidiando

con los caprichos impuestos por los imperios europeos que permanecen en la región y con las estrategias que surgieron en el contexto de la supuesta «contención del comunismo», ahora evolucionados en la contención del crimen organizado y el terrorismo por parte de Estados Unidos. La zona es un anillo de seguridad en términos energéticos, militares y comerciales.

En términos geoeconómicos, el proceso de reagrupamiento a partir de elementos económico-comerciales mediante la promoción de la integración económica, dio lugar a la creación de la Comunidad del Caribe (CARICOM) en 1973, un marco institucional que se fortaleció sobre todo con la caída del Muro de Berlín en 1989 y la disolución de la Unión Soviética en 1991. Más adelante, el *nuevo regionalismo* –término acuñado por la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL)–, el modelo neoliberal vía la promoción del Consenso de Washington, propició la firma de tratados de libre comercio entre Estados Unidos y algunos países caribeños, por ejemplo, el Tratado con República Dominicana.

Las formas de contención de aquello que se asemeje a la Revolución Cubana han sido socavadas ya sea por presiones económicas, intervenciones militares o vía golpes de Estado; caminos experimentados, recrudescidos y tecnologizados con el paso de los años. Los intentos de verdadera democratización en El Salvador y Haití no solo se han minado, sino que fueron sometidos mediante el recrudescimiento de otros flagelos. En pleno siglo XXI es posible observar cómo dichas medidas continúan utilizándose en aquellos Estados con gobiernos adversos al imperio que desea conservar su frontera en el Caribe.

El descubrimiento de nuevos y grandes yacimientos petrolíferos, así como de reservas de gas natural, entre otros recursos de carácter estratégico, motivan sobremanera a Estados Unidos para mantener su presencia y al mismo tiempo disipar las posibilidades de cambio político en la región. Ejemplos de ello son el bloqueo económico y financiero que se sostiene contra Cuba y Venezuela, la reactivación del

Comando Sur, las nueve bases militares en Colombia, entre otras acciones que le facilitan sitiar al Caribe en la planicie y a nivel insular.

El caso particular de Venezuela, al que también Williams reconoce como parte del Caribe, es emblemático al tener una continuidad con algunos de los pilares revolucionarios de Cuba al priorizar la justicia social como elemento esencial para revertir la desigualdad y la exclusión. La llegada de Hugo Chávez a la presidencia en 1999 colocó el ideal revolucionario como una posibilidad concreta frente a problemáticas añejas. La promoción de la unidad latinoamericana volvió a adquirir suma importancia para crear mecanismos de concertación política como la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), esquemas de integración basados en los pueblos –como lo denominaría Evo Morales– mediante la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado Comercial de los Pueblos (ALBA-TPC) y de manera trascendental con Petrocaribe.

La unidad política e integración constituye una característica esencial de esas luchas persistentes que se han gestado tanto en el terreno de la historia de las ideas como en el plano político, al verse como una oportunidad en el proceso histórico del Caribe –José María de Hostos, José Martí, entre otros– como de América Latina –Simón Bolívar, San Martín, O’Higgins, Artigas–, como eje articulador para socavar los intereses imperialistas. Hugo Chávez, de manera más actual, fue artífice de los proyectos heredados de los grandes próceres de la región en el que el Caribe se erige como el principal espacio de resistencia dinámica y creativa al dar voz y voto a los estados actantes ya de su destino. Si bien la frontera imperial y la historia del Caribe no se discuten, Chávez logró esa resistencia geopolítica a la expansión de las fronteras.

En el mismo sentido, el *pancaribeñismo* impulsado desde ambas obras se refleja en otras herramientas que son posibles. Si bien desde la visión de Williams esto solo se logrará desde la cooperación racial, ese pensamiento temprano del autor basado quizás en sus años de estudios doctorales, cuando visualizó el binomio zafra-esclavitud y su relación con el panafricanismo conocido en Europa durante ese

mismo período. Este pensamiento panantillano que reúne a las razas, las lenguas, las formas de ver el mundo, sus expresiones artísticas y su impacto social fue canalizado como fundamento de la nueva etapa histórica del Caribe en la llamada Casa de las Américas desde la cual se comprende que la integración y resistencia a los imperios debe ser desde las mismas identidades existentes en el Gran Caribe.

Ante ello, es inminente que en cada oportunidad se refuerzan mecanismos de resistencia con el objetivo de interrumpir y detener el vaciamiento del que ha sido objeto a lo largo de la historia, de manera sistemática y profunda, en busca de una reapropiación de lo propio, que reivindique lo que había, lo que hay y lo que habrá, de tal suerte que la cultura, la identidad, la religión, la intelectualidad, los movimientos de liberación nacional, las revoluciones, entre otros, trascienda e irrumpa los límites impuestos por la colonización y neocolonización para hacer florecer espacios de liberación.

En suma, cada uno de los estudios realizados sobre la región que comprende todos los territorios bañados por el Mar Caribe, tienen la peculiaridad de mirarla no solo tras su pasado, sino con los intentos de generar una identidad propia, pese al asedio imperial permanente; de hecho, es en ese contexto donde esa identidad se convierte en la rebelde respuesta. Al respecto, Bosch y Williams puntualizan sobre la respuesta a esperar de aquellos pueblos construidos a base de fuerzas “ciegas, crueles y explotadoras” (Bosch, 2010, p. 63); el abanico cultural amplio que se formó en el Gran Caribe no solo es el resultado de la mezcla de humanos de diferentes latitudes en el mundo, en específico de África, sino también de las bajezas que acompañaron a los conquistadores y la necesidad temprana de los gran caribeños de salir de la opresión.

Sin embargo, no solo se trata de una identidad definida o por definir que articula sus lógicas de resistencia encaminadas a garantizar su existencia, sobrevivencia ante las diferentes formas de acoso trasmutadas y permanentes de los imperios, sino además engloba factores de carácter geopolítico –como bien lo menciona Bosch a lo largo de toda su obra– representado por la competencia por la definición

de intereses y el balance de poder en el mundo que implica el control de territorios y las relaciones existentes en estos.

Así el Gran Caribe no solo es un mar abierto –en comparación con el Mar Mediterráneo (Williams, 1984, pp. 419-427), que va más allá de separar Asia de África y Europa, porque converge todo un universo de relaciones con particularidades similares–, también integra, a su vez, a un continente que está separado por su historia de colonización y por los términos de las necesidades de la modernidad capitalista, misma que permite ver a toda la región como un arco estratégico que une a Venezuela y su petróleo con las costas este y oeste de Estados Unidos.

Asimismo se encuentran estrechos y pasajes de gran importancia como el Paso de los Vientos que no solo es una ruta migratoria para llegar a Estados Unidos, sino que es un punto de contacto lingüístico, cultural, que comunica vía el Océano Atlántico al Mar de los Sargazos con el Gran Caribe y el Canal de Panamá. Este punto geográfico sirve de fuerza centrífuga y centrípeta a la vez para ver desde una sola posición su importancia.

Las alternativas de pensar-hacer un Caribe común son posibles gracias al pensamiento articulado de Bosch y Williams. Ambos permiten observar que es posible su integración más allá del pasado histórico, sobre todo si se tiene presente la idea de un *Caribe Nuestro*. Espacio que, en su historicidad, carga con la llegada de Europa a estas tierras y viceversa, por lo que es necesario concretar un futuro común de defensa por su autodeterminación permanente.

Consideraciones finales

La trascendencia del pensamiento de Juan Bosch y Eric Williams sobre el Caribe es incalculable, no solo abre nuevos caminos para la historiografía de la región, sino que gran parte de las dinámicas hegemónicas que describen, analizan y plantean mantiene su vigencia. Un lugar que no ha dejado de estar asediado por los viejos imperios

que se han aferrado en salvaguardar su ocupación negándose a liberar por completo las tierras que ocuparon arbitrariamente en detrimento de la población originaria. Los protectorados que se mantienen, en algunos casos reconociendo aún a la Corona Británica como la máxima autoridad, dan cuenta de la importancia geopolítica de sus mareas ahora con un plusvalor a partir del petróleo encontrado en las zonas colindantes con Venezuela.

Una realidad que converge con las estrategias y prácticas imperialistas de Estados Unidos a través de la doctrina de seguridad hemisférica y la lucha contra el crimen organizado transnacional vía la ocupación mediante bases militares que le facilitan tanto la incautación de cargamentos de sustancias ilícitas como el resguardo de recursos naturales tales como minerales y ahora en particular del oro negro, factores que colocan en jaque la autonomía de esos territorios.

Ante ello, se refuerzan las resistencias con diversas intensidades y profundidades; la cultura y sincretismo religioso son muestra de esos imaginarios que se sublevan ante la opresión, convirtiéndose en un instrumento de lucha; la independencia haitiana es una máxima expresión de los caribes que lucharon incansablemente por mantener su libertad. Conforme pasa el tiempo y la (re)valorización estratégica del Gran Caribe se vea como un proceso permanente, la lectura de Bosch y Williams permanecerá fresca.

La alusión a Fidel Castro y la Revolución Cubana, acontecimiento con el que cierran ambos autores su análisis, abre una nueva etapa para estudiar de manera amplia la historia de liberación contemporánea del Caribe. Una historia inaugurada por Cristóbal Colón que ha representado procesos de colonización, saqueo, esclavismo, explotación y división social del trabajo. Castro se coloca como símbolo de la desvinculación, liberación, alternativa al contrapoder hegemónico que recientemente adquirió un nuevo aire con Hugo Chávez a través de Petrocaribe para hacer frente al imperialismo estadounidense. Son Venezuela y Haití los dos eslabones de una cadena que desea concretar Estados Unidos que en su haber domina el Canal de Panamá y

mantiene a Puerto Rico en su área de influencia directa. Su defensa es un acto geopolítico que permite pensar en un Caribe Nuestro.

Bibliografía

- Bosch, J. (2009). *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe frontera imperial*. México: Porrúa.
- Cuadras, I. D. L. A. A. (2013). Repensando el Caribe: Valoraciones sobre las principales tendencias en torno al concepto del Caribe. *Estudios del Desarrollo Social: Cuba y América Latina*, 1(2), 87-101.
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Ediciones Akal.
- Gaztambide, A. (2006). La invención del Caribe a partir de 1898 (Las definiciones del Caribe, revisitadas). *Jangwa Pana*, 5(1), 1-23.
- Girvan, N. (1999). Reinterpretar el Caribe. *Revista Mexicana del Caribe*, 7, 6-34.
- González Casanova, P. (1975). *La democracia en México*. México: Ediciones Era.
- Ianni, O (1996). *Teorías de la globalización*. México: Siglo XXI.
- James, F. J. (2018). *El Caribe entre el ser y el definir*. México: Gedisa.
- Janik, D. (2010). »MACKANDAL SAUVÉ«: La tradición mítica afrocaribeña confrontada con las versiones textuales europeas. *Romanische Forschungen*, 122(4), 484-496.
- Trouillot, M. R. (1995). *Silencing the past: power and the production of history*. Boston: Beacon Press.
- Williams, E. (1984). *From Columbus to Castro: The history of the Caribbean 1492-1969*. New York: Vintage Books.

Juan Bosch y Eric Williams: caribeñidad epistemológica y desontologización corpórea

Enrique Toledo Hernández

Introducción

Los fenecidos y exlíderes políticos Juan Bosch y Eric Williams, el primero, presidente derrocado en 1965 de la República Dominicana y, el segundo, primer ministro de Trinidad y Tobago luego de su independencia, y ambos elegidos en 1962, escribieron sendas historias de la región del Caribe publicadas, además, en el mismo año de 1970. Y no solo estos dos políticos e intelectuales caribeños reconocidos publicaron en el mismo año, sino que los títulos tuvieron un parecido evidente. El título del libro de Bosch se llamó *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe frontera imperial* y el de Williams se tituló *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean*. Las grandes similitudes que tienen estos dos importantes libros no se debe considerar una mera casualidad. Es el resultado de la confluencia histórica de: 1) los procesos de descolonización a nivel mundial, particularmente, en el Caribe inglés y francés; 2) las tribulaciones que ocasionaba el imperialismo estadounidense en el marco de la Guerra Fría que se

libraba en el Caribe (y cuya mejor escenificación fueron los modelos económicos y políticos contrarios de Cuba y Puerto Rico); y 3) la emergencia de una nueva conciencia política en el Sur Global, especialmente en el Sur Negro, y su creciente conciencia del profundo racismo que engrana el sistema mundial el cual, precisamente, había comenzado en el Caribe.¹

Empero, aunque los títulos son manifiestamente parecidos, el del Bosch, específicamente su parte “de Colón a Castro”, fue a propuesta de su editora Alfaguara de España. Por tanto, no es resultado propiamente de la creatividad literaria del expresidente dominicano (Martínez, 2009, pp. 17-18). Empero, su relato comienza con Colón y culmina efectivamente con Fidel Castro por lo que el título no es un mero ardid mercadotécnico de la editorial para atraer consumidores-lectores. Más bien, es el espacio-tiempo en el que trabaja Bosch. Por el contrario, el libro de Williams ni comienza con Colón ni termina con Castro, sino con los antecedentes que llevaron a “Europa” a buscar una ruta alterna a la India y culmina con una reflexión en torno a la realidad geopolítica, política y económica del Caribe de su tiempo. A pesar de estas diferencias organizativas, el horizonte histórico de ambos libros es el mismo porque comienzan sus historias del Caribe con la invasión castellana e incluyen un capítulo exclusivamente sobre Fidel Castro a fin de explicar la dinámica geopolítica gravitante de su época. Relatan lo que fue un proceso vivido por ambos, a través de las *memorias* que como caribeños heredaron, aunque desde diferentes corporalidades.

Este ensayo historiográfico observará, primeramente, la estructura epistemológica dentro de la cual las narrativas de ambos libros se desarrollan, los actores históricos que enfatizan y los fenómenos históricos que puntualizan. Además, este ensayo demostrará que las diferencias fundamentales en sus narrativas se sustentan desde

¹ Para una discusión del pensamiento afrocaribeño en los procesos de decolonización invitamos a los lectores a ver los programas de Enrique Dussel, con Carlos Francisco Bauer y Ramón Grosfoguel. <https://youtu.be/Lw7O-NJ-qm0> y <https://m.youtube.com/watch?feature=youtu.be&v=svFdWRGqBsk>

dónde enuncian corporalmente y, por tanto, las *memorias* que heredan. Recordamos que Juan Bosch es un “criollo-blanco” dominicano de padre español y madre puertorriqueña y altamente educado. Mientras que Williams es un trinitense de clase media, negro y educado en una de las mejores universidades del Reino Unido. Ambos enunciarán desde aquellas experiencias de vida que viven y experimentan, pero que también heredan, las cuales están mayormente determinadas según el género y color de piel en sociedades racistas y patriarcales. Es decir, sus condiciones materiales de posibilidad para producir sus narrativas históricas fueron gravitadas por un entramado de relaciones de poder y jerarquías históricamente, estructurantes y estructuradas, que produjeron al Caribe como región geopolítica-histórica en un sistema-mundo² y que reproduce a ese Caribe a través de su constante racialización y patriarcalización y “periferización” por el Occidente político y sus representantes locales.³ Por tanto, daré cuenta de la forma de *historiar* de dos caribeños quienes experimentaron, desde diferentes corporalidades, uno en un cuerpo “blanco” y otro en uno “negro”, el peso de tales relaciones de poder presentes e históricas el cual les permitió:

- 1) producir una interpretación histórica propiamente caribeña que rompe, en uno en parte (Bosch) o en el otro por completo (Williams), con el relato eurocéntrico de la historia del “Occidente moderno” la cual:
 - a) minimiza las historias caribeñas a mero derivado (o extensión) de la historia “universal” occidental,
 - b) fragmenta la historia de la región por isla; y

² El padre del análisis del sistema-mundo fue, también, el caribeño y trinitense Oliver Cox, que luego popularizará Immanuel Wallerstein a partir de 1970. Para referencia directa ver el artículo de Wallerstein (2000).

³ Nos referimos al Occidente político como las naciones de Estados Unidos de América y todo país europeo que, a partir de 1492, tuvo colonias ya sea en lo que hoy llamamos América, África, Asia o Oceanía.

- c) marginaliza la historia caribeña como externa a la formación propia del Occidente moderno-secular-político;
- 2) construir unas narrativas históricas donde la historia de cada país caribeño no es debidamente comprensible si no se le entiende dentro del espacio geoestratégico del Caribe en el diseño geopolítico del Occidente político;
- 3) cuestionar, ya sea implícita o explícitamente, la historia del desarrollo del Occidente moderno basada, no únicamente en el logro del “progreso” y la “modernidad”, sino en la explotación, deshumanización sistemática (mediante el racismo) y creación del subdesarrollo en los pueblos caribeños (lo que los pensadores de la decolonialidad llaman “el lado oscuro de la modernidad”);
- 4) y explicar los difíciles procesos de liberación de los pueblos caribeños por liberarse de la dominación material y simbólica de los imperios occidentales y de sus mecanismos de deshumanización inédito en la historia de la humanidad.⁴

Ambos realizan contribuciones innovadoras referentes a qué, y cómo, mirar al Caribe y al propio Occidente político, más allá de las miradas occidentales, bajo términos caribeños.

La frontera imperial - Juan Bosch

Para Bosch los hechos, eventos y fenómenos históricos del Caribe son generados por, o en el marco de, las relaciones interestatales de los países occidentales imperiales. La unidad de análisis que tomará en cuenta para explicar el Caribe será la siguiente:

⁴ Me refiero a la exterminación de las poblaciones originarias caribeñas vía la encomienda, las guerras y las enfermedades y a la esclavización y matanzas masivas de millones de africanos para las plantaciones azucareras.

La historia del Caribe es [1] la historia de las luchas de los imperios [Occidentales] contra los pueblos de la región para arrebatarse sus ricas tierras; es también [2] la historia de las luchas de los imperios [Occidentales], unos contra otros, para arrebatarse porciones de lo que cada uno de ellos había conquistado; y es por último [3] la historia de los pueblos del Caribe para liberarse de sus amos imperiales. *Si no se estudia la historia del Caribe a partir de este criterio no será fácil comprenderlo* (Bosch, 2009, p. 62; itálicas y añadidos míos).

Para Bosch, el entendimiento aislado del desarrollo histórico de una isla caribeña es insuficiente sin comprender los combates imperiales y sus esquemas geopolíticos de los países occidentales, sus guerras entre ellos y las mismas luchas de otras islas por liberarse de los primeros. Es decir, fueron las violentas rivalidades comerciales, políticas, religiosas y sociales de los países occidentales, nacidas muchas veces en el mismo Caribe, que le han dado, y continúan dándole, el perfil a la región y a cada uno de los pueblos caribeños. Además, e insisto en este punto, el intento de la liberación política o económica de una isla de un imperio o de su esquema imperial geopolítico, tiene importantes repercusiones para el desarrollo histórico de otra. El Caribe moderno se forma de ese, y en este, sistema interestatal mundial que ha creado, formado y gobernado los países occidentales desde hace 500 años.

Para Bosch, el devenir de la región, y de sus pueblos, seguirá estando sujeto a ese sistema que articula el tipo de relaciones de poder que privilegia a los países occidentales y condiciona el desarrollo histórico de las diferentes naciones caribeñas. Eso es lo que nos advierte Bosch para entender las historias caribeñas y su situación actual y porvenir. Cualquier proyecto para la región no puede partir negando esas condiciones históricas, en tanto espacio imaginario geopolítico de dominadores y dominados, precisamente porque tales condiciones históricas siguen estando vigentes. Por tanto, para Bosch la historia, en tanto disciplina, es una *herramienta política* para evidenciar las fuentes y esquemas de dominaciones históricas a los fines de crear una conciencia política-histórica que entienda la complejidad

histórica de esa dominación y evidencie las posibilidades históricas de liberación habidas, y por haber, contra la misma. Enfatizo, su historia es también una herramienta política porque el Caribe hay que observarlo desde las estructuras históricas que lo construyen o lo imaginan en tanto frontera imperial de un sistema interestatal dominado por la Europa Occidental y los Estados Unidos de América.

Ahora bien, y adentrándome en la estructura epistemológica que atraviesa el escrito de Bosch, el sujeto caribeño boschiano no produce su historicidad como un sujeto aislado, que se constituye de sí mismo, y para sí, o que está alejado de todo fenómeno que no emana de él, en tanto que él es para sí mismo, sin condicionalidad externa alguna. Bosch sale de la estructura ontológica implícita en las historias eurocéntricas de los Estados-nacionales europeos o de la “civilización occidental”, en tanto que el sujeto europeo histórico eurocentrado se construye por sí y para sí, siendo los fenómenos externos a su “autoconciencia” irrelevante a su evolución y desarrollo. Por el contrario, el sujeto caribeño boschiano que “nace”⁵ a partir de 1492 cuando emerge en relación de dominación con el *otro*-imperial. Por tanto, su producir histórico está determinado por estas relaciones ya sea porque fue y es sujeto de conquista y colonización, de racialización y deshumanización. Empero, es también sujeto de liberación, rehumanización o de transformación de esas relaciones de dominación-racialización-deshumanización. Buscará Bosch los nodos que van configurando a ese sujeto, es decir, los puntos de comienzo tanto de la dominación como de las resistencias, los eventos que someten y crean al sujeto dominado como los de su liberación y emancipación.

⁵ Los pueblos originarios anteceden a las relaciones de dominación que impuso el Occidente político en la zona caribeña y, por tanto, su subjetividad no nació de ese tipo de relación. Empero, en el momento en que son clasificados como “indios”, se les asignó un lugar, unos derechos y deberes, imponiéndoseles una nueva subjetividad. Antes de ser “indios”, muchos de ellos recibieron a los castellanos con buenos tratos (ver el propio testimonio de Colón en su primer diario). Por tanto, el Caribe, como región geopolítica-histórica, nace en el mismo momento en que los pueblos que lo habitaban fueron llamados “indios” por los castellanos.

Explicará también al sujeto dominador occidental, no solo evidenciando sus relaciones con el dominado, sino entre los propios dominadores (guerras, tratados de paz, acuerdos de comercio entre ellos). Tales relaciones entre dominadores establecen el esquema geopolítico entre los cuales los caribeños tienen que navegar en sus vidas individuales y colectivas. Empero, los dominados caribeños, que en el momento en que son dominados comienzan sus resistencias, no son uno o el mismo, sino que son diversos y las formas para dominarlos o la intensidad de su dominación, aunque basadas en la misma fuente, son diferentes. Por tanto, indígenas y negros esclavizados, e inclusive españoles y criollos que se oponen a la dominación, son sujeto de investigación histórica; es decir, son sujetos históricos o hacen historia precisamente contra el esquema de dominación de los países imperiales occidentales. Bosch diversifica a los actores en resistencia en el Caribe, añade las tramas de los dominadores fuera del espacio caribeño para evidenciar sus impactos en el Caribe así como las propias acciones de los caribeños y cómo influenciaban los espacios imperiales fuera de la zona del Caribe.

En el relato de Bosch, los actores caribeños históricos tienen una reconocida capacidad de acción y de reacción, a pesar de que propiamente actuaban dentro del esquema de las relaciones de dominación que imponen los países occidentales sobre la región. En este sentido, el concepto de “Frontera”, propuesto por Bosch, supera el viejo dilema de las ciencias sociales occidentales entre las interpretaciones que enfatizan las *estructuras sociohistóricas* (o las condiciones institucionales, materiales y simbólicas que anteceden, limitan y condicionan las acciones de los sujetos sociohistóricos) de aquellas que enfatizan la *agencia* (o la capacidad de los sujetos sociohistóricos de libremente desarrollar sus acciones y pensamientos). La noción de la “frontera” combina, y tal vez supera, este dilema en tanto que esa “frontera”, primero, la impulsan actores que van representando a los Estado-nacionales occidentales *en formación* los cuales, y como segundo punto, condicionan las acciones y los pensamientos no solo de los mismos actores occidentales, sino también de los caribeños.

Para los primeros hubo una *agencia estructurante*; para los segundos una *estructura agenciante*.

La “frontera”, en este sentido, es un tipo de estructura creada por los occidentales en sus dinámicas imperiales y con los caribeños en sus dinámicas de liberación, lo que eventualmente condicionan el accionar de los primeros y segundos. Empero, esta “frontera” es consistentemente movible por las acciones-pensamiento de estos actores caribeños y occidentales en la propia dinámica que desarrollan en la región del Caribe. La “frontera” es el escenario donde nace, se hace, se deshace, se forma y se transforma tanto el Caribe moderno y los Estados modernos imperiales occidentales. Este acercamiento, para entender el Caribe, es una aportación innovadora, no solo para la historiográfica caribeña, sino también como aportación epistemológica donde tenemos una dinámica estructurante (de cambios en una estructura social de dominación) provocada por las acciones de los actores estructurados (o limitados a actuar dentro de la estructura). En esta propuesta epistemológica los caribeños, si bien están sujetos a una dinámica que estructura y define sus identidades (indio, negro, criollo, mulato, zambo, etc.) a procesos de dominación cambiantes, también permite a estos caribeños *estructurados* hacer *agenciante*, subvirtiendo o transformando la frontera y a los mismos agentes occidentales.

Empero, la *frontera* de Bosch otorga un tipo de construcción de dos sujetos históricos, en este caso, el caribeño y el imperial-occidental. La *frontera* no solo es un espacio de guerra permanente para explotar y controlar riquezas y zonas de comercio en el Caribe, sino también un espacio donde se construyen *ontologías*. Y nos referimos por *ontologías* a diferencia de “identidades”, a una geografía geopolitizada⁶ vía la extrema violencia. En esa geografía geopolitizada el

⁶ Por geopolitizado-occidentalizado me refiero al doble proceso que tiene un sujeto occidental de: 1) imaginar una región geográfica no-europea como tierra de nadie o sin gobierno ni habitantes legítimos para decidir lo que son y cómo se deben relacionar con otros pueblos; y 2) la construcción de una mismidad-identidad, en un sentido de legitimación absoluta de sí mismo, a través del proceso de negársela a su otredad.

sujeto occidental imperial no solo normaliza la negación del sentido e interpretación de la existencia como también la misma existencia geopolitizado⁷ a través de la guerra permanente. También el sujeto imperial-occidental invisibiliza su propia relación de dominación con él/la geopolitizada/o para dar cuenta de sí mismo. La frontera es el espacio de la no-existencia del caribeño, o su sub-ontologización identitaria, y de la afirmación del sujeto imperial occidental negando, inclusive, que existe la propia no-existencia del caribeño.

No obstante, el eurocentrismo de Bosch no le permite visualizar la *frontera* como el espacio epistémico para la desontologización del propio sujeto imperial. Es decir, la *frontera* es, para Bosch, definida desde la capital europea y no desde esa misma *frontera* donde la capital europea forma su sentido de centralidad. ¿Por qué no logra este salto Bosch?

La división epistémica Caribe/Europa en Bosch y su eurocentrismo

a. Ontologización de España y Europa

Bosch observa que la España de los siglos XV y XVI no era propiamente un país imperialista. Es decir, para explicar el desarrollo histórico de España no utiliza su concepción epistemológica de “frontera” basadas en relaciones sociales. El siguiente párrafo es un ejemplo que evidencia la estructura ontológica⁸ diferenciada a la que utiliza para el Caribe. Bosch arguye:

⁷ Sea este indígena, negro, indio, chino, criollo, mulato, mestizo, zambo, etc.

⁸ El sujeto-caribeño, para Bosch, se construye y desarrolla en relaciones con la otredad. Es decir, “es” por los tipos de relaciones que tiene con el otro. Por el contrario, el sujeto-europeo tiene una esencia en sí misma y su desarrollo es independiente a su relación con el otro. Aunque el otro la puede retrasar, no la puede evitar.

La sociedad europea, de la que *Castilla y Aragón* eran parte cuando se produjo el Descubrimiento, *había perdido* sus formas económicas y sociales al quedar liquidado el *imperio de Roma* y se reorganizó lenta y trabajosamente dentro de las formas de lo que hoy llamamos, tal vez de una manera burda, sistema feudal. De este sistema iba surgir un nuevo tipo de sociedad, cuyos centros de autoridad económica y social serían las burguesías locales. *España* era el país líder de *Europa*; y *España* era ese país líder porque *Europa era un continente católico*, y durante ocho siglos, en ese continente católico, *España había sostenido la guerra contra el infiel, que era árabe. Fue, pues, la misma causa que impidió el desarrollo de la sociedad española* (Bosch, 2009, pp. 72, 74).

Fue esa la razón [*por motivo de la guerra con los musulmanes*] de que Castilla produjera nobles, cardenales, obispos, canónigos, guerreros, funcionarios, pero muy pocos burgueses. Y resultaba que sin tener una burguesía que supiera cómo organizar la producción y la distribución de bienes de consumo, que tuviera capitales de inversión y supiera cómo invertirlos de la manera más provechosa, era imposible que un país se convirtiera en un imperio, precisamente al finalizar el siglo XV y comenzar el XVI; es decir, cuando ya el sistema feudal había quedado disuelto en Occidente (Bosch, 2009, p. 75).

En las dos primeras oraciones del primer párrafo son apreciable seis unidades históricas que Bosch *ontologiza* o esencializa, a saber: “sociedad europea”, “Castilla” y “Aragón”, “imperio de Roma”, “continente católico”, y “España”. Para Bosch, la “sociedad europea” es tanto el Imperio Romano, la sociedad feudal, como las naciones que conquistaron lo que iban a llamar “América”. De ahí que también lo sean “Castilla”, “Aragón” y “España”, en tanto que desde Roma son europeas, a pesar de que no tenían ningún sentido para las poblaciones que habitaron tales lugares tales términos, tanto en sentido geográfico como de *una* identidad generalizable, para romanos, visigodos o mucho menos musulmanes o judíos. Empero, ni el Imperio Romano fue un pueblo europeo, ni mucho menos un continente católico, sino mediterráneo (heredero de diversas tradiciones culturales de pueblos no europeos de la cuenca mediterránea); ni lo que

eventualmente será llamado “Europa” tuvo como único legado cultural al Imperio Romano, sino también el sistema social islámico (y a través de este último las civilizaciones indias y chinas), entre otras de la misma zona geográfica europea (Hobson, 2006).

Además, el concepto de Europa, como identificador de *gente* o toponimia *geográfica*, no era utilizado por los romanos. Cuando se utilizó como algo parecido a “continente europeo” fue primeramente como toponimia geográfica con un profundo sentido teológico⁹ y no para identificar *un* tipo de gente y religión en virtud de que gran parte de Escandinavia, ni partes de Germania, y mucho menos lo que hoy conocemos como Rusia (hasta los Urales), eran aun cristianas, sino hasta siglo XIII. Por tanto, Bosch invisibiliza que ese continente no solo no era enteramente cristiano, sino que ni siquiera era católico. Los visigodos, por ejemplo, en su mayor parte eran cristianos arielistas, acercándose a las interpretaciones islámicas sobre la naturaleza no divina de Jesús como sí afirmaba el catolicismo romano. Bosch simplemente extiende el significado nacional de la España de su época, por cierto franquista, hasta la caída del Imperio Romano como una misma unidad-esencia, excluyendo otras memorias de ibéricos que la misma cristiandad excluyó (musulmanes y judíos) y que concebían el territorio de otras maneras.

Además, solo después del “descubrimiento”, y la nueva clasificación que emergió como resultado de este evento, donde los pueblos del mundo no-cristianos fueron clasificados mayormente bajo premisas antropológicas que teológicas (Maldonado, 2013) que se vinculó a Europa con gente o como una gran etnia-raza (o sea, como *europesos*) y a una identidad generalizable, a pesar de las diferencias culturales. Por tanto, el significado de Europa que utiliza Bosch es a-histórico y

⁹ El autor de este ensayo advierte que ninguna otra gran zona cultural, otra que la Cristiandad de la preconquista europea, utilizaba el concepto de “continente” para identificar grandes espacios geográficos. Eso es una invención propiamente de la cristiandad europea. Dentro de esta cosmología, el mundo conocido estaba representado en el mapa TO el cual dividía el mundo entre Europa, Asia y África. Cada uno de estos continentes fue habitado por uno de los tres hijos de Noé (Jafet-Europa, Sem-Asia y Cam-África) luego del diluvio universal (Mignolo, 2003).

reproduce la tendencia a la *ontologización* que hace el discurso eurocéntrico de la historia que construye a Europa como una unidad histórica bajo una misma esencia desde su alegada emergencia en la Grecia antigua hasta hoy, a pesar de sus profundas y diversas rupturas cosmológicas que tuvo esta zona geográfica por 2.500 años en sus diferentes regiones geográficas y pueblos culturales.

De igual manera, hace lo mismo con Castilla, Aragón y España, a pesar de que los visigodos no se veían ellos mismos ni como “europeos”, ni como “castellanos” o “aragoneses”, ni como “españoles”. Además que, España o Hispania, fue llamada Al-Ándalus cuando la gobernó, por casi 800 años, el Islam¹⁰ a través del Emirato/Califato de Córdoba, los diferentes taifas, los almorávides y los nazaríes o sefarad, como llamaron a “España” los judíos ibéricos. Para Bosch, la irrupción del Islam *siempre* fue una intrusión externa contra el desarrollo natural de España vis a vis al resto de “Europa” y el “continente católico”. En otras palabras, los “españoles” se “retrasaron”, a lo que eventualmente le tocaría “ser”, en tanto “europeos”, a un destino inevitable que sería la burguesía, el secularismo, el liberalismo y el capitalismo. Esa es la condición que hace imperio a un país occidental y España no lo era porque, por elementos *externos* (el Islam), le interrumpieron su *natural* desarrollo a “ser” propiamente secular, capitalistas, burguesa y liberal. A pesar de que no aborda la historia propiamente europea, tal interpretación, utilizando la estructura ontológica que encubre la episteme europea, o lo que llamamos eurocentrismo, tendrá implicaciones enormes para su interpretación de la historia del Caribe.

¹⁰ Este detalle hace que el concepto teológico-geográfico de “continentes” no les aplicara a las autoridades islámicas que gobernaron lo que hoy llamamos la Península Ibérica, ni a parte de las poblaciones que la ocuparon ya sea porque eran los hijos de los “originales” musulmanes, los convertidos al Islam o judíos ibéricos.

b. Sub-ontologización de América

Así como Bosch “ontologiza” a Europa o la valora como una unidad hecha de sí y para sí, en tanto que su desarrollo o evolución histórica no ha dependido de nadie y, por consiguiente, está predestinada; a América la valorará sub-ontológicamente o que valora su desarrollo y evolución histórica dependiente a la relación que ha tenido con Europa.

La siguiente frase explicita la *esencialización* que hace Bosch (1970, p. 74) del “nuevo continente” cuando menciona “En camino hacia la India, Colón tropezó con América”. Para Bosch, América estuvo siempre allí para Europa. Es decir, América, a pesar de que era desconocida para el europeo, esperaba ser descubierta por él. Los pueblos que habitaban y que hacían de esas tierras su hogar, y que le tenían otro nombre, simplemente fueron encontrados o descubiertos. Colón (o la representación de Bosch de Colón) no se tropezó con el Tawantinsuyo, Anáhuac, Ongtupqa, Ma’ya’ab, sino con la extensión del significado secularizado moderno que utiliza para “Europa”, “España” o “continente católico” que ahora extiende, aunque de manera sub-ontologizada, a “América”. Los pueblos nativos, al emplear Bosch la toponimia moderna de *América*, los descarta como sujetos históricos previa a la conquista e incapaces de universalizar sus propias historias. Una vez que “América” es “descubierta” por el “europeo”, ante lo inconcebible del conocimiento teológico de la cristiandad europea para concebirla, es cuando esta tierra, ahora secularizada,¹¹ entra en la historia “universal europea”. Los pueblos “americanos” *son* sujetos históricos solo porque entraron en contacto y se geopolitizaron como *frontera* de Europa.

¹¹ Me refiero a que ya la teología cristiana no puede explicar el “nuevo continente” desde sus propios entendidos. Fue entonces que la invención de “continente” por la cristiandad europea va perdiendo su significado teológico y comienza a secularizarse y antropologizarse para describir *poblaciones, razas, civilizaciones* en una nueva geopolítica centrada en el control de la subjetividad (lo que llamamos en este trabajo *ontologización*) y del trabajo, el comercio y los recursos naturales.

Aclaremos, no es que Bosch no reconozca a los pueblos originarios. El expresidente otorga una gran agencia y reconocimiento a la resistencia de los pueblos originarios del Caribe en su historia. El asunto es que reproduce la noción (sub)ontológica secular, o eurocéntrica, del significado de “América”. Es decir, “América” estaba allí siempre pero oculta del conocimiento “universal” del europeo (en este caso del heredado por la memoria histórica de la cristiandad europea). Y en tanto que no está en la conciencia-memoria de la cristiandad europea, no entraba en la historia universalizada de la humanidad conocida por esa cristiandad. Para Europa existe una continuidad esencialista desde el imperio de Roma, la sociedad feudal, el continente católico y España, Aragón y Castilla. Para América, es lo contrario, la no-América, o no existencia, a la propiamente América-europea. Por tanto, la diferencia entre América y Europa era que la última existía hace milenios como “conciencia-memoria-historia” desde (la mitificación de) la Antigua Grecia y Antiguo Egipto hasta hoy. América, por el contrario, y a pesar de sus pueblos “originarios” que la habitaban por miles de años, yacía en la oscuridad histórica esperando que el europeo (o su conciencia-memoria) se “tropezara” con ella para traerla a (su) la historia “universal”. Bosch, precisamente, reproduce la estructura ontológica del relato histórico eurocéntrico del mundo donde Europa es la sustancia, el logos, el sujeto y la palabra y, América, el ente, el vacío, el objeto y el papel donde Occidente escribe su historia y lo que entiende de las historias de los demás. A pesar de sus innovaciones epistemológicas que realiza cuando nos habla desde el Caribe, no escapa de la estructura (racista) ontológica del Occidente imperial expuesta en su narrativa histórica cuando nos habla de Europa desde la España franquista.¹²

¹² Continuando lo que abordo en la nota al calce #11, una nueva tierra, para esta forma de concebir el mundo distribuido en continentes, significaba un “descubrimiento” porque desajustó la estructura cosmológica cristiana europea lo que, a su vez, permitió el proceso de secularización-universalización de ese cristianismo europeo, siendo la toponimia “América” el catalizador de ese proceso y que Bosch continúa.

Esa reproducción de la estructura ontológica racista¹³ de Occidente es lo que le permite argumentar que España no es propiamente un imperio para cuando comienza la conquista y colonización de lo que será llamado América en los siglos XV y XVI. El intelectual dominicano se arma de la interpretación marxista de la historia y de la concepción de “imperio” de Lenin para concluir que España no era un imperio propiamente moderno. Y no lo era porque no había desarrollado las fuerzas productivas, o como dice “sin tener una burguesía que supera cómo organizar la producción y la distribución de bienes de consumo, que tuviera capitales de inversión y supiera cómo invertirlos de la manera más provechosa”. En este sentido, el atraso de Castilla y Aragón, debido a su larga guerra con el Islam, no permitió el “libre” curso para el desarrollo de una burguesía capitalista, que presume Bosch, es inevitable e inherentemente europea. Por consiguiente, e implícitamente sugiere, que las guerras coloniales europeas no fueron condición para el desarrollo del capitalismo, en tanto los reinos cristianos ibéricos atrasaron ese desarrollo debido a su guerra con el Islam. Empero, y contrariamente, el desarrollo del capitalismo en el Caribe sí fue resultado de la interacción con esa Europa en tanto su “frontera imperial”.¹⁴ Dos unidades históricas con

¹³ Decimos racista porque uno de los fundamentos del racismo es la esencialización-ontologización de un *yo-con-sustancia* vis a vis a *otro-sin-sustancia*. Como el racismo es una invención occidental, su versión histórica se basa en un relato histórico *progresista* de sí mismo donde presume que su “yo” siempre tuvo historia y, más importante aún, produce historia universal. Mientras que otros pueblos y civilizaciones, con otras definiciones de “lo humano”, en tanto que carecen de *sustancia*, creaban solo historia particular o antigua o, en el mejor de los casos, como complementaria a la historia universal del *yo-sustancia-occidental*.

¹⁴ Un ejemplo de lo dicho aquí la encontramos en este párrafo relacionado a la Revolución Cubana. “El ataque aéreo a La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba había tenido el mismo efecto que el de los ingleses y españoles a Haití en 1793. El 16 de abril de 1961, Fidel Castro había actuado como ya lo había hecho Sonthoux el 29 de agosto de aquel año, cuando decretó la libertad de los esclavos haitianos. *La historia del Caribe tenía una coherencia; seguir una ley que se hallaba inscrita en lo más profundo de sus raíces. Región del mundo americano modelada por la violencia que la había convertido en una frontera imperial*, su única manera de avanzar hacia un destino mejor era respondiendo a la escalada de la agresión con la escalada de la revolución, y

diferentes estructuras ontológicas. Tal es la razón por la que Bosch construye su *frontera* desde las capitales imperiales europeas y no son las capitales europeas las que toman su perfil capitalista, secular y liberal en la *frontera*. Es decir, la *frontera* es resultado de las decisiones de las *capitales*, de ese centro europeo ontologizado, y no es la *frontera imperial*, o el Caribe, quien permite que las *capitales* sean los *centros* imperiales. Esta última interpretación boschiana la reta Williams, precisamente, porque el trinitense rompe con gran parte de la estructura ontológica occidental lo que le permite tener una interpretación otra sobre la *frontera imperial* de Bosch, el desarrollo del capitalismo y la burguesía y la modernidad europea.

Capitalismo y esclavitud - Eric Williams

Eric Williams tendrá una unidad de análisis más amplia que Bosch, empero, será muchísimo menos generoso que Bosch respecto a la *agencia*, o las acciones, de los actores históricos. Citamos los últimos párrafos del primer y último capítulo de su libro a fin de visualizar su unidad de análisis. Williams menciona:

Above all he [Columbus] took with him the knowledge that Africa was a capacious reservoir of labour which could become (as Gilberto Freyre of Brazil has describe the Negro) "*the white man's and most plastic collaborator in the task of agrarian colonisation*". "Once all *the vestiges of political, economic, cultural and psychological dependence and of racism* have been removed from the Caribbean, then and only then can the Caribbean take its true place in Latin America and the New World and put an end to *the international wars and international squabble* which, *from Columbus to Castro*, have marked *the disposition of Adam's will*" (Williams, 1970, pp. 17, 515; itálicas mías).

para liberarse de la opresión norteamericana, el camino de la revolución cubana era el del socialismo" (Bosch, 1970, p. 752; itálicas mías).

Si tomo estas dos oraciones, una escrita antes de que Williams comience la historia moderna del Caribe y la segunda escrita al finalizar su libro, cuando analiza la situación de la actualidad caribeña, se puede observar la correlación de hechos históricos acaecidos antes y durante la conquista y colonización del Caribe y sus consecuencias en la actualidad de su época. La frase “the disposition of Adam’s will” es ambivalente y puede referirse al Adán del relato del Génesis bíblico. No obstante, no parece que esa sea la intención de Williams y, más bien, se refiere al deseo que tenía Adam Smith para que se desarrollara un mundo libre de monopolios en el comercio y el control del trabajo.¹⁵ En este sentido, el “Adam’s will” se refiere a un mundo liberado de las fuerzas, y de los países que las apoyan, que controlan los flujos comerciales, el trabajo (en sus diferentes formas) y las instituciones políticas y económicas que sostienen este control, los cuales provocan las conflictividades mundiales y guerras internacionales y refuerzan el legado colonial de dependencia y racismo en el Caribe.

Por cuanto, la historia del Caribe es la historia de esas conflictividades, esas guerras, ese control (racial) sobre el trabajo y el comercio que se hicieron efectivos y persisten a través de un sistema mundial que se inició en el Caribe vía: 1) la trata de esclavos y masiva esclavización de africanos, 2) las sociedades de plantación azucarera y 3) el comercio triangular entre Europa-África-América. Es ese legado histórico de conflictos internacionales por el control de trabajo (mediante el racismo) y el comercio, que provoca constantemente este sistema histórico vigente, que limita las posibilidades de integración y el protagonismo mundial del Caribe y Latinoamérica. Por tanto, la unidad de análisis de Williams es el sistema histórico basado en el control comercial y (racial) del trabajo, cimentado primariamente por la trata y la esclavitud negra en el Caribe, extendido al resto del mundo por medio del capitalismo.

¹⁵ Williams (1970, p. 215) varias veces señala que Smith no solo estaba en contra del mercantilismo o el control monopólico del comercio, sino también del control del trabajo; por tanto, de la esclavitud de aquellos tipificados por el “blanco occidental” como “negros”.

No es extraño, por tanto, que la última oración del primer capítulo de su libro, antes de que comenzara propiamente la historia del Caribe, haga una clara referencia al comercio esclavista que ya existía a lo que los europeos llamaban el continente de África. Empero, tal comercio, para lo que vendría, no conformaba el sistema histórico que ya se montaría con la trata negra y esclavización masiva de africanos, la sociedad de plantación y el comercio triangular entre Europa-América-África. En este sentido, para Williams, no se puede entender este sistema histórico sin tener bien presente que uno de sus principales anclajes fue la esclavización de africanos que, convertido en “negros”, permitió, como menciona citando a Gilberto Freyre, “the white man’s and most plastic collaborator in the task of agrarian colonisation”. La organización de la colonización agraria en el Caribe no solo desembocaría las conflictividades interestatales europeas, como afirmaría Bosch, sino la propia emergencia del capitalismo mundial y su versión industrial.

Ahora bien, la propuesta epistemológica de Williams, dentro de la tradición occidental de cómo hacer historia, aparenta no ser tan dinámica e innovadora como la de Bosch. Empero, sí es mucho más abarcadora porque atiende no solo el sistema interestatal, aunque no dentro de la propuesta epistemológica de la “frontera” movible de Bosch, sino también que toma en cuenta elementos que componen ese sistema histórico tales como: 1) el comercio de bienes y servicios, 2) el control del trabajo esclavo y la servidumbre blanca, 3) la estratificación racial y organización social-colonial de la sociedad de plantación, 4) los métodos de producción de azúcar en sus diferentes etapas y 5) los diferentes discursos ideológicos y teológicos que justificaban o retaban la esclavización masiva de los africanos y las africanas. Williams, por consiguiente, narra la historia de la constitución de un sistema mundial, que emergió en la región del Caribe, donde la agencia de los actores históricos se reduce en tanto que estos son el resultado o representan algún componente de este sistema mundial. Por consiguiente, la *agencia* del sujeto histórico de Williams puede considerarse como efecto de este sistema histórico mundial.

En el dilema entre agencia/estructura de las ciencias sociales occidentales preponderaría, en el análisis de Williams, la *estructura* sobre la *agencia*. Es decir, y a diferencia Bosch, la agencia de los actores (la capacidad de forjar eventos y sucesos históricos por sí mismo) pierde importancia porque prioriza los escenarios de estructuración y reestructuración del sistema. Un ejemplo de esto es la escasa importancia que le ofrece a la vida de los indígenas y de sus levantamientos, como el cimarroneo negro y las insurrecciones “blancas”. Empero, y a diferencia de Bosch, Williams extiende los actores históricos como son los plantadores blancos, mulatos, negros libres, esclavizados, blancos pobres o profesionales como actores creados por este sistema basado en la acumulación de capital vía el control del comercio y racial del trabajo. Aunque apenas aborda la vida de los indígenas y sus levantamientos, sí atiende los procesos y debates que condujeron a su esclavización y la organización de su esclavitud mediante la institución de la encomienda caribeña (muy diferente a la europea) porque esta sería la antesala de la plantación esclavista negra azucarera.¹⁶

Asimismo, un aspecto fundamental del relato histórico de Williams es el uso de estadísticas para mostrar tanto el comercio triangular Europa-África-América, la trata negra, como el comercio que directamente acaece entre las “West Indies” británicas y el Reino Unido. Es decir, va demostrando los procesos de acumulación de capital que se dieron vía el comercio transatlántico. También muestra estadísticas sobre los cambios en la composición racial poblacional y el nivel de producción del azúcar de las diferentes islas caribeñas británicas y su productividad describiendo el desarrollo y evolución de las sociedades de plantación azucareras caribeñas. Williams no enfatiza tanto al conflicto entre los propios dominadores y entre

¹⁶ “The significance of the Spain’s policy lies in the fact that provided an instruction for Spain’s successors in the Caribbean which they were not slow to better. It marked an indelible stamp of degradation on labour in the Caribbean. And it served as the basis for the later, most extensive, and more comprehensive treatment of the Negro” (Williams, 1970, p. 37).

dominados y dominadores dentro del espacio geopolítico de la *frontera* Bosch. Contrariamente, se enfoca en los diferentes tipos de colonialismo de cada metrópolis los cuales fueron construyendo un sistema mundial fundamentado en el control del comercio y racial del trabajo y la conflictividad que ello causaba. Sobre este último asunto, se puede observar cómo Williams da importancia a la discusión ideológica sobre la legitimidad e ilegitimidad de la esclavitud, comenzada desde España, continuada por el resto de las potencias europeas y culminada en 1803 cuando el Reino Unido prohibiría el comercio esclavista con África.

Williams tendrá diferencias fundamentales con Bosch respecto a su afirmación de que España no era un imperio propiamente en el siglo XVI. El ex primer ministro aborda el colonialismo español como el resto de los colonialismos europeos. Él ni siquiera cuestiona a España como imperio, como sí hace Bosch, porque Williams la considera como el imperio pionero transeuropeo que sentó las bases institucionales, ideológicas y ontológicas que los demás imperios utilizarán para extender y asentar un sistema mundial basado, precisamente, en el control del comercio y racial del trabajo. Dos elementos donde España innovó fueron: 1) el mercantilismo o el control imperial-burocrático del comercio de una colonia y 2) las esclavizaciones indígenas que provocaron el tipo de encomiendas caribeñas. Al Williams entrar en el debate sobre la esclavización de los indígenas y en el modelo de producción azucarero del colonialismo español (que no será modificado, según Williams hasta el siglo XVIII) sugiere a España como el iniciador y la punta de lanza de lo que, eventualmente, serán las sociedades de plantación esclavistas negras, primero, en las colonias inglesas y, luego, y con mayor efectividad, las francesas. Sin las justificaciones para la esclavización de los pueblos indígenas, mediante el cuestionamiento sobre su humanidad por intelectuales y conquistadores españoles, y las profundas alteraciones que sufrió la encomienda española en el Caribe, no se hubiese montado un régimen moral ni ideológico que hiciera aceptable y hasta válido el control masivo del trabajo vía la esclavitud

deshumanizada,¹⁷ primero en la región del Caribe y, luego, al resto del mundo.

Asimismo, el control del comercio internacional aconteció mientras se integraba el comercio nacional español vía el mercantilismo y la formación del nuevo Estado moderno. España fue pionera en aplicar *internacionalmente* el control dual del trabajo (indígena y africano) y el comercio internacional (del oro y la plata) que se extendería, luego, por los demás imperios europeos. Es sobre las innovaciones ontológicas, ideológicas e institucionales de España en su conquista del Caribe (y del resto a lo que llamarán América) que comienza a emerger el sistema mundial que va historiando Williams desde el Caribe. Es decir, el imperialismo-colonialismo español fue capital en colocar los cimientos del actual sistema mundial. El autor de este ensayo aclara que Williams no dice todo esto explícitamente. Empero, su narrativa histórica sobre la esclavitud de los “indios”, la exposición de las discusiones sobre la legitimidad de la institución de la esclavitud por los intelectuales españoles, los dilemas que trajo la encomienda indígena y la instauración de los trapiches y haciendas azucareras, evidencian la importancia que tiene España en la fundación del sistema que él *historiza*. Un sistema que ocasiona una conflictividad permanente entre los pueblos del mundo.

¹⁷ Le recuerdo al lector que la esclavitud en la cristiandad europea de la preconquista no se fundamentaba en la reducción del esclavo a una mercancía o en su deshumanización total mediante la clasificación de este como un no-humano. Para el cristianismo europeo de la preconquista, todos los humanos eran hijos de Dios porque tenían alma y, en tanto tenían alma, buscaban de su creador creando una religión. La división entre humanos en la cristiandad de la preconquista se basaba en la línea teológica entre aquellos creyentes (en la fe de Cristo) y en los no-creyentes. Un cristiano no podía esclavizar a otro cristiano. Empero, tampoco esclavizar arbitrariamente a un no-cristiano porque debía mediar la guerra justa para esclavizarlo. El esclavo, además, debía ser tratado con humanidad (véase las normas para tratar a los esclavos de parte de Rey Alfonso el Sabio en el siglo XIII). Con el mal llamado “descubrimiento”, se considera a los “indios” carentes de religión y, por tanto, de alma, rompiéndose la división humana teológica entre creyentes y no-creyentes, y estableciéndose una nueva línea antropológica entre aquellos humanos (europeos) y subhumanos (indios) el cual instituye como duda *a priori* el cuestionamiento permanente de la humanidad de los pueblos no-europeos (Dussel, 2008; Maldonado, 2013, 2007; Grosfoguel, 2013).

Diferencias ontológicas en el relato histórico entre Bosch y Williams

Williams, al colocar a España como el primer imperio transeuropeo, entra en contradicción con Bosch que lo considera un país no imperial para los siglos XV y XVI. El argumento de Bosch era que la lucha contra el Islam en España *atrasó* el desarrollo de la burguesía y el de las fuerzas productivas capitalistas. Es decir, la categoría de “imperio” solo era atribuible en tanto que el país europeo hubiese desarrollado una economía capitalista o proto capitalista. Para Bosch, el capitalismo es un fenómeno propiamente europeo y no se generaliza en el Caribe hasta el siglo XX. De cierta manera, la *frontera* caribeña de Bosch es una separada al desarrollo propiamente del capitalismo europeo en tanto que esta, la *frontera*, no fue fundamental para el progreso social-económico-cultural de Europa. En otras palabras, el progreso y la modernidad fue un logro propiamente de Europa en vista de que fue un proceso interno europeo y el Caribe (como frontera ultramarina europea) no es parte de ello.

No obstante, para Williams, el desarrollo de la burguesía europea y, por tanto, del capitalismo, fue un fenómeno fundamentalmente colonial. Es decir, sin la colonización de América, del control del comercio y del trabajo (mediante la trata de esclavos, la organización de las sociedades de plantación azucareras americanas y el comercio triangular Europa-África-América) no hubiese emergido y preponderado socialmente la burguesía europea por su incapacidad en acumular los suficientes capitales (y conocimientos) fundamentales para el desarrollo de las fuerzas productivas que desembocaron en la industrialización inglesa del siglo XIX. En este sentido, para Williams, es la *frontera* ultramarina europea quien inicialmente le da forma a la *centralidad* de las capitales europeas y no al revés, como afirma Bosch. Es decir, Williams argumenta que los capitales se fueron acumulando en las capitales europeas y fue esta “acumulación primitiva” la que permitió el desarrollo del capitalismo industrial gracias al trabajo del negro

esclavizado, la trata de negros y el comercio triangular Europa-África-América. España fue precisamente la que dio las bases filosóficas para la esclavización masiva de pueblos no-blancos vía sus discusiones sobre la naturaleza humana de los indios y la empresa conquistadora y las innovaciones institucionales mercantilistas y las encomiendas de “esclavos” para asegurar el control comercial colonial y la consolidación de su economía nacional. En otras palabras, para Williams no existe una condición esencial del ser europeo que lo conduce al desarrollo natural del capitalismo, del progreso y la modernidad porque esta no fue un proceso propiamente europeo, sino en relación de dominación con otros pueblos no-europeos.

Por tanto, Williams, a diferencia de Bosch, desbanca la argumentación eurocéntrica que se fundamenta en que el capitalismo es un proceso propiamente interno de Europa y emanado del trabajo y los emprendimientos exclusivo de los europeos. Contrariamente, es un proceso dinámico no exclusivamente europeo, sino basado en las relaciones de dominación política, económica y cultural que tuvo la Europa Occidental con sus coloniales, especialmente caribeñas, a través del establecimiento de la plantación azucarera esclavista, la trata de negros esclavizados y la conversión del Caribe como el punto de conexión en el comercio triangular de América-Europa-África.¹⁸ De esta manera, Williams rompe con la estructura ontológica occidental el cual presume de una *esencia* exclusiva y única del yo-occidental que, independientemente de los factores externo que lo rodea, evoluciona inevitablemente hacia la modernidad y progreso. Ese proceso, para Williams, es uno propiamente histórico que involucra el colonialismo europeo y su explotación-dominación de los esclavizados negros. Por tanto, no está sujeto a predestinación como así lo afirma Bosch.

¹⁸ “El comercio de esclavo era central en el comercio triangular. [...] El tráfico de esclavo mantuvo girando las ruedas de la industria metropolitana; estimuló la navegación, la construcción de barcos y dio empleo a marineros; hizo crecer aldeas de pescadores hasta convertirlas en ciudades florecientes; dio sustento a nuevas industrias basadas en el procesamiento de materias primas coloniales y produjo enormes ganancias que *se reinvertieron en la industria metropolitana*” (Williams, 2009, p. 235; itálicas mías).

Ahora bien, y aclara el actor de este ensayo, las importantes expresiones que hace Bosch (2009, p. 200) respecto a la trata de esclavo. Este menciona:

Uno de los factores de la *rápida capitalización* de esos países [Países Bajos, Dinamarca, Inglaterra y Francia] fue la trata de esclavos. En un nivel diferente, la situación a mediados del siglo XVI tenía semejanzas con la de mediados del siglo XX. En 1950, los países vendedores de maquinarias se enriquecían vendiendo esas maquinarias a los países que tenían poco desarrollo, y capitalizaban más de prisa que estos; hacia 1540, los vendedores de esclavos capitalizaban más de prisa que los que compraban esos esclavos para poner a producir las tierras americanas. Por la vía del comercio esclavista, los países que traficaban con esclavos del África sustraían las riquezas de que España sacaba de América.

Bosch parece estar de acuerdo con la conclusión de Williams. Empero, el intelectual dominicano aun no abandona la estructura ontológica del yo-sustancia-occidental en tanto que la trata de esclavizados solamente *aceleró* lo que ya era propio del desarrollo “natural” europeo. Es decir, España, al no participar directamente en la venta esclavista trasatlántica, atrasó su inevitable desarrollo. No solo el Islam había “atrasado” a España, ahora se atrasaría adicionalmente por no participar, como *vendedor*, en la trata negra. La esclavitud y el control del trabajo “negro” no era condición para la capitalización de España, sino meramente su atraso. Tal argumento contradice totalmente lo planteado por Williams, precisamente, porque Bosch asume la estructura ontológica del ser-esencia occidental y del relato sobre la linealidad progresista del tiempo.

La corporalidad sí importa en el relato histórico

¿Por qué Williams logró esta ruptura ontológica en su relato histórico a diferencia de Bosch? Porque Williams produce su historia desde su negritud o desde la experiencia de vida del aquel que fue raptado de

su tierra, negada cualquier subjetividad individual o colectiva, a través de la clasificación de “negro”, y reducido a mera mercancía para ordenarlo en el lucroso negocio del azúcar del cual nunca se benefició. Cuando Williams concluye que el desarrollo europeo y del capitalismo fueron gracias al trabajo de los africanos esclavizados, no está afirmando que el destino de estos eran su esclavización, y la del blanco europeo el de ser su amo, como parte ineludible e inescapable del desarrollo de la modernidad, el progreso y la ciencia. Si afirmara esto, implicaría que legitima la estructura ontológica occidental (del cual Bosch se nutre) la cual reduciría a los africanos a meros “esclavos”, objetos pasivos históricos u, ontológicamente hablando, en el otro/no-europeo que carece de sustancia y que es incapaz de evolucionar por sí mismo y de crear “civilización”. Eso lo llevaría a concluir que los blancos-europeos (los sujetos-sustancias) les trajeron la “civilización” y “un bien mayor” a los africanos (objetos-entes) mediante su esclavización. Visto así, la esclavitud estaría justificada porque, aunque horrible, hizo un bien mayor a largo plazo para los propios “negros”.

Empero, y contrariamente, Williams está retando esa estructura profunda racista en el relato histórico eurocéntrico, afirmando que el proceso de modernización de Europa fue un proceso histórico, sin predestinación de ningún tipo, donde fue fundamental el colonialismo de ultramar europeo y la esclavización de millones de africanos. No hay sustancia (o predestinación) ni en el uno (los europeos) y ni en el otro (los africanos), o sea, no hay *ontologización*, sino interacciones y relaciones de poder las cuales conforman identidades donde precisamente estas relaciones permitieron la modernidad europea y la dependencia y el subdesarrollo del Caribe. Eso es lo que concluye Williams con su investigación histórica, estudio que lo lleva a cuestionar la estructura ontológica de la civilización occidental moderna y quebrar el relato eurocéntrico de la historia, a diferencia de Bosch que aun lo reafirma en su narrativa histórica cuando ontologiza a Europa y sub-ontologiza a América.

Por supuesto, Bosch no se vale de la afirmación ideológica de que el africano es naturalmente esclavo (eso es el típico discurso ideológico de

un supremacista blanco y Bosch ni es supremacista ni tampoco un “racista”). Sin embargo, a nivel ontológico, sí afirma la condición sub-ontológica de los actores propiamente caribeños porque, a diferencia de los actores europeos que “evolucionan”, independientemente de factores externos, el desarrollo de los pueblos del Caribe sí está sujeto a factores externo en vista de que esta zona es la “frontera” externa de los occidentales. Es decir, en virtud de que su concepción de “frontera” la concibe como la marginalidad de Europa, es decir, su periferia, condiciona las posibilidades de acción y subjetividades de los actores propiamente caribeños bajo esa marginalidad o periferia. Bosch libera a los pueblos europeos de esa condicionalidad precisamente porque la “frontera” no condiciona el desarrollo de estos o, en el mejor de los casos, atrasa (como en el caso de España) o acelera (como en el caso de Holanda e Inglaterra) su modernidad-progreso, pero no lo evita. Por cuanto, Bosch reafirma la sustancialidad (que se traduce en predestinación) del yo-occidental en contraposición con la falta de sustancialidad ontológica en la otredad caribeña (de que carece él mismo). Williams va más allá de esa estructura ontológica occidental precisamente porque parte de su negritud o de la experiencia de vida histórica del negro en el Caribe. Bosch es un “criollo blanco” que, si bien puede aprender esa perspectiva y sus presupuestos filosóficos, se le haría más difícil proponerla, precisamente, porque su experiencia de vida histórica, como criollo “blanco”, e hijo de español, es muy diferente a la de Williams. Por tanto, la corporalidad, o el color de piel en un mundo política y económicamente organizado en una pigmentocracia, fue determinante para que Williams rompiera con la estructura profunda de la narrativa eurocéntrica que engrandece los “logros” de la “civilización occidental” y oscurece sus masivos e innumerables crímenes para desarrollarlos.

Comparaciones finales y cierre

Eric Williams y Juan Bosch construyeron narrativas históricas diferentes basadas en unidades de análisis, en propuestas epistemológicas

y estructuras ontológicas diferentes. A partir de estas diferencias, esas narrativas enfatizaron eventos y actores históricos divergentes.

Bosch va historiando la extensión del sistema interestatal occidental que, en el Caribe, se convierte en su frontera externa. Empero, Bosch concibe esta frontera como uno movable sujeto, no solo de las acciones de los distintos actores europeos (estatales y no-estatales) que la mueven, sino por las acciones de los actores propiamente caribeños. El intelectual dominicano reconoce, por tanto, la agencia de los actores caribeños, y como tal, da cuenta de esa agencia (que crea historia) en su relato histórico. Para Bosch, no se puede entender la frontera externa de Occidente, el Caribe, sin los actores históricos caribeños; y tampoco se pueden entender las acciones históricas de los actores caribeños desconociendo que actúan dentro de esta frontera externa occidental, es decir, están condicionados y delimitados por ella. Esta perspectiva, al menos para historiar el Caribe, ofrece innovaciones de tipo epistemológicos que superan el dilema de *estructura* vs. *agencia* que afrontan las ciencias sociales occidentales, presentando implícitamente un tipo de *agencia-estructurante* (acción propias de los agentes sociales condicionadas por las estructuras históricas pero que, a su vez, reproducen, transforman y crean estructuras nuevas históricas) y *estructuras-agenciantes* (las condiciones históricas que le asignen a los actores históricos un lugar en las relaciones de poder y que limitan o inducen, solo condicionalmente, las iniciativas de estos). Esto es una aportación significativa no solo para la historiografía caribeña, sino también para las ciencias sociales mundiales.

Además, Bosch nos propone una historia que demuestra, aunque implícitamente, el proceso de ontologizar identidades a través de la geopolitización geográfica que identifica. Es decir, el Caribe es, y ha sido, avanzada de los proyectos imperiales occidentales, en tanto frontera externa, donde se le asigna un lugar en los esquemas imperiales occidentales para el control de su comercio, recursos naturales y trabajo. Parte de esa geopolitización geográfica implica la ontologización de las identidades caribeñas (indios, negros, mulatos, zambos, españoles, ingleses, etc.); es decir, la naturalización de

los roles de sus habitantes y residentes. A partir de ahí, las acciones de liberación de los caribeños están enmarcadas por este proceso de geopolitización geográfica (identificado por Bosch) y ontologización identitaria. Bosch construye su historia como herramienta política para liberarse de esta geopolitización geográfica, aunque no alcanzar la liberación de la ontologización de sus identidades. Será a partir de la ontologización identitaria (que realizan los imperios y sus representantes caribeños) la base para montar la oposición imperial a los procesos de liberación caribeña.

Su definición del Caribe se extiende a la cuenca del Caribe, es decir, el Caribe son las Antillas junto a las costas continentales del norte de Suramérica y del este de América Central, añadiendo la península mexicana de Yucatán. Sin embargo, excluye a aquellos países que no fueron parte de las luchas de poder por los países occidentales, como las Bahamas¹⁹, o que no hacen litoral con el Mar Caribe como Guyana, Surinam y Guyana Francesa. Por tanto, el criterio de caribeñidad de Bosch es la disputa del territorio por los poderes occidentales y la “litoralidad” con el Mar Caribe. En este sentido, tiene un criterio geográfico y otro histórico, siendo ambos constituyentes el uno con el otro.

Williams presenta una unidad de análisis diferente a Bosch para mirar e interpretar el Caribe. El intelectual trinitense mira el Caribe a la luz del sistema mundial, basado en el control del comercio y del trabajo que comenzó en esta zona del mundo. En la constitución de este sistema estuvo la trata de esclavizados y la esclavización de millones de africanos, la plantación azucarera y el comercio triangular América-Europa-África. En vista de que Williams tiene un enfoque estructuralista (enfatisa en la lógica y el funcionamiento de la estructura sociohistórica), los actores históricos son historiados en función de este sistema mundial, es decir, en cómo ellos ayudaron

¹⁹ Dice Bosch (2009, p. 86) sobre Las Bahamas “Las Bahamas no fueron consideradas en ningún momento como una parte del Caribe, y no fueron, por tanto, territorio de la frontera imperial. [...] nadie llegó allí a disputarles a los ingleses sus posesiones. Así, pues, ni históricas ni culturalmente ni económicamente forman parte del Caribe”.

a su conformación o fueron producto de este. Por ejemplo, si Bosch atiende las insurrecciones de los indios y negros, Williams enfatizará la función que tuvo la esclavización de los indios en el montaje de la sociedad de plantación esclavista o la insurrección de esclavizados de Haití en el desmantelamiento eventual de la trata esclavista. Williams apenas atiende la agencia propia de indígenas y negros cimarrones como sí realiza Bosch.

Williams atiende, con estadísticas, lo concerniente al comercio esclavista, al comercio triangular o al comercio directo entre metrópolis-colonias y la producción y productividad azucarera de las colonias. Bosch no hace ningún tipo de referencia a este asunto. En este sentido, Williams ofrece una perspectiva desde la economía política que, en el caso del Caribe entre los siglos XVII y XVIII y partes del XIX, estuvo basada en el control del trabajo esclavista negro. La conflictividad que explica Bosch, a través de su noción de *frontera*, son las batallas de los imperios occidentales por el control geopolítico del Caribe y de los caribeño por (des)geopolitizarse. Para Williams, tal conflictividad se fundamenta en el racismo y su corolario en el control del trabajo y el comercio internacional. Perspectivas que son muy similares con la única y fundamental diferencia que, para Bosch, el Caribe se forma desde las capitales europeas imperiales en tanto *frontera* de estas. En cambio, para Williams son las capitales europeas imperiales que toman su forma en el Caribe.

La definición del Caribe por parte de Williams es más reducida que la de Bosch, en tanto que se limita a las Antillas, aunque incluye a Bahamas. Como su unidad de análisis es el comercio transatlántico, toca áreas como las trece colonias de estados Unidos y un tanto el oeste de África. Por supuesto, ambos atienden los conflictos europeos y cómo se extendieron al Caribe o, desde el propio Caribe, se extendieron a Europa. Es decir, la historia del Caribe anda también en las capitales y puertos de comercios de las metrópolis coloniales.

Ahora bien, Williams hace una importante aportación filosófica-política al quebrar la estructura ontológica del relato eurocéntrico-racista europeo que Bosch, pese a sus innovaciones epistemológicas, no

logra y, de hecho, reproduce. Para Williams, el progreso, la industrialización y modernización de Europa no es un fenómeno propio ni inherente a su desarrollo, sino resultado de las relaciones de poder que tuvo, en general, con sus colonias americanas, y, en particular, con el control del comercio esclavista y el trabajo de millones de africanos. En este sentido, no hay un sujeto-occidental ahistórico esencialmente moderno y modernizante ni tampoco una otredad no-europeo que depende del desarrollo occidental, precisamente, porque carece de esa esencia moderna y excepcionalidad "occidental". Ese quiebre a nivel ontológico que hace Williams en su relato histórico, significa una ruptura en las ciencias sociales donde unas ciertas disciplinas son propias para los occidentales (economía) y otras para el resto del mundo (antropología, estudios del desarrollo) (Osamu, 2006). Por cuanto, la propuesta epistemológica de Bosch que utiliza para el Caribe, pero no para Europa, sería extensible también a los europeos en tanto que estos son producto de las relaciones de poder que históricamente han establecido con su otredad. Por tanto, la corporalidad en el relato histórico, y para este autor en las ciencias en general, sí importa. E importa porque esta va revelando no solo las experiencias de vidas que se experimentan desde los diferentes lugares y dinámicas que devienen de las relaciones sociales y de las instituciones sociales modernas que las cristalizan, sino que exponen el acervo cultural y la inteligencia que queda inscrita en los cuerpos de cada pueblo a través del arte, los relatos orales o el mal llamado folclore como comportamientos y reacciones a situación históricas.

Ahora bien, si Bosch evidencia los procesos de geopolitización geográfica y, hasta cierto punto, los de ontologización identitaria, y nos invita a una liberación de esta geopolitización geográfica imperial-occidental, es Williams quien sí logra exponer la liberación de la ontologización identitaria como un proceso político real complementario, pero fundamental, a la primera. La geopolitización geográfica, la primera, tiene su principal radio de acción a nivel interestatal entre naciones caribeñas, tal cual propuesta implícitamente por Bosch. La segunda, la des-ontologización identitaria, tal cual

propuesta por Williams, tiene su radio de acción en todos los ámbitos de la vida moderna. Una dupla que involucra tanto la política doméstica como la internacional para la liberación de la región caribeña de su condición de “frontera imperial” y de la herencia del racismo estructural que “periferiza” a las naciones caribeñas y a sus pueblos negros. Esta aportación al pensamiento político caribeño tiene una importancia capital y trasciende el ámbito de la región.

Finalmente, estos dos intelectuales caribeños, uno proveniente del caribe hispano y otro del inglés, no solo hicieron aportaciones significativas a la historiografía caribeña, escribiendo desde el Caribe y para el Caribe, sino que aportaron importantes contribuciones filosóficas a las ciencias sociales en el ámbito de la epistemología y de la ontología y de la visión política de la región. Tales aportaciones contribuyeron tanto descolonizar el relato mundial eurocéntrico-universalista y sus estructuras de conocimiento que empleamos para analizar la realidad contemporánea como a proveer visiones y coordenadas políticas de descolonización para la región (y el mundo) que trascienda la independencia política y consolidación nacional. El Caribe, con sus intelectuales, genera nueva inteligencia para ser empleada y utilizada no solo por los propios caribeños, sino para el resto de los productores del conocimiento del mundo contemporáneo.

Bibliografía

Bosch, J. [1970] (2009). *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe frontera imperial*. Santo Domingo: Fundación Juan Bosch.

Dussel, E. [1994] (2008). 1492. *El encubrimiento del otro: Hacia el origen del mito de la modernidad*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia Dirección de Participación Ciudadana.

Grosfoguel, R. (2013). The Structure of Knowledge in Westernized Universities Epistemic Racism/Sexism and the Four Genocides/Epistemicides

of the Long 16th Century. *Human Architecture: Journal of the Sociology of Self-Knowledge*, XI(1).

Hobson, J. H. (2006). *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*. Barcelona: Crítica.

Maldonado-Torres, N. (2014). Religion, Conquest, and Race in the Foundations of the Modern/Colonial World. *Journal of the American Academy of Religion*, 82(3).

Maldonado-Torres, N. (2007). Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto en S. Castro-Gómez. y R. Grosfoguel (comps.), *El giro decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Iesco-Pensar-Siglo del Hombre Editores.

Martínez, P. (2009). Introducción en *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe frontera imperial*. Santo Domingo: Fundación Juan Bosch, pp. 5-58.

Mignolo, W. (2003). *The Darker Side of the Renaissance: Literacy Territoriality e' Colonization*. Ann Arbor: Michigan University Press.

Osamu, N. (2006). Anthopos and Humanitas: Two Western Concepts of "Human Being" en N. Sakai y J. Solomon (comps.), *Translation, Biopolitics, Colonial Difference*. Hong Kong: Hong Kong University Press.

Wallerstein, I. (2000). Oliver Cox as World-System Analyst. *Research in Race and Ethnic Relation*, 11.

Williams, E. (2009). *De Colón a Castro: La historia del Caribe 1492-1969*. México DF: Instituto Mora.

Williams, E. (1970). *From Colon to Castro: The History of the Caribbean*. London: Vintage.

Notas seculares sobre la psicología caribeña

Martín Arcila Rodríguez

Introducción

La obra de investigación histórica del Caribe que encabeza Eric Williams (1911-1981) abarca cinco grandes períodos: 1) *El monopolio español*, 2) *La rivalidad anglo-francesa*, 3) *La abolición de la esclavitud*, 4) *El “mediterráneo americano”* y 5) *El movimiento para la independencia caribeña* (Williams, 2009, p. 631). Esta clasificación general nos ayudará a definir el objeto, la perspectiva de análisis y el propósito último de nuestro ensayo. En cuanto a lo primero, el objeto, nuestro examen busca extender las observaciones que el intelectual trinitense dejó planteadas en su voluminoso estudio de 1970 *De Colón a Castro: la historia del Caribe 1492-1969*, con respecto al papel que debía desempeñar la psicología en la formación de una comprensión significativa del destino de los pueblos concretos que subsisten en el espacio geográfico caribeño, desde hace más de cinco siglos. En cuanto a lo segundo, la perspectiva de análisis escogida para nuestro examen es la de una exégesis minuciosa que permita reconstruir algunos de los argumentos esenciales que Williams desarrolló para develar el significado de

algunas experiencias del colonialismo, que acontecieron en la historia del Caribe. En cuanto a lo tercero, el propósito último de este trabajo expresa una apuesta de sentido por encontrar modelos de autopercepción histórica que incidan en la comprensión y el despliegue de una conciencia caribeña de la relación racismo-psicología en el presente, teniendo en cuenta aquí que, si bien es cierto que en la actualidad los países caribeños representan agrupamientos espirituales o unidades económicas y políticas singulares, con realidades culturales y constituciones nacionales diferenciadas, no obstante es válido asumir que todas ellas son susceptibles de describirse bajo un grupo de signos vitales comunes, alrededor del tema de la raza, en la medida en que su herencia común de subordinación al dictado de intereses foráneos (p. 96) semeja un tronco vivo, repleto de máculas coloniales y actos de inferiorización racial.

En este orden de ideas se podría decir que los vestigios del racismo no han desaparecido, sino que se inscriben en la historia del Caribe como *huellas adversas* de un largo ‘proceso letárgico’ vivo en el presente. Desde hace más de cinco siglos, la región caribeña refleja un panorama de *desarmonía racial* que no se resuelve con *obras de alivio* económico, pues más que nada, este panorama tiene que ver con guerras y disputas históricas, tanto insulares como continentales, que gravitan alrededor del control político y la soberanía, alrededor del interés nacional por desarrollar extensos monocultivos u otros sectores productivos decisivos en la dinámica del mercado mundial, así como también alrededor del desarrollo de un sistema educativo que contribuya a redefinir la identidad de los proyectos regionales independientes del dominio colonial en las Antillas. La desarmonía racial remite, de este modo, a realidades socioeconómicas en contradicción, muchas de ellas representadas por un choque frontal de estados mentales en el interior de los pueblos caribeños, que da origen a conflictos de clase y tensiones raciales muy pronunciadas. Así, en la tarea de abonar el camino para rastrear las causas generales que fueron garantes de este panorama, y superar la persistencia de dichas tensiones raciales, presentes en el ámbito de la dominación

política y económica colonial del Caribe, se vuelve necesario realizar una lectura diligente de aquellos fragmentos de la obra de 1970, en los que la contribución intelectual del pensador de la política mundial y la historia caribeña expresa *un examen embrionario de la psicología de los pueblos antillanos*.

El proceso letárgico y sus implicaciones en la industria azucarera en el siglo XX

En el capítulo veintiséis de su obra, publicada hace cincuenta años en idioma inglés, el intelectual trinitense desempolvaba de un informe oficial del año 1937 una descripción de la *vida productiva* de la comunidad antillana que lo vio nacer, Trinidad y Tobago, la cual merece ser recordada aquí por el hecho de que informa, en primer lugar, sobre la deficiente política de seguridad alimentaria que, en el interior del país caribeño, continuaba existiendo en las primeras décadas del siglo XX. A causa del impacto devastador que la desnutrición tuviera en la dieta de todos los habitantes de ambas islas con más de 20 años de edad, decía, “un estado de letargo saturaba a toda la comunidad, lo cual solo se interrumpía en ocasiones festivas o en momentos de desórdenes” (p. 562). En efecto, en el marco de su examen sobre ‘el colonialismo en el siglo XX’, al considerar la desnutrición como un fenómeno que de manera necesaria influyó en el seno de la sociedad civil trinitaria, preparando la aparición de un *estado de letargo*, es claro que hay un esfuerzo teórico por parte de Williams en señalar la presencia de *una marca psicológica* cuya existencia ocupa, en la geografía de las Antillas, una parcela de espacio y un espacio de tiempo propios. Ya en el primer párrafo de este capítulo se explicita que las islas de esta región son vistas como “los arrabales del imperio británico” –una tentativa de definición de las Indias Occidentales propuesta por un presidente británico–, y que “todo estudio social y económico de las islas de las Indias Occidentales es necesariamente un estudio de la pobreza” (p. 554). De manera que un análisis de

los efectos que fueron, por decirlo así, connaturales a este ‘proceso letárgico’ en el espacio-tiempo de dichas áreas insulares, debería comenzar por reconsiderar dos cosas: a) ‘el empobrecimiento de las condiciones materiales para una vida mejor’ de sus habitantes, así como b) el conjunto de hábitos para la subsistencia –no solo alimenticios– que dan cuenta de este empobrecimiento.

a) Con respecto al primer problema, en los capítulos 24, 25 y 26 de su texto, que se corresponden con el período del “mediterráneo americano” (1899-1940), Williams se ocupa de describir la naturaleza del empobrecimiento material de los sembradores de caña de azúcar, apoyándose en la experiencia de concentración de latifundios en el Caribe, como clave de interpretación histórica que *asegura* la continuidad de este ‘proceso letárgico’ en la vida de los pueblos pertenecientes a esta región. De entrada, una serie de consideraciones económicas objetivas sobre los distintos modos de producción de azúcar que se encontraban vigentes en las Antillas, llevan a Williams a afirmar de manera tajante que “la producción masiva que hizo rentable la industria del azúcar llegó tras el surgimiento del poder militar estadounidense y su presencia política en el Caribe” (p. 539). Williams expone una argumentación que despliega paso ante paso un empleo riguroso de datos comparativos con el fin de medir el alcance ‘monstruoso’ de las operaciones de la plantación estadounidense sobre el territorio caribeño, en contraste con el impacto que tendría, por ejemplo, la industria del azúcar de remolacha en las colonias francesas, o a diferencia de la economía de plantación de las colonias británicas, cuya extensión total de terreno de caña estaba muy por debajo de la astronómica cantidad de hectáreas de tierra concentrada en manos de un puñado de corporaciones de Estados Unidos.

Tras medir el alcance de la penetración estadounidense en la avara aventura del negocio de la siembra de caña de azúcar en las Indias Occidentales hacia finales del siglo XIX y principios del XX, la investigación de Williams pasa a subrayar la adopción de ‘un esquema de concentración de la tierra’ a gran escala por parte de las compañías azucareras estadounidenses de esta nueva era, simbolizadas en la

United Fruit Company (p. 540). Aplicado sobre una base material territorial, este esquema condujo a una disminución del área de las granjas de los colonos que venían siendo destinadas a la cosecha de caña, y además provocó una pérdida respectiva en la producción por toneladas de azúcar, desde el punto de vista de estos ‘pequeños agricultores’, quienes, según Williams, sufrieron el efecto de una ‘invasión insopor- table’ del azúcar de la plantación norteamericana (p. 543).

¿Pero estuvo la expansión gigantesca de la industria azucarera en las colonias condicionada por un efecto psicológico de cuño *invasivo*, ante la concentración de un amplio conjunto de tierras? Al hilo de una respuesta a esta inquietud, encontraremos una clave de interpretación adicional para precisar el enfoque que hemos escogido en nuestro *examen de la psicología caribeña*. En un primer momento, cabe afirmar que la *invasión* toma la forma de un doble movimiento dentro la argumentación que elabora Williams: la concentración de tierras (1) conducirá de forma inevitable a la concentración de la fuerza de trabajo, (2) veamos el texto:

El amplio conjunto de tierras, construcciones, ferrocarriles y equipo representado por una corporación azucarera estadounidense en el siglo XX exigía una concentración correspondiente de trabajadores (p. 548).

De esta cita se saca en limpio que las plantaciones de caña en las áreas del Caribe requirieron la fuerza creadora del trabajo de miles y miles de personas. También se infiere que el predominio del cultivo de la plantación en dicha región debía permitir el desenvolvimiento de la existencia y el desarrollo de las formas de vida característicos de esta ingente población concentrada. Pero hay que reconocer también que en el empleo de un alto número de trabajadores involucrados en la producción de azúcar, las corporaciones estadounidenses instaban a la mayoría de ellos a que sus familias mantuvieran *una relación de dependencia* prolongada con cada una de las ocupaciones subordinadas que se originaban en alguna fase de la industria azucarera (p. 551). Eric Williams percibió con agudeza cómo de la mano de esta relación de dependencia hacia los patrones y dueños de la

riqueza privada de las plantaciones se alentaba el abandono de todo intento activo de diversificación agrícola en el horizonte de la política económica antillana. Junto con esta premisa, con el fin de salvaguardar la prosperidad de una sola industria como la del azúcar, tuvo lugar la afirmación de un control paralelo en el ‘espectro de los hábitos’ de la mayoría de los trabajadores, el cual muchas veces resultaba excesivo si consideramos que, por un lado, la promoción de esta “invasión en el reino de los hábitos” ocurría no antes, sino después de cumplida la jornada laboral, allí donde los productores que regresaban a su casa luego de haber salido de su patria solo para la temporada azucarera (p. 549) debían afrontar la difícil situación del desempleo en la temporada “muerta”, con el agravante de un salario inadecuado:

La economía de la plantación azucarera, basada en el empleo temporal de miles de peones inadecuadamente pagados, no ofrece ninguna esperanza para la mejora de las condiciones sociales y económicas; en su lugar tiende a perpetuar la actual situación deplorable (p. 556).

b) Por otro lado, el proceso de invasión psicológica que venimos comentando se apuntaló allí donde los propietarios particulares de las plantaciones y el mismo gobierno local impulsaron una política de empleo rotatorio o intermitente, bajo la que cada trabajador laboraba por un intervalo de días y luego era despedido para hacerle lugar a otro (p. 557). Al respecto, Williams hace notar cuán forzoso fue que esta política fuera el factor causante de una práctica migratoria extendida, que los trabajadores debían asumir por iniciativa propia si querían establecerse cerca del perímetro de las centrales azucareras, o bien si deseaban subsistir en el área rural de otras islas vecinas, corriendo el riesgo de verse amenazados por los drásticos métodos de repatriación de los gobiernos locales (p. 549).¹ Mientras siguiera

¹ Con respecto al hecho de que la región caribeña presenciara la muerte arbitraria de enjambres de trabajadores extranjeros, un análisis juicioso de la reminiscencia que el texto de Williams trae a colación, con referencia a la Masacre del Perejil en República Dominicana, en la que fueron exterminados decenas de miles de haitianos (p. 549),

vigente el llamado de incorporar un mayor número de personas a la nómina de las compañías poseedoras de tierras, ferrocarriles y equipo técnico para el molimiento de la caña, y mientras mayor fuera el influjo de la figura intelectual del plantador sobre la forma de gobierno de las colonias, así como la presión política que este estaba en posibilidad de aplicar sobre la población trabajadora azucarera (p. 559), se recrudecía aún más la condición de vulnerabilidad de esta población rural. Al lado del establecimiento de los más bajos salarios para su subsistencia (p. 557), una afección de *dependencia psicológica* produjo como consecuencia la conversión de los subalternos en la principal clase económica responsable del mantenimiento de los privilegios de los inversionistas del negocio de la plantación.

Es así como la reflexión de Williams, con respecto a la concentración masiva de la tierra y de la fuerza de trabajo en las zonas de cultivo del azúcar, plasma apenas un reflejo del raudo proceso de invasión con conciencia psicológica que, como una lluvia de escombros, cayó sobre el ‘mundo de la vida’ de los grupos subalternos campesinos. De esta manera, “el azúcar seguía siendo rey en los primeros 50 años del siglo XX en la misma medida en que lo había sido siempre en la historia del Caribe” (p. 549), gracias a la reanudación de un proceso de sujeción colonial que reafirmaba un modelo en el que la prosperidad de unos pocos y la precarización de miles representaban dos extremos contrapuestos. Asimismo, la economía agrícola caribeña fue endurecida en sus raíces, en sus propios fundamentos productivos, hasta secarse casi por completo cuando, a la hora de suscribir experimentos de distribución de la tierra que mejoraran las condiciones de manufactura del azúcar o se adecuaban, como mínimo, a las necesidades básicas de los cultivadores-productores de caña, las compañías azucareras manifestaban una actitud proposicional de

excede los límites de este ensayo; si bien es cierto que la mención que hace de este acontecimiento permitiría establecer un puente de interlocución entre este y otros problemas presentes en su obra, y el amplio estudio del escritor dominicano Juan Bosch, que lleva por título *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. Véase: *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*, 2009.

disenso u oposición 'por defecto' (p. 539). Al amparo de una actitud semejante, los capitalistas estadounidenses restringieron un desarrollo diversificado de la economía de la agricultura, negaron un reparto equitativo de la tierra, ennoblecieron la posesión de tierras ociosas, y se obsesionaron con el crecimiento de las plantaciones, a expensas de *las formas de vida* de los 'colonos' o pequeños agricultores de caña (pp. 539 y 543).

En suma, antes de dar paso al siguiente 'bloque interpretativo' del texto, enunciemos de una vez por todas el corolario de este abstruso fenómeno de colonización con implicaciones psicológicas como sigue. Básicamente, el 'letargo que satura la comunidad del Caribe' en las primeras décadas del siglo XX fue asistido por una especie de 'fantasía agresiva' alrededor de la inmigración y el éxodo, como formas de abastecimiento de mano de obra (p. 549). En este contexto, el primer aspecto determinante de la dominación psicológica en la plantación azucarera se identifica con la aparición del 'empleo rotatorio' en las Indias Occidentales. La atribución de un falaz derecho a importar trabajadores de manera indiscriminada, con arreglo a un 'código del trabajo' fraguado en la cúspide del sistema económico y socializado entre las comunidades sin tierra, desestimó "la línea límite de pobreza extrema" en favor de una mayor eficiencia en la plantación azucarera (p. 562). Además, la pobreza hizo estragos en el estómago y la vida de miles de familias productoras de caña, y afectó en la práctica a comunidades migrantes enteras, si entendemos que los propietarios de las plantaciones desconocieron de manera miope y abierta los riesgos derivados de la carencia de servicios sanitarios básicos en las tierras azucareras irrigadas. Esta experiencia condujo 'al triunfo del mosquito en su contienda con el hombre', es decir, entronizó la muerte por enfermedades en las zonas rurales mientras el clamor de los trabajadores era ahogado (pp. 563-564). Por lo tanto, en la investigación histórica que adelanta Eric Williams, el fenómeno de la desnutrición pasa a ser percibido como un segundo aspecto identitario de la fuerza de trabajo que refleja las ásperas realidades

del colonialismo, válidas no solo para Trinidad y Tobago, sino también para toda el área del Caribe (pp. 561 y 565).

La colonización psicológica en la experiencia del trabajo libre en el siglo XIX

Ahora bien, en aras de comprender los efectos del largo ‘proceso letárgico’ que nos hemos propuesto analizar, vale la pena suponer, desde un sentido más amplio, la existencia en el Caribe de una marca psicológica con sello colonial dentro del conjunto de experiencias de colonización que informan, no ya del afianzamiento de la economía de la plantación en el espacio-tiempo que se corresponde con la terminación del siglo XIX y el comienzo del siglo XX; sino de un grupo peculiar de realidades que, al permanecer enganchadas en otro espacio-tiempo, se agrupan en el período del desarrollo del fenómeno de ‘la abolición de la esclavitud’ (1784-1898), según la clasificación establecida por Eric Williams, en su estudio de 1970. Un examen detenido de la argumentación de Williams en esta dirección, cuando hace referencia a una serie de modificaciones psicológicas que subyacen a la experiencia política de *autogobierno* de los pueblos caribeños, es lo que haremos a continuación.

En el capítulo 18, Williams ocupa su atención en estudiar ‘la experiencia del trabajo libre’ en algunas colonias del siglo XIX. Arroja allí una precisión inicial que describe muy bien el carácter paradójico del compromiso de los funcionarios de la administración colonial con el régimen de la plantocracia y, a su vez, con la aceptación de la abolición de la esclavitud:

Como paso esencial en la aplicación de la política de hacer del Caribe un sitio seguro para las plantaciones de azúcar, la legislación de la emancipación, excepto en las colonias francesas, imponía un período que los ingleses llamaban eufemísticamente “de aprendizaje”, y los

franceses “de organización del trabajo”, para estimular el hábito del trabajo cotidiano (p. 431).

Situados en el contexto de una contienda internacional por el reconocimiento de los derechos universales del género humano y, por ende, por la necesidad de declarar la abolición del sistema de esclavos en el seno de las sociedades en disputa que por definición anidaron en las colonias, es válido suponer, desde cierta óptica, que *un ambiente seguro* o suficiente para la preservación del régimen de la plantocracia, entró a formar parte de la realidad social de ciertos países isleños, en el momento mismo en que, por un lado, se crearon estímulos para que en dichos países la producción de azúcar en las plantaciones continuara siendo la principal fuente de riqueza económica. De estos estímulos en favor de un ‘clima de seguridad’ para el negocio del azúcar, cabe enumerar los siguientes: i) el mantenimiento de los derechos a la propiedad privada de los plantadores, durante la aprobación del plan de la abolición en las instancias oficiales del poder colonial –asambleas, cámaras, comisiones, congresos, parlamentos, secretarías, etc. (p. 369)–; ii) la permanencia de acuerdos coloniales que aliviaran el temor a la competencia de los plantadores al prohibir la introducción de azúcar extranjera en el mercado interno de las colonias (p. 372); y por último, iii) el hecho de que “toda legislación relativa a los esclavos debía dejarse a las legislaturas coloniales” (p. 370), lo cual facilitó la implementación de actos de compensación a los plantadores, en caso de que la abolición, una vez llevada a la práctica, representara un golpe a su prosperidad económica (p. 368).

Por otro lado, con respecto a la esperanza de un ‘Caribe seguro’ para el negocio de las plantaciones, hubo además algunos incentivos que tuvieron que ver directamente con el diseño de un conjunto de reglas o preceptos normativos, formulados con rango de ley en el ámbito del trabajo colonial, los cuales respaldaron un proceso de sustitución gradual de largo aliento y sentaron las bases para el surgimiento de nuevos acuerdos legales, entre los grandes propietarios de tierra cultivable y los antiguos esclavos (p. 447). En la

argumentación de Williams sobre el origen del empleo por contrato en las Indias Occidentales, es evidente que el término de 'legislación de la emancipación' se identifica, desde el principio, con este proceso de tránsito que va del sistema de producción esclavista, heredado del 'mercantilismo', al sistema del trabajo libre en las colonias. A grandes rasgos, *la proclamación de la emancipación de los esclavos en los territorios de las Antillas debía resultar un impulso acomodaticio frente al tema del azúcar*, tanto por "el control tenaz que la figura del plantador de azúcar mantenía sobre toda la economía de las islas" (p. 447), como por el hecho de que la naturaleza de la libertad de los esclavos emancipados era reconocida principalmente a partir de la prescripción de un vínculo de cohesión con la tierra, bajo el que se prohibía todo esfuerzo encaminado a la obtención de parcelas de tierra con opción de ser cultivadas de manera voluntaria e independiente, por *los antiguos esclavos*, y se impedía la producción de cultivos alternativos a la plantación azucarera (pp. 431 y 458). Sin embargo, a la luz de estas consideraciones, vale la pena plantear todavía las siguientes dos preguntas: ¿qué otros aspectos de la realidad colonial comenzaron a cambiar, con la llegada de esta nueva legislación al Caribe? ¿Qué efectos psicológicos específicos entrañaba para la conciencia natural de un trabajador libre caribeño, el consentimiento de la abolición de su anterior condición de esclavitud, esto es, la hora del turno de su emancipación, ahora que esta iba a serle impuesta como dádiva?

En respuesta a lo primero, como expresión de un primer cambio cualitativo, producto de la entrada en vigencia de esta legislación, Williams reconoce *el advenimiento de una mentalidad de corte igualitario* en el terreno de la psicología de las sociedades caribeñas, a través del reconocimiento de algunas medidas de apoyo a la emancipación que estuvieron en boga, las cuales representaron un primer paso en la materialización de mejoras a la condición que, históricamente, le era atribuida a la población de esclavos en las colonias. Williams no deja de citar documentos de la época, escritos por distintos intelectuales, emparentados o enemistados con el negocio de la plantación azucarera. El examen continuo de las opiniones que estos integrantes, por

fuera o desde la cúspide económica metropolitana, mantenían sobre el lugar que a futuro debía corresponderles a los esclavos emancipados en el suelo de su país colonial, le permite al historiador de Trinidad y Tobago iluminar con detalle diferentes ‘ventanales’ desde los que una defensa sincera de la abolición podría haberse llevado a cabo, hacia una transformación política radical en el seno de las realidades coloniales (p. 139). En este sentido, como parte de una estrategia de agitación humanitaria que promovió la defensa del componente de humanidad de dicha población en cualquier lugar del mundo, y que ponía de relieve la importancia de desarrollar una disposición superior hacia sus valores comunitarios, así como hacia los productos potenciales de su trabajo, Williams alcanza a enumerar varios ejemplos de legislaciones en favor de los esclavos. Por ejemplo, aquella que determinaba que el tráfico de esclavos constituía una felonía (p. 395), o aquella nominada “ley del vientre libre”, que concedía libertad a los niños hijos de esclavos (p. 402), o incluso, aquellas que estuvieron vinculadas con limitar los castigos corporales (p. 396).

Por otra parte, así como se dieron este tipo de proclamas con respecto al tema de la esclavitud en las islas minúsculas y mayúsculas del Caribe, en la forma de vagas conclusiones con fuerza de ley, escritas un día tras otro, que llegaron a ser valoradas en diferentes instancias de representación del poder colonial según su utilidad en el fomento de un modelo de sociedad, sin restricciones al monopolio de la industria azucarera, lo cierto es que, así también, el asunto de la emancipación en las colonias dio lugar a un conjunto de ordenamientos diferentes. De tanto insistir una serie de ‘ademanos de libertad’ impresos en el papel, transformaron poco a poco el ámbito del derecho natural establecido en las colonias. Se trató en apariencia de una mezcla de ideas compactas acerca del valor de la cultura de los pueblos caribeños, formadas por un exceso de grava importada que se abrió paso lentamente, hasta llegar a la superficie de las relaciones sociales endógenas de las plantaciones ricas en trabajadores libres. Como parte de estas legislaciones, la institución de un sistema de aprendizaje (*apprenticeship*) es la siguiente experiencia que

queremos destacar en nuestro texto, por los cambios cualitativos que introdujo en el margen de realidad reservado a las islas del Caribe. Williams localiza el surgimiento de este sistema, en la experiencia migratoria de los blancos pobres, que él mismo circunscribe al período de la rivalidad ‘anglo-francesa’ (1656-1783) (p. 186). No obstante, sin desestimar el surgimiento remoto de esta institución, prestaremos más atención al auge de esta experiencia, en el período en el cual estamos sumergidos, que es el de la abolición de la esclavitud, en aras de proseguir nuestro examen de los rudimentos psicológicos de un sentido común plausible de enseñarse entre las masas trabajadoras azucareras.

El asunto de las jurisdicciones en la legislación para la emancipación

Con frecuencia, las observaciones de Williams sobre las distintas impresiones que los propietarios se formaban del prospecto de libertad que recibirían los subalternos se prestan para la inferencia de una actitud proposicional respetuosa con la figura del plantador. A menudo, el blanco crucial de su cuestionamiento contra ‘la legislación de la emancipación’ es la idealización del liderazgo del plantador (p. 433). La interpretación ‘a lo Williams’ de la naturaleza del régimen político que enclaustra los destinos de quienes quedarían libres de su condición antigua de “propiedades pensantes”, por obra de decretos de manumisión obligatoria (p. 373), puede leerse como una lista con indicaciones precisas para determinar cuándo la libertad de los esclavos, que era prometida por el plan de la abolición del sistema de trabajo esclavista, fue circuida posteriormente por una jurisdicción económica y un *poder de aturdimiento* característicos de la forma de gobierno de la plantocracia. Recordemos que bajo esta forma de gobierno, defendida hasta el final por los propietarios de tierras y sus correligionarios capitalistas, sea que residieran en la colonia o anduvieran por la galería metropolitana, tomó impulso el

“trillado sendero del gradualismo” en la cuestión de la libertad. La legislación de la emancipación, en manos de los plantadores y los gobiernos metropolitanos, abogó antes que nada por un reconocimiento gradual del mérito común que poseía la superioridad del trabajo libre, en la organización de la estructura social. Por eso, la toma de posición que hace Williams frente a la política del gradualismo coincide con la impugnación de un *marco de valoración estrecho* (pp. 362 y 443), que se percibe como inherente a la perspectiva que esgrimieron en su tiempo los propios plantadores, cuando apoyaron el sistema de aprendizaje.

Contra este marco de valoración, nuestro genuino pensador de la política y la historia del Caribe comienza por advertir cómo el sistema de aprendizaje se convirtió en otro de los refuerzos del colonialismo. Una primera consecuencia por extraer de sus análisis es que el aprendizaje representó la adopción de un fingimiento, de una conceptualización tramposa de la libertad, la sustitución de la esclavitud por una esclavitud modificada (p. 431). Desde luego que una idea de la emancipación, tomada aquí como ‘promesa de un cambio de naturaleza’ que aseguraba al esclavo el acceso a una experiencia humana superior, una vez dejaran de existir *las condiciones materiales que empobrecían* el desarrollo activo de su propia conciencia independiente con la llegada de su libertad, es en realidad una conceptualización tramposa de la emancipación genuina; si tenemos en cuenta, por un lado, que esta experiencia superior entró a formar parte de la contratación en las plantaciones, con arreglo a una serie de limitaciones que, a menudo, acotaban la libertad de la mano de obra imponiendo restricciones al trabajo en períodos de meses y años, así como también limitaban al ejercicio de los derechos políticos de los trabajadores, sin jamás contemplar algún tipo de restricción al capital, a la actividad económica liderada por los contratistas del régimen (p. 433). Hay motivos para suponer que la aplicación política de cierto gradualismo hizo sentir el peso de su hegemonía en las Antillas a través de la instauración periódica de un ‘clima de apaciguamiento’ de las energías contenidas por los esclavos. El primero

de ellos tiene que ver con *la predisposición asidua* al despliegue de una conciencia de la libertad humana, proclive a una conducta pacífica en el trabajo de las plantaciones. Una de las observaciones de Eric Williams, que describe del modo siguiente la bienvenida de una causa humanitaria al territorio de una isla caribeña, resuena como una premisa generosa con el enfoque que hemos escogido en nuestro texto: “la isla estaba psicológicamente preparada para llenar el vacío en el mercado mundial del azúcar creado por la revolución de esclavos en Saint-Domingue” (p. 359).

En cierto modo, la libertad impuesta por un efecto de aprendizaje gradual sobre miles de esclavos sintetizaba lo opuesto de un tipo de comprensión de la vida sumamente autónomo e independiente en las islas del Caribe. Justamente, si el empeño de los plantadores al mando de la legislación por la emancipación fue promover la celebración de nuevos contratos de trabajo, con el propósito expreso de salvaguardar la fidelidad al cultivo del azúcar (p. 447); por su parte, la necesidad de avanzar en un condicionamiento cada vez más restrictivo, del prospecto de libertad que los trabajadores apenas creían haber conseguido, desembocó en esta ‘preparación psicológica’ incesante de la fuerzas sociales implicadas en la producción, que llevaba hasta extremos supersticiosos y difamatorios cuando, por ejemplo, el aprendizaje de códigos respetuosos con la figura del plantador dejaba presentir un proceso de restauración sin látigo de la esclavitud, es decir, de conductas despóticas que minaron continuamente, sin parar, las potencialidades declaradas y declaratorias de la inteligencia del habitante rural del Caribe, tanto frente a la diversificación económica y en su condena de la holgazanería, como frente al rechazo de una etapa de transición entre la esclavitud y la libertad, que revive y fomenta distinciones de color (p. 434).

Por el modo en que Williams describe en diferentes páginas de su estudio el decálogo de aprensiones, manías y prejuicios raciales del segmento dominante de la sociedad colonial en disputa, que se incorporaron a la ley cubiertos por un manto de preceptos normativos, es legible la huella de un proceso letárgico que hace mella nuevamente,

esta vez en aquella experiencia formativa del aprendizaje diseñada inicialmente por la pluma imperial. Ese lento proceso de aprendizaje que hiciera domeñable el comportamiento político y la exigencia de libertad de los esclavos en el territorio caribeño, provocó el afianzamiento prolongado de una jurisdicción que, a la vez que respaldaba la prosperidad azucarera, guiaba su accionar conforme a los principios por etapa de la filosofía igualitaria (p. 298), y conforme a la presión de un intrincado aparato estatal, dispuesto en contra de la actividad concreta de los esclavos emancipados (p. 432). Se trataba, por así decirlo, de ‘una jurisdicción de la parálisis’ de las acciones directas por virtud de la cuales, esta población sometida se rebelaba y dejaba impreso en su conciencia un rastro perdurable de sus propios valores comunitarios y sus propios fundamentos culturales, esto es: su pertenencia a un universo multirracial, a formas de vida diversas, a un sistema de creencias identitarias y valores étnicos tradicionales multiformes, rectores en su diario vivir. En estas circunstancias, ante la pregunta por qué efectos psicológicos fueron concomitantes con la legislación de la emancipación, asumida de manera diferenciada por los esclavos y por los plantadores coloniales, y por cómo estas modificaciones psicológicas condicionaron la actividad incesante de la conciencia de los primeros, en el nicho de su relación habitual con la naturaleza, y con los demás miembros de su unidad espiritual y económica; a modo de cierre de este bloque interpretativo, valgan las siguientes consideraciones.

Primero, en articulación con algunas ideas desglosadas en los diferentes numerales del texto, vimos que una suerte de ‘proceso le-tárgico’ representa en la reflexión de Eric Williams una expresión característica del colonialismo. Dijimos que este proceso se presentaba en simultáneo con 1) la intensificación del *contenido de importación* de ciertos valores comunitarios con sello colonial *a lo ancho* de la región del Caribe (p. 616) a partir de la institución del sistema de aprendizaje, y con 2) un conjunto de *coacciones económicas* que, de entrada, niegan la actividad creadora del habitante caribeño del común, sea por la vía de postrar su conato y degradar su condición material, que

es humana, finita y natural, a partir de la identificación arbitraria de su existencia con un mero factor residual en el interior del sistema capitalista; o sea, por la vía de impedir todo avance material que fuera auto-gobernado por *un espíritu de descontento*, lo cual, como hemos visto hasta ahora, es un hecho que tapona la rebelión y obstruye la vida productiva que permanece anclada en la conciencia y el espíritu de los agrupamientos humanos caribeños. De esta manera, la colonización psicológica y las coacciones económicas fuerzan a que la desembocadura terrena de sus destinos colectivos se manifieste únicamente en gastar su energía en una plantación de caña de azúcar, o en subsistir de modo permanente en un entorno pantanoso (p. 563).

Después, al examinar apenas bajo una arista la experiencia del aprendizaje en las colonias, la cual incluía la supervisión y excluía la más pequeña declaración de indocilidad de sentimiento, arrojada desde la sangre insondable, desde el contrajuego instintivo del afecto de insubordinación sentido por los esclavos emancipados (p. 431), quisimos señalar la puesta en marcha de una *jurisdicción de la mirada blanca* en expansión, la cual visualizaba la región caribeña 1) como un campo de sentido idóneo para hacer depender el fundamento del poder soberano, de la importación de valores comunitarios metropolitanos que negaran el fundamento africano, en la base de la actividad económica azucarera (p. 616), y 2) como un área legítima para el establecimiento en el ámbito del trabajo, de un tipo de contrato psicológico con los magistrados, funcionarios y alguaciles de los poderes públicos, en específico con su perspectiva sobre la emancipación (p. 459). La prosperidad del azúcar en el Caribe, al estar montada sobre la base de una explotación psicológica de los esclavos, parece privilegiar esta jurisdicción con sesgos raciales, sobre otros marcos de valoración. Como pudimos demostrar, la legislación de la emancipación, en manos de los plantadores y los gobiernos metropolitanos, sofoca el trabajo libre en la misma medida en que debilita la conciencia de los trabajadores, resignándolos a vivir en una situación de suspenso tal, que su condición natural de libertad en la vida cotidiana,

así como en el ejercicio de sus derechos para la conformación de experiencias de autogobierno, amenazan ruina (p. 426).

Ahora, acabamos señalando algunas vulnerabilidades psicológicas en la estructura del sistema económico que alentó alguna vez con incentivos públicos, la redención de la condición de esclavos de los esclavos, elevándolos al nivel de aprendices (p. 363). De esa aventura ya hemos puesto al descubierto la telaraña de más de una jurisdicción, de corte expansivo y colonial, cuando se trata de *transmitir* valores en un acto continuativo, de choque y fingida reconciliación en nuestra imaginación, de realidades psicológicas, de jurisdicciones antagónicas presentándose unas a otras. De aquí en adelante nos interesa entrar en conocimiento de otro de los períodos de la historia del Caribe en los que cobró vida este asunto de las jurisdicciones en contienda, el cual se infiere de la apuesta explicativa de Eric Williams: el período del ‘monopolio español’ (1492-1655). Para ello, nos proponemos situar la reflexión más allá del meollo de la discusión acerca de la legislación para la emancipación, pero sin dejar atrás la clasificación general de la historia del Caribe propuesta en su obra. Esto permitirá iluminar con razonamientos demostrativos, algunos de ellos derivados de la investigación histórica de Williams, otro posible cimbronazo psicológico infligido a la conciencia espiritual de los pueblos caribeños: el fenómeno del *comercio triangular*.

El racionalismo de la esclavitud negra en la experiencia del comercio triangular

Puede afirmarse que la conceptualización de Eric Williams sobre el tema de la abolición en este período histórico queda, por decirlo así, absorbida en la atención más extendida con la cual sus argumentos detectan en el sistema de producción esclavista de la época, la aparición de *un espíritu de control monopolístico*, de dudoso rostro humanista y antitético al espíritu de insubordinación que, como pudimos observar, anidaba en la vida de los esclavos (p. 104). Desde una

comprensión objetiva de las condiciones iniciales que configuraron el proyecto de la emancipación de los esclavos en la región del Caribe preparando el acontecimiento histórico del “monopolio español”, los capítulos 3 a 7 del texto que comprenden los pensamientos de Williams sobre este período exponen una reflexión lúcida, que avanza entrecruzando diferentes horizontes predictivos adaptables al espacio-tiempo de los siglos XVI y XVII. De ese cruce, la investigación de Williams contextualiza la situación histórica de los esclavos desde, al menos, dos ejes básicos, que son: a) el sentimiento abstracto que representó el fenómeno de la abolición, en la época del descubrimiento del Nuevo Mundo (pp. 119 y 126) y b) una serie intermitente de *transformaciones etnológicas* que introdujo cambios parciales o totales en el carácter social y racial de las poblaciones coloniales (pp. 188-189).

a) En primer lugar, Williams considera que fue sobre la base de una atribución de valor sin límite, concedido a los metales preciosos y al azúcar, como la perspectiva económica de la monarquía española llegó a imponerse sobre la primeras voces del sentimiento de la abolición de la esclavitud (pp. 119 y 126). En su examen sobre la llegada de los conquistadores al Nuevo Mundo describe, además, de manera muy consciente ‘las condiciones de desembarco’ de un conjunto de suposiciones de valor con respecto al trabajo de los esclavos africanos, susceptible de infiltrarse en las realidades psicológicas de los pueblos de las Indias Occidentales. Por consiguiente, en su interpretación de algunos de los actos de producción e infiltración arbitraria de sentido que fueron promovidos por la monarquía absoluta o por los hacendados o mineros de las colonias españolas, en contravía de las autopercepciones de arraigo y culturales de la población esclava de color, nacida en suelo africano o en poder de españoles (p. 124), Williams enfatiza, por contraposición a un sentimiento de abolición, un ‘sentimiento de inmunidad’ que fue fabricado en términos materiales por los agentes coloniales emparentados con la costumbre de la trata de esclavos, en particular por quienes fantasearon con asimilar de alguna manera la mano de obra de color de estos últimos, en el orden económico y social colonial antillano.

De este modo, tal como se infiere de su análisis sobre los presupuestos del espíritu monopolístico español, la existencia de los esclavos africanos comenzó a considerarse exenta de religión y, por tanto, inmune a la herejía (p. 124), justo allí donde la influencia inmunizadora de este sentimiento atinó el bosquejo preliminar de una solución radical al problema laboral de las Indias Occidentales (p. 122): la necesidad sentida por el imperio español de reemplazar la composición de las fuentes de abastecimiento destinadas a producir los fundamentos materiales del desarrollo de la economía del azúcar y el oro (p. 123), solo podía ser satisfecha mediante un tráfico español de esclavos africanos –legalizado a expensas de la mortalidad de miles de ellos– que lograra sustituir el laborioso afán de la inmigración blanca –conformada por convictos, extranjeros inmigrantes y sirvientes (pp. 120-121)– y la supuestamente liquidada fuerza de trabajo indígena.

b) En términos generales, cabe afirmar que en su origen el comercio de esclavos negros fue concebido como la expresión material de una representación religiosa abstracta entre otras, de la responsabilidad de asegurar el monopolio exclusivo de España en el Nuevo Mundo (p. 137). Así, el nudo de la reflexión de Eric Williams sobre este fenómeno pasa por resaltar de manera necesaria la unanimidad de la opinión europea que se fue consensuando, respecto al valor del trabajo de los esclavos negros (p. 222). En aras de desentrañar otro de los hábitos psicológicos que fueron auspiciados por los gobiernos metropolitanos, así como por la extensión respectiva de sus poderes políticos en los territorios del Caribe, Williams afirma que si en verdad los esclavos negros subvirtieron por completo la proporción de esclavos y de blancos que, de manera natural, afluía en las áreas de trabajo de las colonias del continente americano, un soporte de apoyo para el evento de esta ‘subversión’ consistió en la proliferación efectiva de una argumentación típica a favor del afianzamiento del monopolio (p. 223). Esta argumentación fue propuesta por los Estados-nación de la época para defender empresas monopolísticas, alegando que ellas constituían un ‘brazo económico’ de su sistema

colonial, es decir, un modelo económico adecuado a su organización de diferentes empresas coloniales.

Bajo esta premisa, el negocio del tráfico de esclavos, iniciado poco antes del descubrimiento de América (pp. 111 y 223), portaba en su nacimiento un germen de vinculación sólido con los valores de la sociedad moderna europea, lo que como consecuencia debía traer un sometimiento de *las esencias íntimas de realizabilidad* múltiple que estuvieron representadas en el número anormal de africanos transportados dentro de barcos de esclavos, a las lógicas endurecidas de un “racionalismo de la esclavitud negra” (p. 119), cimentado en los destinos insulares sobre una base minoritaria de *consensos doctrinarios monopolíticos imperiales*. Estas doctrinas económicas serían llevadas a la práctica en las islas del Caribe con el propósito expreso de transmitir ‘a vuelo rasante’ la refrendación del poder político europeo en todos los territorios o zonas marítimas que conectaran las rutas entre los tres continentes: África, América y Europa (p. 151).

Tendríamos que ver aquí, entonces, el auge de este racionalismo racista europeo, a la luz del sentimiento de inmunidad y a la luz de la marcha altisonante de *una jurisdicción de la mirada blanca* en los siglos XVI y XVII, si nuestro propósito es entender por qué ambos fenómenos, entrevistados por Williams como parte de un proyecto de expansión colonial, reivindicaron de manera permanente un cuerpo de suposiciones de valor sobre la condición negra para acompañar, en el campo de la psicología caribeña, la coordinación formal dos hechos políticos significativos. Por un lado, el propio esfuerzo monárquico de gestión de la economía colonial, cuyo objetivo esencial fue monopolizar el abasto de bienes europeos y la producción colonial de metales preciosos, mediante la creación de órganos de poder –casas, compañías, consejos– que, sin dudas, encarnaron modelos de experiencia de autogobierno para los otros imperios que no habían llegado a América en aquellos días (pp. 136 y 144). Por otro lado, la implantación de un control estratégico de la *base económica* disponible en las sociedades caribeñas, basado en prácticas de ocupación para el sometimiento efectivo de las mayorías nativas, tales como i) la

asignación de trabajos forzados a las comunidades indígenas que dio origen al sistema de encomiendas (p. 113), o ii) la promoción intensiva entre los esclavos migrantes de color, de actos de conversión de arraigo y cultura que *inmunizaran* su inclinación por las revueltas, por la fuga o por la desobediencia (p. 150).

Desde luego que esta experiencia histórica caribeña, constituida por una estructura inflexible de desarrollo servil y por la estricta ambición inmunitaria de los agentes coloniales, contribuyó a rediseñar la orientación psicológica inicial que se le había dado al sistema del mercantilismo en el campo de la política colonial de la época. Pero hay algo más específico implicado aquí. Los cambios en la proporcionalidad demográfica que repercutieron en la composición social, además de en la vida productiva de los habitantes naturales de las islas del Caribe, también compartieron la característica común de encontrarse todos, estrechamente unidos a un modelo político y económico elemental de esa época según el cual, “el oro, el azúcar y los esclavos conformaban una *trinidad caribeña* que representaba un enorme acceso a riqueza y poder” (p. 151).

En este orden de ideas, una investigación ‘a lo Williams’ del fenómeno del comercio triangular avanzaría un paso más allá si llegáramos a explicitar la singular manera en que las tentativas históricas de incrementar el comercio de esclavos, esgrimidas por un reparto de agentes coloniales, igualaron en importancia al fragor de las actividades de suministro y comercio del azúcar, así como a la explotación por mar y tierra de las áreas colonizadas (p. 141). Partiendo de una perspectiva racionalista colonial como la que, probablemente, compartieron en ese espacio-tiempo seres humanos de carne y hueso a contar entre los grupos de absentistas, clérigos, conquistadores, marineros, mercaderes, militares, personas civiles, propietarios, realeza, etc., este hilo conductor de razones con respecto a la triple igualación del azúcar, el oro y los esclavos en el comercio apunta a que, con Williams, explicitemos sin demora la irrupción de *un desplazamiento de la circunstancia de la muerte a un lugar periférico de la*

atención internacional que se había generado a raíz del comercio de los esclavos negros. Veamos el texto:

El desarrollo económico nunca se ha desarrollado a un precio tan alto (...) el tráfico de esclavos, por lo tanto, representaba un desgaste, una depreciación que ningún otro comercio igualaba (...) todo cargamento de esclavos, *incluyendo los vivos y los muertos*, representaba un gran desarrollo industrial y empleo, y un gran uso de barcos y marineros en el país metropolitano. Ninguna otra empresa comercial requería tanto capital como el tráfico de esclavos (énfasis propio) (p. 234).

Tal vez en el marco de un consenso semiconsciente, ingenuo o deliberado alrededor del *valor de la muerte* de los esclavos negros, cabe imaginar un único ademán de crueldad, en el transcurso de dos siglos de dominación colonial recreado por las voces metropolitanas y coloniales de las distintas naciones para efectuar su oposición violenta contra el fondo de pasiones tristes y alegres de las multitudes negras que fueron esclavizadas. Al terminar por situarla del lado de una posición inmunitaria de reacción o contravía afectiva ante el valor vivo de la condición negra, el examen de Williams confirma que la triple equivalencia de valor entre el azúcar, los esclavos y el oro forzó a que la degradación de esta condición humana fuera catalogada, en el ámbito de la ocupación territorial, como un instrumento indispensable para preservar las plantaciones y, en el ámbito comercial, como una 'buena pieza' de importación, sujeta a las leyes económicas de oferta y demanda del mercado triangular incipiente (pp. 124 y 225). Sin saber que el comercio de esclavos negros, iniciado hacia 1450 como monopolio portugués, se convertiría a finales del siglo XVII en una contienda general internacional por la emancipación de su rol degradado (p. 223), pareciera como si la contribución de la industria de la trata de esclavos a la producción de azúcar y a la extracción de metales preciosos en los siglos del descubrimiento, de golpe se abalanzara sobre la conciencia de los subalternos caribeños, como un tercer sello de degradación colonial, impreso en cuantiosas vidas

humanas. En efecto, enmarcada en los orígenes de la herencia psicológica caribeña, fue construyéndose algo así como una ‘fantasía de inmortalidad’ peculiar, con fines promisorios para el afianzamiento del monopolio de la trata de esclavos africanos, y para asistir la idea matriz de ‘una explotación a perpetuidad del componente negro de las migraciones forzadas’. Bajo esta luz pérfida, la mortalidad de la población negra únicamente habría significado poco más que un peligro comercial real, quizás un asunto verdadero, en caso de que la exorbitante proporción del comercio triangular hubiese abandonado la opción *virtualmente infinita* de conseguir más negros para la ampliación de esta práctica económica (p. 124).

La occidentalización del Caribe y la nueva psicología

Llegados a este punto de nuestro ensayo, vemos cómo se vuelve imprescindible ganar para nuestra reflexión la aportación de otro pensador universal y político caribeño, el intelectual dominicano Juan Bosch, cuando redactara hace cincuenta años su estudio monumental sobre el Caribe, intitulado *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe frontera imperial* (2009), exactamente el número de años que han pasado luego de publicarse la obra homónima escrita por Williams.² Situándonos más acá del pensamiento de Bosch, en lo que sigue del texto estudiaremos aquellas ideas que este intelectual dejó planteadas, en relación con la experiencia psicológica de las rebeliones subalternas en su examen de algunos sucesos del Caribe en los años de la conquista española (2009, p. 121). Tal como el propio pensador dominicano reconoce en el primer capítulo de su estudio, el Caribe es ‘una frontera de cinco siglos’ cuyo origen reviste tres tipos de aproximación histórica:

² Con respecto a esta coincidencia en el nombre que encabeza las obras de ambos autores, la apuesta de un estudio comparativo amplio y profundo que incluya un balance de sus respectivas personalidades intelectuales como políticos y como escritores, está pendiente de realizarse (2009, p. 24).

La historia del Caribe es [1] la historia de las luchas de los imperios contra los pueblos de la región para arrebatarles sus ricas tierras; es también [2] la historia de las luchas de los imperios, unos contra otros, para arrebatar porciones de lo que cada uno de ellos había conquistado; y es por último [3] la historia de los pueblos del Caribe para libertarse de sus amos imperiales (énfasis propio) (2009, p. 62).

En cualquiera de los tres casos, la importancia de medir el tamaño de la región Caribe para los desacuerdos, pacíficos o violentos, que históricamente existieron en razón del comercio triangular con oro, esclavos negros y azúcar, pasa a tener que ver directamente con la pregunta especulativa por el modo en que la contienda histórica caribeña se desarrolló a causa de la prominencia de más de una trama de jurisdicción imperial que, en sus inicios, se extendió a partir de la actividad conquistadora española. Según Bosch, un *sino de tierra fronteira* es la suerte que en la región distintos poderes interventores del pasado prepararon como ofrenda irónica para la posteridad (p. 65), principalmente con base en el desenvolvimiento material de una experiencia de agresión imperial de cuño jerárquico, la cual fue característica de las invasiones realizadas en el Caribe por las potencias europeas que se abrían al monopolio de la actividad comercial con América (p. 75), y que no es otra que el proceso de *la occidentalización*. La intervención en tierras americanas de los círculos representativos de un país europeo como España, expresó la aparición de múltiples *situaciones de choque* derivadas de este fenómeno, no solo en contra de los pueblos naturales de la región Caribe, sino también –como se infiere del pasaje citado– entre los propios capitanes conquistadores, empresarios, funcionarios, plantadores, reyes, sacerdotes, y demás figuras de poder del Estado español. Veamos por qué.

En primer lugar, recordemos que uno de los fundamentos de la dominación imperial española sobre las poblaciones de América fue, sin duda, lo que Eric Williams llamó el ‘fervor de cruzada’, un sentimiento inherente a la actividad conquistadora de la *América española* (2009, p. 99). Este sentimiento reunía ciertos rasgos caracterológicos

en el cuerpo de las compañías expedicionarias, y bajo ciertas circunstancias de descubrimiento, colonización o conquista, fue la pasión que hizo posible la creación y promoción de *un programa de instrucción católica* como el que vino a transformar, a través de una guerra comercial prolongada, llevada a cabo por distintos actores y personalidades históricas, los apetitos, la cultura y los fundamentos del avènement espiritual de los agrupamientos humanos de ultramar, que quedarían inscriptos en el pueblo caribe con la llegada de los españoles al continente americano. El examen del intelectual trinitense sobre la llegada de los españoles al Nuevo Mundo en los siglos XV y XVI, indicaba la forma en que este programa de instrucción religiosa reclamaba la intervención del orden militar y político peninsular, pues retaba incluso a las propias huestes coloniales, tanto como a los esclavos africanos, a un sometimiento a órdenes sagradas impuesto por los miembros de 'la hegemonía comercial' de la monarquía española, quienes se beneficiaban del impulso económico que la empresa del tráfico de esclavos representaba en las industrias textil y azucarera en el Mediterráneo (2009, p. 99). A su vez, este sometimiento a órdenes sagradas también lo impusieron quienes lograron establecer *alianzas naturales* con los máximos poderes regentes de Europa, sea que hayan influido en la celebración de *pactos de familia* entre las monarquías, invirtiendo grandes riquezas, o sea que participaran a la sombra de un púlpito religioso como el papal, en la elaboración de leyes de arbitraje para la navegación por rutas marítimas, impulsando los intereses de anexión de algunos territorios descubiertos a las potencias católicas (2009, p. 152). No cabe duda que, desde una perspectiva como la católica del siglo XV, los derechos existentes de las naciones se confirmaban y se establecían trazando *una línea imaginaria* de norte a sur, o en un plano geográfico (p. 152). En consecuencia, la instrucción católica se vio fortalecida por un "dominante sentido de cruzada" que agrupó por ambos costados del mapa a los equipos de tripulación de muchos navegantes y a los propietarios del reino, en un mismo gesto de actividad conquistadora.

Ahora bien, la posibilidad de trazar líneas de demarcación que señalaran los límites exteriores de un país, representa para Bosch un ingrediente primario de justificación para la agresión por causas religiosas a los pueblos independientes de las Antillas, o para el enfrentamiento interimperial en defensa de algunos principios morales relacionados con la herencia de un centro de mando, con la transferencia de soberanía de un gobierno a un territorio inexplorado, abandonado o recién conquistado, o simplemente para profundizar la actividad de gestión de un gobierno cuyo poder comercial crecía en *proporción directa* con la ampliación de poder sobre el mar (Bosch, pp. 292 y 366). En el caso del imperio que nos ocupa, hay que decir que en España la jurisdicción de estas líneas imaginarias se acentuó de manera dramática en el transcurso de la actividad conquistadora por el veredicto de dos hechos básicos: a) la creación involuntaria de vacíos de poder y b) la debilidad intrínseca de España de no tener la *sustancia* necesaria para desarrollar un imperio (p. 108).

a) Por una parte, cuando la exploración por tierra y por mar de las islas del Caribe en manos de los expedicionarios españoles representó un abandono *de facto* de los lugares que fueron visitados por ellos, era como si la tarea de reconocimiento de la extensión del Nuevo Mundo adelantada en los primeros años que siguieron al descubrimiento, experimentara un enfriamiento y fuera hecha en vano (p. 107). Si bien los contornos para el poblamiento, la conquista o la extracción de materias primas quedaban satisfactoriamente fijados en la mente de los aventureros españoles, lo cierto es que la atención puesta sobre estas nuevas tierras se vio empañada por la falta de un enlace sólido entre el *apetito imperial* y las condiciones sociales existentes en los reinos de Castilla y Aragón, entonces regidos bajo el mando de un único rey. Según Bosch, esta circunstancia produjo un desnivel en el carácter social de la actividad monopólica española, una *trampa histórica* en la cual se hallaba cogida España, y de la que únicamente podía salir si el imperio iniciaba un proceso de acumulación originaria de capital, a través de la extracción de metales en tierras suramericanas recién encontradas (p. 78). En efecto, haber

propiciado el surgimiento de una *cadena de vacíos de poder* para incrementar la riqueza privada del reinado unitario, a expensas de las bases humanas que daban sustento al imperio sacrificando su propio vigor, fue un hecho que seguramente obstruyó el desarrollo de una organización social estructurada sobre condiciones internas diferentes en el margen reservado a las islas del continente americano (pp. 77 y 81).

b) Por otra parte, la capacidad colonizadora del primero de los imperios en arribar a la región caribeña no solo experimentó una reducción dramática en sus alcances de dominación. Esta disminución, a su vez, trajo como resultado un clima de desencanto y frustración colectiva en el seno del séquito de los conquistadores, y entre ellos mismos (pp. 123, 129). Más de un *germen de rebelión* se abrió paso en la hiel de las tropas españolas, siempre que la atmósfera de la tierra tropical tronchaba las ilusiones de la naturaleza afectiva del soldado español (p. 128), o inclusive allí donde el escenario de la frontera occidental de España se transformaba en un espectáculo sin sentido, de luchas enconadas entre los capitanes de la conquista (p. 147). De ahí que Juan Bosch establezca una diferencia tajante entre, por una parte, la conquista y, por otra, los conquistadores, como un paso analítico clave en su reflexión sobre la sustancia del imperio español. Pues para entender la forma como el Caribe se convirtió en la frontera de varios imperios en lucha (p. 136) hay primero que contar, entre las debilidades inherentes al imperio, con una *corrosión del carácter* asociada a un sinnúmero de procesos de penetración cognitiva que modificaron el sentido común natural de los conquistadores, pues fueron ellos quienes retorcieron el hecho histórico de la conquista en sí mismo, con sus inclinaciones brutales y con sus ejemplos de ‘pacificación’ sangrienta en los territorios. A pesar de ir dejando fundaciones a su paso por la orilla de las islas, ellos impidieron con sus actos brutales que el imperio cuajara desde fundamentos económicos fuertes (p. 144-145). Detrás de esta cuestión, un fondo de pasiones violentas sin vectores progresivos (p. 181), anudado a la ausencia de un centro de poder que organizara la actividad de la conquista

sobre un principio unificado de gestión imperialista, fueron las causas que legitimaron, en la práctica cotidiana de este capítulo de la historia caribeña, la lógica brutal de la guerra en los procesos de penetración cultural de los territorios colonizados. La prueba reina de la argumentación de Bosch en esta dirección, aparece allí donde el intelectual dominicano expone cómo la adhesión de los españoles a los actos de descubrimiento y conquista, se fundaban con frecuencia en un falaz derecho a poseer esclavos indígenas, concedido en forma arbitraria por los rangos y capitanías (p. 128).

Ahora bien, desde la perspectiva histórica y filosófico-política que Bosch plasma en su obra, resulta interesante observar cómo esta experiencia dramática, correlativa a la actividad conquistadora, fue relevada de manera sistemática por *la llegada de una nueva psicología* a la entraña del imperio español (p. 181). Esta psicología no auguraba un fin al orden social existente en España desde la Edad Media, ni se proponía avanzar en la modernización de la actividad económica del imperio, pero sí introducía modificaciones en la mentalidad de la mayoría de los hombres vinculados con el negocio de las compañías expedicionarias que prepararon viajes a las Indias Occidentales. Entre los cambios producidos, *la introducción de la propiedad privada en el Caribe*, como expresión de un tipo de organización socioeconómica superada en muchos países de Europa, menos en España, adquiere en la reflexión del historiador una importancia superlativa que no podíamos pasar por alto. De hecho, la importancia de este acontecimiento es tal, que el propio autor la considera la causa principal de la debilidad del imperio español para desarrollarse en su frontera occidental más reciente, pero también la más lejana (p. 186). Pero, ¿cómo medir la influencia de esta psicología, que devino principio de realidad de las hazañas desplegadas en el Caribe, aun después del capítulo de la actividad conquistadora? ¿Qué se ilumina, en términos de conocimiento, al postular la propiedad privada como un sustrato para el ejercicio de un poder de aturdimiento específico, invocado para penetrar la conciencia psicológica del habitante común de esos puntos pequeños en el mapa que son hoy las islas del Mar Caribe?

Estas preguntas merecen una ampliación imposible de lograrse en el presente ensayo. Sin embargo, una tentativa de respuesta a ellas sale de la fruición argumentativa con la que el pensador dominicano Juan Bosch describe ‘un proceso de occidentalización’ en la agenda de expansión imperial de las potencias de Europa en el Caribe (p. 121). La *occidentalización* tiene que ver, en primer lugar, con los modos de llegada al continente americano por parte de bases humanas foráneas, interesadas en disputar los territorios antillanos. Desde el primer capítulo en adelante, la obra de Bosch da cuenta del hecho de que la función comercial de los viajes españoles, a diferencia de las actividades económicas entre casi todos los pueblos originarios de América, ocurría siempre en son de guerra (p. 120). En términos generales, el son de guerra hacía referencia a una herramienta política de relacionamiento fronterizo, utilizada por los imperios para dirimir sus conflictos entre ellos y/o con las comunidades que lucharon por sublevarse de su yugo. A este instrumento político el autor dominicano lo denomina también *debate armado* (pp. 65 y 69). Los debates armados inauguraron así una experiencia de choque en la que quedaron registradas las luchas antagónicas de la región Caribe. Estas luchas intestinas por el control de la navegación, los territorios abandonados, el comercio de esclavos o inclusive los réditos políticos que a su paso dejara el éxito colonial de tales empresas, se comprenden mejor si imaginamos la experiencia de los debates armados como ‘la salida al encuentro’ de un martillo de acero que, cuando golpea, resiste el quebrantamiento del material por él destruido, y admite una reutilización a perpetuidad, hasta que una herramienta alternativa llegue a ocupar su lugar:

el pequeño martillo de acero que golpea una gran piedra con ranuras, la hace saltar en pedazos. Esta es la mejor imagen de lo que sucedió en el Caribe en los años de la conquista española (p. 121).

Así es como en la historia de la conquista española del Caribe, la proliferación de *debates armados* tuvo un rol protagónico activo, sin el cual hubiera sido prácticamente imposible realizar distintas

actividades comerciales de movilización de riqueza del continente y de las islas de América hacia las metrópolis de Europa; así como tampoco hubiera podido darse el tráfico español de esclavos, con el talante enfermizo de naturalidad que tuvo inicialmente en los puertos de España, después en las costas de África occidental y, por último, en las colonias caribeñas Indias Occidentales.

Sin embargo, tras un examen pormenorizado como este, en el que apenas queríamos poner al descubierto algunas de las experiencias psicológicas definitivas para la conciencia histórica de los pueblos caribeños que hoy permanecen en lucha contra el colonialismo, creemos que hace falta todavía reconocer con reminiscencia ejemplar, cuándo y dónde estos puntos de vista sobre el uso que los esclavos le dieron a su libertad, se transformaron *de facto* en actos de legislación constitutivos de la cultura política de los subalternos. Por lo pronto, siempre que haya carencias, vacíos de sentido, insuficiencias o motivaciones, así como expectativas y resoluciones por acercar la autodeterminación y la independencia de la propia reflexión al centro de gravitación política de las comunidades caribeñas, mediante una comprensión consciente del pasado que adolece por su base económica, por su desarrollo descontrolado de la industria del azúcar, y también por el abuso de los liderazgos preestablecidos en su administración soberana, sin contar su presión contra lo que ha representado la inauguración de otros sentidos comunes de época en la historia antillana; siempre que existan estos límites, valdrá la pena abarcar, así sea con un énfasis en la mirada psicológica, la claridad metódica que, con su espíritu de militancia o descontento incandescente, aflora de manera compartida en las páginas de Juan Bosch y Eric Williams.

Bibliografía

Williams, E. (2009). *De Colón a Castro: la historia del Caribe 1492-1969*. México, D.F.: (Pensadores) Instituto Mora.

Bosch, J. (2009). *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: el Caribe frontera imperial*. México, D.F.: Fundación Juan Bosch.

El Caribe *frontera imperial* como territorio estratégico en la geografía histórica del capitalismo

David Ernesto Domínguez Carbajal

El Caribe comenzó a ser frontera imperial cuando llegó a las costas de la Española la primera expedición conquistadora, que correspondió al segundo viaje de Colón. Eso sucedió el 27 de noviembre de 1493. El Caribe seguía siendo frontera imperial cuando llegó a las costas de la antigua Española la última expedición militar extranjera, la norteamericana que desembarcó en Santo Domingo el 28 de abril de 1965.

(Juan Bosch, 2009a, p. 83)

Introducción

Dentro del amplio y diverso pensamiento crítico y militante que ha tenido la región del llamado Gran Caribe –que consideraremos simplemente con el nombre de Caribe–, uno de los más destacados escritores es sin duda alguna Juan Bosch, quien además de dirigir la lucha social y democrática en República Dominicana y alcanzar la presidencia en 1963, también elaboró posterior al golpe de Estado

y en los años inmediatos a la intervención estadounidense de 1965, una de las historias más completas y reconocidas de la región titulada *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial* publicada en 1970. En dicho trabajo se abordan los problemas que han acompañado la larga historia de las limitadas soberanías del Caribe a partir de la extensión de los intereses económicos y geopolíticos de los grandes imperios capitalistas. Esto le ha valido ser considerada como un parteaguas en los estudios historiográficos sobre la región y sobre el pensamiento social latinoamericano en general (Maríñez, 2009).

La caracterización del Caribe como *frontera imperial* es una de las propuestas críticas y políticas más importantes que se hayan realizado, pues además de proporcionar un voluminoso trabajo historiográfico en donde –contrario a las versiones positivistas y eurocéntricas– analiza el papel estratégico del Caribe en la disputa histórica que tuvieron los grandes potencias por la hegemonía de la economía-mundo capitalista, entrega al mismo tiempo una perspectiva del Caribe como unidad geohistórica estratégica en la disputa por la dirigencia de la reproducción social-material capitalista, es decir, una disputa que además de los conflictos entre España, Inglaterra, Holanda, y posteriormente de los Estados Unidos por un mayor número de porciones de tierra, se trata de la disputa por la instrumentalidad del territorio orientado a determinados fines particulares en la sociedad histórica, un proceso que ha hecho históricamente del Caribe *una frontera imperial de cinco siglos*.

Resulta central entonces recuperar el análisis de Bosch para comprender la geografía histórica que ha definido la frontera imperial, y con ello, profundizar en el análisis histórico y en los distintos problemas y condiciones que han surgido y caracterizado a la región en los cincuenta años posteriores a la publicación de *El Caribe, frontera imperial*. En ese sentido, el presente trabajo retoma la historia del Caribe de Bosch a partir de los conceptos de *territorio* y *territorialidad* para analizar la cualidad histórico-estratégica del territorio en la disputa por el Caribe que lo ha producido como una frontera imperial.

Se sostiene que desde el trabajo de Bosch, se puede afirmar que la disputa histórica por el Caribe no se resume a una serie de conflictos por las posesiones de tierra, sino que se trata entonces de la disputa por la instrumentalidad del territorio, que en los últimos 500 años de intervención imperial capitalista ha estado subordinado como un territorio estratégico a las distintas hegemonías que ha liderado la espacialidad de la economía-mundo capitalista. Con ello se busca colocar nuevas coordenadas teóricas en la búsqueda por entender no solamente algunos de los problemas del pasado que ha caracterizado a la región, sino para aproximarse al Caribe como unidad geohistórica en el despliegue imperialista, y que en la crisis actual del capitalismo neoliberal, ha agudizado sus instrumentos de dominación.

El territorio de la frontera imperial

A pesar de la cualidad polisémica del concepto de territorio, León (2016) expone tres diferentes grupos que engloban la mayoría de sus definiciones. El primero y más básico, concibe el territorio como contenedor de las actividades de lo propiamente humano, como la base material ajena a las prácticas sociales. El segundo, presentado como reflejo de lo social, parte de la perspectiva que reconoce el territorio como resultado humano pero que lo concibe como un producto pasivo y ajeno a la actividad social, de modo que este no condiciona su reproducción material. Por último, desde la perspectiva del materialismo histórico, se encuentra el territorio que reconoce la existencia de una unidad social-natural, donde la naturaleza no es ajena a las prácticas sociales, sino que, como lo desarrolló Marx (1975), es mediante el proceso de trabajo que se logra mediar, regular y controlar el intercambio metabólico entre lo humano y lo natural. Se trata en esta perspectiva de un territorio producido como espacio material que actúa como fuerza productiva en la dinámica de la unidad social-natural, en aquello que Braudel (1986) llamó la *vida material*, pero sin olvidar su dimensión política, como espacio apropiado y constituido

por un sujeto soberano (León, 2016). Esta última concepción sobre el territorio es la que se retoma para el abordaje de este trabajo. Se puede sintetizar esta idea del territorio con Porto-Gonçalves (2009) que explica que:

El territorio no es algo anterior o exterior a la sociedad. Territorio es espacio apropiado, espacio hecho cosa propia, en definitiva el territorio es instituido por sujetos y grupos sociales que se afirman por medio de él. Así, hay siempre, territorio y territorialidad, o sea, procesos sociales de territorialización (2009, p. 127).

Por lo tanto, la referencia al territorio del Caribe no se refiere a las porciones de tierra que lo contienen, como el mero conjunto de los contendores materiales, sino que se trata de la unidad sociopolítica soberana que constituye la síntesis de las fuerzas productivas naturales y técnicas de dicha unidad, un espacio que además de ser resultado de lo social, es además una fuerza particular de lo social.

Con esta perspectiva sobre el territorio, la territorialidad sería entonces la dinámica práctica espacio-temporal de un sujeto político que busca materializar un conjunto de proyectos sobre el territorio, es decir, un instrumento que permite intervenir sobre los distintos órdenes territoriales (León, 2016).

De esta manera, la territorialidad de mayor alcance espacial en nuestra forma histórica, incluso por encima de toda soberanía nacional, es sin duda, la territorialidad del capital, que políticamente obedece al sentido que imprime el sujeto automático de la valorización del valor (León, 2016, p. 78).

Esto conduce a entender que a cada territorio le corresponde su propia territorialidad, y a su vez implica la posibilidad de *multiterritorialidades* coexistiendo sobre un mismo territorio (Mançano, 2011). En ese sentido, “la disputa [...] no se reduce entonces a la ocupación de lugares, sino a la intervención material de los órdenes territoriales” (León, 2016, p. 87). Se puede decir entonces que además de las *disputas territoriales* como disputas entre soberanías por el acceso a

la materialidad, también existen las *territorialidades en disputa*, entendidas como aquellas que buscan la concreción territorial del conjunto de sus prácticas políticas, es decir de la gestión y ordenamiento territorial (León, 2016).

Para afirmar que la principal cualidad de la frontera imperial es la disputa por la gestión del territorio y no exclusivamente el escenario de conflictos entre imperios, se toma como punto de partida el análisis de Mariñez (2009) sobre la importancia del nombre “De Cristóbal Colón a Fidel Castro”, en donde señala que esta parte del título que se decidió agregar al nombre que inicialmente Bosch había planeado para su trabajo, tiene una virtud posiblemente no planeada, la cual conduce a entender la caracterización del Caribe más allá de lo que en apariencia podría malinterpretarse al ver el título de “frontera imperial” como una historia reducida a los conflictos europeos sobre un determinado espacio neutro. Esta virtud consiste en la representación simbólica que tienen los nombres de Cristóbal Colón y de Fidel Castro: el primero como representante de los imperios europeos y del dominio sobre el Caribe, mientras que el segundo figuraría como representante de la resistencia al ejercicio de dicho poder imperial, es decir, ambos como representantes de una histórica lucha de clases que produjeron el territorio caribeño y no únicamente que disputaron sobre él. Desde la perspectiva que asume este trabajo, la síntesis de esta compleja caracterización con la que Bosch define la historia y al mismo tiempo el territorio del Caribe, se puede encontrar en la reconocida cita:

La historia del Caribe es la historia de las luchas de los imperios contra los pueblos de la región para arrebatarles sus ricas tierras; es también la historia de las luchas de los imperios unos contra otros, para arrebatarles porciones de lo que cada uno de ellos había conquistado; y es por último la historia de los pueblos del Caribe para liberarse de sus amos imperiales (Bosch, 2009a, p. 62).

En ese sentido, la contribución del trabajo de Bosch no se reduce a una novedosa historia del Caribe, sino que su formulación

metodológica, podría decirse de influencia braudeliana por su *comprensión global* de la historia de la región, como lo caracterizan Matías Bosch y Quisqueya Lora (2016), ha permeado sobre el mirador caribeño y en general latinoamericano desde el cual se han construido diversos saberes sociales. Esto implica que su vigencia desborda la historiografía y permite pensar sobre diversos procesos sociales vigentes, pues como el mismo Bosch lo explica:

Si no se estudia la historia del Caribe a partir de este criterio no será fácil comprender por qué este mar americano ha tenido y tiene tanta importancia en el juego de la política mundial; por qué en esa región no ha habido paz durante siglos y por qué no va a haberla mientras no desaparezcan las condiciones que han provocado el desasosiego. En suma, si no vemos su historia como resultado de esas luchas no será posible comprender cuales son las razones de lo que ha sucedido en el Caribe desde los días de Colón hasta Fiel Castro, ni será posible prever lo que va a suceder allí en los años porvenir (Bosch, 2009a, p. 62).

Sin la pretensión de asumir por entero dicha responsabilidad, y con el conocimiento de que desde diferentes espacios se han realizado importantes investigaciones al respecto, en las siguientes páginas se señalan las condiciones históricas y geopolíticas centrales del Caribe que permitan afirmar a la frontera imperial propuesta por Bosch como un territorio estratégico en la disputa por la geografía histórica del capitalismo. Con ello se busca comprender que su cualidad estratégica es mayor que su localización intermediaria entre Europa y América, que sus accidentes geológicos o que la presencia de determinados recursos que históricamente se hayan erigido como vitales para la acumulación global de capital, sino que el territorio del Caribe se ha producido como una fuerza productiva estratégica para las distintas lógicas geopolíticas imperiales producida en la economía-mundo capitalista de los últimos 500 años.

La producción histórico-territorial del Caribe en la naciente economía-mundo capitalista: de la localización estratégica al territorio estratégico

Giovanni Arrighi (2014), en uno de los trabajos más destacados que recuperan el análisis del capitalismo histórico de Braudel, se propone desagregar la *longue durée* del sistema-mundo en unidades de menor duración que él llama *ciclos sistémicos de acumulación*, para entender los ascensos y declives de los distintos *regímenes de acumulación a escala mundial* que los han liderado. Arrighi, en su explicación sobre la relación entre la lógica de la acumulación capitalista y la disputa por la hegemonía de la economía-mundo, propone identificar dos lógicas de dominio que han estado presentes en las potencias hegemónicas de la economía-mundo capitalista: la del territorialismo y la del capitalismo. La primera concentra los esfuerzos en la expansión territorial y concibe la reproducción de capital como medio para su cumplimiento, mientras que la segunda de forma contraria, observa dicha expansión de territorios y de apropiación de recursos como forma secundaria y subordinada a la acumulación de capital, señalada esta última como su lógica principal de poder.

A pesar de que existe una notable diferencia entre la propuesta que se ha asumido del territorio (como fuerza productiva de lo social) respecto a la noción desarrollada por Arrighi (como contenedor), para los propósitos de este trabajo interesa resaltar del italiano su observación sobre la combinación que han tenido ambas lógicas de poder en la historia de las potencias hegemónicas del sistema interestatal, pues en palabras de Arrighi (2014):

La característica esencial de este sistema ha sido la constante oposición de las lógicas de poder capitalista y territorialista, y la resolución recurrente de sus contradicciones mediante la reorganización del espacio económico-político mundial en virtud del liderazgo ejercido en cada época por el Estado capitalista correspondiente (p. 53).

En ese sentido, se podrá entender a la frontera imperial como resultado de la instrumentalidad del territorio caribeño en la reorganización espacial del capitalismo que ha acompañado la disputa entre imperios por la hegemonía mundial.

En primer lugar, es primordial señalar la importancia que tuvo la localización del Caribe en los procesos de colonización sobre el *Nuevo Mundo* y en la expansión comercial europea, como expansión civilizatoria que fue clave para la formación de la modernidad capitalista. Es desde el largo siglo XVI, como siglo que dio origen a la formación de una economía-mundo capitalista, donde se establecieron las bases para la formación del moderno sistema de clases sociales, de los Estados y principalmente del mercado mundial, donde el Caribe pasó a formar parte del escenario central de las rutas comerciales que conectaban al *Nuevo Mundo* con las metrópolis europeas.

Por su localización estratégica que conectaba Europa con América, el Caribe representó el punto de llegada de las primeras invasiones al *Nuevo Mundo*, y fue particularmente la isla *La Española* el primer territorio en ser colonizado en el continente. El número reducido de las poblaciones caribeñas facilitó su conquista, un proceso que, después de aprender la localización de los yacimientos de oro y de las principales rutas sobre tierra y mar, los colonizadores prácticamente acabaron con los habitantes de la región y aseguraron el control sobre algunas de las islas que les permitió garantizar las estrategias militares de conquista sobre el territorio continental (Barrios, Ceceña, Inclán y Yedra, 2010). Entre 1492 y 1519 la cantidad de porciones de tierra y dominio español había incrementado radicalmente; sin embargo, las guerras de España en Europa durante el siglo XVI fueron determinantes para su estrepitosa decadencia que en 1598, con los acuerdos emanados de la Paz de Vervins, concluyó el liderazgo español sobre Occidente y comenzó la pérdida de su monopolio sobre el Caribe, pues como se explica en el análisis de Bosch, “esas mismas guerras españolas en Europa les sirvieron a Inglaterra, Holanda y Francia para ponerse en condiciones de arrebatarle a España parte de su imperio en el Caribe y en América” (2009a, p. 208).

A pesar de la tendencia expansionista de la España de Felipe II, su debilidad como “imperio sin sustancia imperial” (Bosch, 2009a, p. 207), y el *vacío de poder* que se produjo en el Caribe por la concentración de esfuerzos en territorio continental debido a las riquezas metálicas en México y Perú, le impidieron beneficiarse de la naciente economía-mundo donde tenía una posición económica y geográfica privilegiada. Se trata de una España en el fracasado intento de consolidarse como dominante, en el intento de formar lo que Wallerstein (2006) ha llamado como *imperio-mundo*, y no a través de la *hegemonía de la economía-mundo*. De esta manera, la posesión española de más de cien años sobre el Caribe –débil pero exclusiva en términos de la posesión de tierras– fue transgredida durante el siglo XVII por parte de los holandeses, ingleses y franceses formados como imperios que ya no se conformaban con el contrabando a la nave española. Estos comenzaron con una expansión territorial para invertir sus capitales excedentes en productos como el azúcar y el tabaco, primero a través de la piratería y después como conquista por parte de los imperios durante las guerras navales del siglo XVIII sobre la región. Así comenzó desde la llegada de Thomas Warner a San Cristóbal en 1624, del *desmembramiento* del Caribe (Bosch, 2009a).

Con la nueva posesión colonial del Caribe dividido por los distintos imperios, la importancia de la región dejó de ser la de su simple localización como espacio de tránsito entre Europa y el *Nuevo Mundo*, y pasó a ocupar una mayor participación como territorio estratégico dentro de la economía-mundo. La presencia de nuevos imperios en el Caribe durante el siglo XVII, principalmente de Inglaterra, incrementó y consolidó el sistema esclavista en la región de la mano del crecimiento de las plantaciones de productos tropicales como el cacao, tabaco, café, pero principalmente del azúcar, cuya producción y abastecimiento del mercado europeo tuvo un acelerado crecimiento que desplazó el monopolio de las plantaciones portuguesas de Brasil (Mintz, 1996), en gran parte debido al descubrimiento de los yacimientos de oro y posteriormente de diamantes que reorientó en territorio brasileño los intereses de Portugal (Halperin, 1987).

Fue justamente a partir de estos dos factores –el crecimiento del sistema de plantación de azúcar y el uso de la fuerza de trabajo esclava– que se originó el voluminoso incremento comercial desarrollado en las triangulaciones comerciales entre la quincalla europea, los esclavos africanos y los recursos de América para el impulso de algunas de las primeras industrias y para el surgimiento de las primeras compañías modernas y de los primeros procesos de acumulación de capital, lo que determinó la forma del antagonismo entre el trabajo y el capital en el Caribe, principalmente a través del sistema de plantación del azúcar que no pasó por lo que Marx (1971) describe como la subsunción *formal* del proceso de trabajo bajo el capital y fue directamente a la subsunción *real* del proceso de trabajo. No es casualidad que Fernando Ortiz (1973), al referirse a este sistema de plantación de azúcar, lo haya considerado como el producto privilegiado del naciente capitalismo.

Por tanto, el sentido del despliegue de la acumulación de capital y la expansión y ocupación espacial como unidad contradictoria, y al mismo tiempo inseparable en la lógica histórica imperial propuesta por Arrighi, permite entender la transición del Caribe entre una localización estratégica a la formación de un territorio estratégico, es decir, en la formación del Caribe como una unidad geohistórica en el transcurso del *devenir-capital del mundo* y el *devenir-mundo del capital*.¹ Esto implica entender la producción histórico-territorial del Caribe en los procesos históricos de territorialización del capital, en sus alcances planetarios y en la subsunción y regulación del metabolismo social-natural. Así se puede comprender el movimiento de la subsunción formal a la subsunción real del territorio del Caribe bajo el capital. Se trata del avance del capital sobre el Caribe, primero

¹ Gandarilla (2003) se refiere al *devenir-capital del mundo* como la proyección espacio-territorial del capital de alcances mundiales, mientras que el *devenir-mundo del capital* se refiere a la capacidad del capital –a partir de su expansión global– de sobreponerse a otras formas civilizatorias reguladoras del metabolismo social de la reproducción material. Cabe aclarar, que este doble movimiento del capital, no actúan como dos lógicas separadas, como sí lo son las dos lógicas imperiales propuestas por Arrighi, sino que se trata de una relación dialéctica en el desdoblamiento del capital.

a través de la simple ocupación de los territorios y después, como territorio periférico integrado al orden espacial capitalista, donde pasó a ser instrumentalizado por los distintos imperios en la disputa por el liderazgo de la hegemonía mundial. Un proceso en el que no desaparece la importancia de su materialidad ni de su localización, sino que convergen la posición estratégica y localización de recursos con las condiciones capitalistas producto de los despliegues imperiales en la economía-mundo capitalista.

Al respecto, es importante resaltar que el desarrollo capitalista en América Latina no puede ser equiparable al proceso orgánico que se desarrolló en Europa, pues en primer lugar hay que diferenciar entre las respectivas condiciones que dieron lugar a la llamada *acumulación originaria*, es decir, el proceso histórico de enajenación del productor sobre sus medios de producción (Marx, 1988). A pesar de la estrecha relación, es indispensable aclarar que mientras en América Latina el saqueo violento de las riquezas se desarrolló mediante una lógica de reproducción social-material externa, y con dirección europea de los excedentes que limitó la acumulación al interior de la región, en Europa la disolución de los modos de producción precapitalistas –aunque también de forma violenta– surgió de una lógica de reproducción interna, además de que contó con el plusvalor propio más el de las colonias. Se trata de una diferencia entre los procesos distinguida por Dussel (2014), para el caso de América Latina, como *acumulación originaria deficiente*, y en Europa –debido al sistemático proceso de transferencia de valor– como *sobre-acumulación originaria*.

Podemos entender, entonces, que la transferencia de valor de América Latina a la metrópoli que caracterizó la *acumulación originaria* en la región no constituye un fenómeno que haya evitado que el excedente económico se transformara en capital, y consecuentemente que haya “frenado” una transición al capitalismo en la región, tal como lo describió Cueva (1994), con la recuperación y el sentido que dio a la categoría de *desacumulación originaria*. En cambio, en apego a otras argumentaciones, como la de Eric Williams (2011), que al explicar el papel que tuvo la esclavitud en el Caribe para la *acumulación*

británica se explica la esclavitud como uno de los principales aspectos para la conformación del capitalismo y no como condición de una etapa anterior o antagónica a dicho modo de producción.

Esto implica comprender que los orígenes del capitalismo en el Caribe se encuentran en la conformación de la economía-mundo capitalista, es decir, en los circuitos de expansión comercial desarrollados tras el descubrimiento del Atlántico que dieron nacimiento al mercado mundial, más allá de ciertos rasgos o condiciones internas que puedan confundirse como formas precapitalistas debido a su no similitud con Europa, tal como la explica Wallerstein al insistir que:

No existieron ni podrían haber existido dos formas de organización social, capitalista y feudal, una junto a la otra. La economía mundo tiene una u otra forma. Una vez que es capitalista, las relaciones que muestran ciertas semejanzas formales con las relaciones formales deben ser necesariamente redefinidas en términos de los principios que gobiernan un sistema capitalista (2011a, p. 129).

En ese sentido, se entiende que el período colonial no constituyó un modo de producción esclavista, feudal o precapitalista en general, sino más bien como un *capitalismo colonial* (Bagú, 1992). De esta manera, no solamente se trata de una simultaneidad entre el nacimiento de América Latina con el capitalismo, sino a la región misma como factor esencial para su conformación (Dussel, 1985, 2014). Así, la particularidad del Caribe como mediación entre América y Europa, además de ser frontera imperial en un sentido geopolítico clásico, es también en términos históricos un espacio-frontera de la modernidad capitalista (Trouillot, 2011), incluso planteado como la síntesis de dicho proyecto civilizatorio (Ortega, 2014).

A partir de lo anterior, cabe reafirmar que la forma histórica de territorialización del capital no es nacional sino a escala global, y cuyo “desarrollo” no consiste en la expansión –a modo de exportación– de las formas del capitalismo europeo sobre el resto del mundo, sino más bien consiste en el grado de complejidad, o como diría

Carcanholo, de *procesualidad* (2016), como el transcurrir contradictorio del capitalismo concretado en un sistema-mundo el cual posee una división internacional del trabajo fundamentalmente desigual –como orden territorial– divida en centros y periferias. Por otra parte, el dominio de los imperios y la penetración territorial, que hicieron del Caribe una región de importancia productiva central para los circuitos de la economía-mundo capitalista, produjo un territorio estratégico disputado por los distintos imperios que buscaban obtener el mayor provecho posible de sus posesiones coloniales; sin embargo, este dominio colonial gestará las bases para algunas de las rebeliones más importantes de la modernidad capitalista, cuyas territorialidades entrarán en la disputa geopolítica de la región.

Las independencias del Caribe: entre las disputas territoriales y las territorialidades en disputa

La historia del permanente estado de conflicto que ha caracterizado al Caribe tiene una gran particularidad iniciada en el siglo XVIII, pues en él se observa con mayor claridad el comienzo de una geopolítica que no es exclusiva de la disputa entre imperios, sino también en el sentido de la geopolítica de lucha de clases (León, 2011), de manera que además de su papel en la lógica imperial y capitalista, la historia de la región también se ha caracterizado por su constante sublevación contra los poderes raciales, coloniales y capitalistas. Por lo tanto:

Se puede afirmar que hay dos elementos constantes en la historia del Caribe: su importancia estratégica para la incursión en el Continente, a pesar que algunos historiadores o estudiosos lo han considerado casi como residual; y el carácter indómito de las sociedades que ahí se fueron conformando (Barrios *et al.*, 2010, p. 14).

Sobre esta última característica deben mencionarse los amplios y cada vez más constantes y organizados actos subversivos realizados

por parte de esclavos, pues siguiendo la argumentación de Bosch (2009a), si el siglo XVII es el siglo del desmembramiento del Caribe, el XVIII es el de las rebeliones de esclavos. Durante este siglo se presentaron levantamientos cada vez más constantes y organizados por parte de esclavos en la región, como los casos Saint Kitts y Nevis (1725), Antigua (1728), Saint John (1733); además de los recurrentes levantamientos en Haití durante todo el siglo.

Las condiciones de miseria y violencia que vivieron los esclavos tuvo un recrudecimiento marcado por las guerras entre imperios de la segunda mitad del siglo XVIII, donde se dio un reacomodo de las fuerzas imperiales a raíz del apoyo brindado por España y Francia a la independencia de las trece colonias para debilitar a los británicos, de manera que “iban a hacer estallar el barril de pólvora sobre el cual estaba asentado el régimen económico, social y político de los pueblos de Caribe” (Bosch, 2009a, p. 428). Un proceso que desembocó en la única rebelión triunfante de esclavos y uno de los procesos revolucionarios más radicales de que se hayan conocido.

Cabe mencionar el contexto y la importancia de la *segunda expansión de la economía-mundo* (Wallerstein, 2011b) que incorporó a nuevas regiones externas a su periferia, donde las condiciones materiales de Inglaterra le permitió aventajar a Francia y al resto de sus rivales, y tras los acuerdos de París de 1763, encaminarse como nueva potencia hegemónica de un sistema-mundo capitalista que alcanzará su forma plenamente mundial en el siglo XIX. Un período que las visiones historiográficas eurocéntricas conciben como el inicio del capitalismo, pero que podríamos entenderlo mejor como la etapa que dio inicio a la *modernidad madura* (Dussel, 2007), caracterizada por la transformación económica, política, cultural y filosófica, que fue comandada por la revolución técnico-industrial llevada a cabo en Inglaterra, así como por la Revolución Francesa. Esta última comenzada en 1789, tendrá una enorme repercusión política directa en el Caribe, pues lo que comenzó en su traslado al Caribe como una disputa entre blancos y mulatos por los privilegios en las colonias, pronto fue rebasado por una revolución propiamente de esclavos.

Las nociones revolucionarias de la “Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano” de 1789, sumamente progresiva y radical para su momento, fueron superadas por la revolución haitiana que presionó a la Asamblea Nacional Francesa en 1794 para la abolición de la esclavitud en las colonias francesas y la independencia de Saint Domingue en 1804. En ese sentido, a la idea de Bosch sobre cómo la Revolución Francesa iba a provocar la de sus colonias, añadiríamos con Grünner que “la Revolución Francesa solo fue lo que fue porque la revolución haitiana la empujó a machetazos” (2020, p. 14). De manera que este proceso revolucionario –de esclavos y negros– inédito en la historia de la humanidad, tendrá una enorme repercusión en el futuro del significado de emancipación y particularmente en la geopolítica del Caribe, ahora ya no solo entre imperios, sino también entre clases sociales.

Por supuesto el poderío imperial napoleónico buscó restablecer las condiciones que previamente tenía sobre Haití como su colonia más rica, primero en 1814 y 1816 con el simple intento de restablecer la normalidad del sistema de plantación y de su fuerza de trabajo, y después con la aceptación de la abolición de la esclavitud; sin embargo, fue hasta 1825 que la fuerza colonial de los cañones franceses obligó a la naciente Haití a pagar la excesiva suma de 150 millones de francos para compensar a los antiguos esclavistas y dueños de las plantaciones que habían sido afectados. A pesar de ello, la radicalidad de la revolución haitiana ya había obligado a una adaptación de las burguesías que se resistían a abandonar el sistema de dominación y control esclavista, cuya repercusión no solamente alcanzará a Francia y al resto de Europa, sino que se trató de un acontecimiento central para el futuro de la relación capital-trabajo en la región y en el mundo.

Para aproximarse a las independencias políticas de América Latina y el Caribe debe sumarse a los procesos subversivos contra el orden colonial desarrollados durante el siglo XVIII, el efecto contrario que se obtuvo con las reformas borbónicas que buscaban incrementar los ingresos de las colonias españolas, así como los conflictos

Europeos desatados por la guerra de Napoleón a principios del siglo XIX que concluyeron con su derrota y con un fuerte debilitamiento de España y de su soberanía sobre sus colonias. Este clima poco favorable para la posesión española sobre los territorios americanos, concluyó con una debilidad para hacer frente a los procesos de independencia debido a la incapacidad de seguir gobernando las economías coloniales, pues la guerra con una Gran Bretaña que para ese momento dominaba el Atlántico, imposibilitó el control comercial, político y militar sobre sus posesiones en América (Halperin, 1987).

Al proceso revolucionario de independencia de Haití en 1804, le siguieron en la primera mitad del siglo XIX las independencias de los territorios anteriormente de posesión española de lo que hoy conocemos como Colombia en 1819, y de Venezuela, México y los países centroamericanos en 1821, mientras la República Dominicana tuvo que esperar hasta 1844. Debemos recordar que aunque la mayoría de las independencias fueron alcanzadas por parte de los sectores conservadores y terratenientes que no buscaban cambios radicales, las intervenciones imperiales y las distintas formas de disputas territoriales y de territorialidades en disputa no desaparecieron, sino que de forma contraria adquirieron una mayor complejidad.

Al respecto, es importante mencionar como situación general de la región, que a pesar de que partes del Caribe ya habían alcanzado sus independencias políticas o se encontraban en dicho proceso, el territorio no se resume a la unidad espacial administrada por un poder político que cambie según la propia transición de su administración, sino que al ser un producto histórico determinado por la reproducción y autodeterminación social-material, hay que entender las limitadas soberanías de los nuevos países como resultado de las heredadas estructuras económicas débiles y dependientes, que ahora pasaron a relacionarse principalmente y de forma directa con los Estados Unidos como país independiente en ascenso económico y con una Inglaterra como potencia hegemónica a donde se exportaban productos agrícolas y materias primas y de donde se importaba la manufactura industrial.

Por otra parte, las continuas intervenciones imperiales sobre el Caribe tras la revolución de Haití y en el contexto de rebeliones de esclavos y terratenientes que avanzaban hacia procesos de independencia, buscaron mantener su dominio territorial como el control de posesiones estratégicas y la conservación de los procesos productivos de donde extraían altas cantidades de plusvalor. En esta nueva correlación de fuerzas se gestó un reordenamiento territorial que obligó a los capitales imperiales que aún contaban con posesiones o que tenían grandes inversiones en el Caribe a redirigir sus fuerzas políticas y económicas. De este reordenamiento destaca el nuevo papel de Cuba como principal productor de azúcar y como centro de inversiones de una Inglaterra en plena revolución industrial, y la región centroamericana, particularmente Nicaragua y Panamá, que también estuvieron en el ojo de ingleses, franceses y estadounidenses que desde aquella primera mitad de siglo XIX buscaban abrir el continente para conectar comercialmente el Océano Atlántico con el Pacífico.

En ese sentido, además de las disputas geopolíticas en su sentido clásico como disputa territorial entre los imperios por recuperar, mantener o alcanzar el control sobre territorios con una posición estratégica y con procesos productivos centrales para el mercado mundial, en el Caribe se desarrollaron también territorialidades en disputa entre la abolición de la esclavitud, los proyectos de los diferentes sectores que participaron en las independencias y los intereses ingleses, españoles y ahora también estadounidenses que ya desdoblaban su lógica imperialista en el Caribe, todos en la búsqueda –aunque con diferentes grados de fortaleza– de intervenir en el orden territorial establecido durante los siglos de colonialismo. Este último aspecto es central para afirmar nuevamente que las disputas no se desarrollan sobre escenarios neutros, sino que los territorios producidos, primero en la tendencia histórica de la territorialidad del capital, y después en la dinámica de las distintas potencias hegemónicas de la economía-mundo capitalista, participan activamente en la correlación de fuerzas que se encuentra en conflicto.

Por otra parte, para comprender el territorio del Caribe como frontera imperial entre el siglo XIX y el XX, no se pueden perder de vista las condiciones del capitalismo imperialista estadounidense que desde el poder político se oponía a toda amenaza contra los derechos de propiedad privada y contra la ganancia económica, una situación que puede considerarse como reflejo de sus estructuras políticas y su clase empresarial industrial que no poseían los residuos feudales europeos y que manifestaban abiertamente sus pretensiones expansionista como económicamente esenciales (Harvey, 2004). Debe recordarse también que desde los comienzos de su vida independiente, a finales del siglo XVIII, su potencialidad imperialista comenzó a gestarse, pues a pesar de que su dominio económico y tecnológico se desarrolló tras la guerra civil, y el peso militar de su intervención formal sobre el Caribe comenzó hasta 1898, se pueden rastrear expresiones de Thomas Jefferson emitidas en 1786 en un comunicado a Archibald Stuart donde se muestran las ambiciones norteamericanas de expansión territorial y control sobre América (Meyer y Vázquez, 2001). No es de extrañar la recepción que dio Jefferson en 1804 a Alexander von Humboldt para recabar información sobre la Nueva España, así como las expediciones realizadas en tierras vecinas que sin duda fueron los pasos previos para las primeras intervenciones en Cuba y Puerto Rico en la década de 1820, la apropiación de pequeños territorios insulares, la invasión y arrebato de más de la mitad del territorio mexicano a mediados del siglo, y la casi anexión de la República Dominicana en 1870.

A pesar de que el siglo XIX fue del despliegue de la hegemonía inglesa, en el Caribe el escenario fue de confrontación por primera vez entre el potencial estadounidense con el británico, un enfrentamiento que se agudizó tras la adquisición de California por parte de los Estados Unidos que motivó sus pretensiones del control de Centroamérica, pues en el contexto de la revolución industrial que desarrolló una gran capacidad en la transportación marítima, y el acercamiento de lo que Hobsbawm (2013) denominó como *La era del imperio* (1875-1914), el control interoceánico se convirtió en un punto

de control estratégico que los Estados Unidos asumieron como parte de sus planes militares de control sobre el Caribe.

Estados Unidos en la redefinición de la frontera imperial

No hay duda de que el siglo XX es *el siglo del imperio estadounidense* (Bosch, 2009a). Este inicia con la última pérdida colonial española en el Caribe en 1898 y con la intervención de los Estados Unidos sobre la independencia de Cuba y sobre Puerto Rico, lo que a su vez dio paso al comienzo de decenas de intervenciones militares sobre la región para asegurar la reproducción ampliada de capital en lo que se llamará su nueva *frontera de seguridad*, y así consolidar la llamada Doctrina Monroe como eje central de su política exterior y de dominio imperialista. En ese sentido, el ajuste de la frontera imperial con el que termina el siglo XIX y comienza el XX, no es exclusivamente el de un nuevo cambio y pérdida de gran parte de las propiedades que tenían los imperios europeos sobre el Caribe, sino la de una transformación en las formas de intervención sobre el territorio, en el contexto de la radicalidad de la subsunción de la forma natural a la forma valor que caracteriza al proyecto civilizatorio dominante durante el siglo XX que Bolívar Echeverría (2008) caracterizó como *modernidad americana*.

Como se mencionó, el siglo XX en el Caribe, entendido como el siglo del imperio estadounidense, comienza en 1898 con la intervención de los Estados Unidos sobre Cuba y Puerto Rico; sin embargo, su intervención territorial no se trata simplemente de un nuevo imperio que sustituyó a los anteriores en el dominio político y control de puntos militares estratégicos, sino que implicó un reordenamiento de la totalidad del territorio caribeño a través de *la diplomacia del gran garrote y la diplomacia del dólar* para hacer funcional el orden institucional de los países de acuerdo a los intereses empresariales de los Estados Unidos (Piqueras, 2018). En ese sentido, cabe mencionar el análisis de Geztambide (2006) que identifica que a pesar de que

el nombre “Caribe” se remonta al diario de Colón donde habla de los caribes como los habitantes caníbales de las Antillas, además de otras múltiples concepciones a lo largo de la historia resultado de la enunciación de múltiples sujetos, la visión geopolítica militar de los Estados Unidos ha jugado un papel central en la invención del Gran Caribe y particularmente del Caribe geopolítico como región. Sin dudas, el mayor ejemplo es el paralelismo entre el valor geopolítico del Mediterráneo con el Caribe propuesto por Alfred Manham que en su ensayo *The Strategic Features of the Gulf of Mexico and the Caribbean Sea* llamó *Mediterráneo americano*.

La llegada a la presidencia de Roosevelt en los Estados Unidos y la imposición de gobiernos militares y de la llamada Enmienda Platt como parte de los “acuerdos” internacionales con Cuba y la replicación en Panamá por el control del istmo tras el desplazamiento del capital francés y el *desmembramiento* de Colombia, representa el inicio de la ofensiva estadounidense que entrados *los años de las balas y dólares* consolidaron el dominio y control sobre el Caribe para frenar el avance de los movimientos populares (Bosch, 2009a). En poco tiempo, los Estados Unidos tenían fuerzas militares sobre sus posesiones de Puerto Rico y las islas Vírgenes, así como en Nicaragua, Haití y República Dominicana, además de los dos principales puntos estratégicos: la zona del Canal, en Panamá como límite sur de su frontera de seguridad y en Cuba, cuya posición central es vital para la articulación militar y comercial con el resto de la región. La constante en las intervenciones estadounidenses y en el contexto de la crisis capitalista de 1929 que impulsó movimientos nacionalistas contra la ocupación extranjera, conformó una unión de países de América Latina para establecer como principio de las relaciones internacional la “no intervención”, acordada y aceptada por el gobierno de Estados Unidos en 1933; sin embargo, si bien la fuerza dejó de usarse por veinte años, como lo explica Bosch (2009a), el cambio de la intervención militar no terminó con el dominio en el terreno económico que desde mediados del siglo XIX los Estados Unidos fueron consolidando.

Es importante señalar el crecimiento de la producción industrial estadounidense que ya había duplicado la producción inglesa para 1894, y el dominio por parte de los grandes monopolios que ya se había adueñado de los Estados Unidos (González, 1979). Esto permite entender que a pesar de la imposibilidad de imponer condiciones similares a la Enmienda Platt en el resto de la región, la rápida penetración de capitales productivos junto con los capitales bancarios, y su instalación a modo de enclaves y mediante los mecanismos de transferencia de valor, generaron –y lo siguen haciendo– una gran acumulación de capital para los Estados Unidos que logró fortalecer las relaciones de dependencia y subordinación con los países del Caribe.

Esta relación de dominación estadounidense sobre el Caribe comenzó su desarrollo principalmente a través de la apropiación de grandes extensiones de tierra, la imposición del monocultivo, la reorientación de las importaciones y exportaciones, y la intervención en las políticas económicas de esos países para evitar la tributación de las compañías y privar a los Estados de los recursos fiscales correspondientes, tal como sucedió, en primer lugar con la participación de la banca, principalmente del National City Bank of New York, para el impulso del azúcar y el “ordenamiento” de las deudas externas (Pierre y Piqueras, 2018), y en segundo lugar con el control de frutos tropicales, principalmente por parte de la United Fruit Company, que dominaban el 80% del mercado estadounidense (Piqueras, 2018). En términos generales, Estados Unidos pasó de adquirir el 50% de las exportaciones de las islas caribeñas a mediados del siglo XIX, al 75% en 1923, y de aportar el 40% de las importaciones, pasó al 73% en 1914 (Piqueras, 2018). No es de extrañar el apoyo militar brindado a las empresas donde se consolidaron alianzas con dictaduras, y donde se ponían y quitaban gobiernos a placer.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el Caribe no fue de ninguna manera ajeno al conflicto internacional, pues a pesar de que no se desarrollaron batallas en la región, los Estados Unidos establecieron nuevas bases militares debido a que las posiciones estratégicas del Caribe estuvieron en la mira de los planes militares alemanes, fuera

para asumir su control o para afectar directamente los intereses estadounidenses y europeos que aún conservaban sus colonias. Por otra parte, además de la declaración de guerra al Eje por parte de los países independientes, gran parte de la extracción de materias primas para la industria bélica se obtenían de los recursos caribeños, como algodón, cobre, oro, plata, maderas y principalmente el petróleo de Trinidad, Aruba y Curazao, de donde se obtenían porciones de combustible indispensables para la aviación de los Aliados (Pierre-Charles, 1981).

De forma simultánea, en el contexto de la no intervención y de los años venideros a la crisis de 1929, al interior de los distintos territorios independientes y también de los coloniales, se desarrollaron agitaciones sociales por parte de fuerzas populares durante el período 1930-1940 por los derechos y las mejores condiciones laborales, por la exigencia del sufragio universal y por la soberanía de sus países. Estos procesos comenzaron algunas de sus máximas expresiones en la primera década de la segunda mitad del siglo XX con los gobiernos de Jacobo Arbenz en Guatemala y de Cheddi Jagan en la Guyana Británica y principalmente de Fidel Castro en Cuba. Sin embargo, el nuevo dominio hegemónico de los Estados Unidos tras su victoria en la Segunda Guerra Mundial, encontró nuevas formas de incidir y sostener el control sobre el Caribe, al mismo tiempo que en apariencia respetaba el principio de la no intervención; se trata del incremento en las intervenciones del orden productivo, del sometimiento de los aparatos políticos, de los convenios militares para la subordinación de los ejércitos nacionales al Pentágono y del recurso ideológico anticomunista (Pierre-Charles, 1981), además del comienzo de las operaciones de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), que a través de la Doctrina Truman justifica las intervenciones disfrazadas de apoyo a la libertad de los pueblos que supuestamente se encontraban sometidos por las fuerzas comunistas, tal como se derrocó a Arbenz con el Golpe de Estado a Guatemala en 1954.

En ese sentido, es importante considerar que la construcción de la frontera de seguridad estadounidense sobre el Caribe, no

puede reducirse a aspectos únicos como la ocupación militar de los territorios o la penetración de capital en la búsqueda de lo que David Harvey (2004) ha llamado las *soluciones espacio-temporales* para materializar el exceso de capital, sino que los Estados Unidos con la propagación ideológica, el sometiendo de gobiernos para el control sobre puntos estratégicos y a través de los procesos de extracción de plusvalor, configuran un orden –productivo y político– sobre los distintos territorios en sus diferentes escalas y dimensiones para hacerlos funcionales a la consolidación de su poderío capitalista imperial. Por esta razón, la Revolución Cubana ha representado uno de los golpes más significativos al imperialismo estadounidense, pues su victoria en 1959, además de la pérdida económica, significó la irrupción en el orden territorial de la región impuesto por la lógica de acumulación de los grandes capitales, y al mismo tiempo, mostraba al resto de los movimientos populares en curso el camino para desprenderse del sometimiento imperial.

En consecuencia, en los años posteriores se creó la Alianza para el Progreso como parte los intentos de los Estados Unidos que hicieron todo a su alcance por aislar económica y políticamente a Cuba, al mismo tiempo que reforzaron sus infraestructuras militares, incrementaron sus esfuerzos de control político y de penetración económica sobre el resto de la región con recursos estratégicos como la bauxita o el petróleo, además de la creación del Comando del Sur en 1963 y el desarrollo de lo que Bosch (2009b) llamó el *pentagonismo*, en referencia a la sustitución del imperialismo en el sentido de Lenin, por un Estado controlado por el poder militar que comenzó sus intervenciones con el golpe de Estado en República Dominicana en 1965 y prosiguió en las siguientes décadas con una secuencia de estrategias de contrainsurgencia en el resto de América Latina.

En el contexto actual de la crisis capitalista neoliberal y de la proliferación económica que ha tenido China en las últimas dos décadas, el hostigamiento por parte de los Estados Unidos hacia los países caribeños se ha mantenido como aspecto central de su política exterior por mantener su hegemonía en la economía-mundo capitalista.

Con sus mecanismos y estrategias de *dominación de espectro completo* (Ceceña, 2014) ha concretado en el Caribe la continua elaboración de golpes de Estado y mecanismos de desestabilización política en la región para la imposición de políticas neoliberales, de tratados de integración regional y económica, así como para los acuerdos y estrategias de seguridad que tras la caída de la URSS, encontró en el supuesto combate al narcotráfico la forma de incidir militarmente en los países y criminalizar a los movimientos populares que atenten contra sus intereses, lo que no ha tenido otro resultado que el incremento de la violencia, la precarización de la fuerza de trabajo, el crecimiento en los flujos migratorios, la devastación ambiental, entre otros problemas acarreados.

Sin embargo, como ya se ha advertido, el Caribe se ha caracterizado históricamente por la sublevación de sus pueblos contra el orden territorial imperial impuesto, de manera que aunque limitados, también se han elaborado esfuerzos de territorialidades con claras pretensiones de consolidarse como contrahegemónicas, sea a través de acuerdos internacionales alternos por la recuperación de las soberanías nacionales, o de luchas populares contra las políticas neoliberales y los megaproyectos de devastación, pues es central tener presente que “no se trata solo del espacio [físico] dominado por el capital, sino sobre todo del orden espacial histórico que sirve y determina la forma de su dominio rutinario” (León, 2017). De manera que el papel del territorio del Caribe en el futuro de la hegemonía mundial estadounidense no se reduce a la extracción de plusvalor que pueda obtener de las industrias de ensamblaje o del turismo, o de la disponibilidad de las reservas estratégicas que hoy son centrales para los Estados Unidos, como minerales, petróleo, la biodiversidad, entre otros, sino al dominio y funcionalidad de un orden territorial que pueda establecerse de acuerdo a los intereses imperiales estadounidenses.

Conclusiones

El trabajo de Juan Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, muestra que la disputa por el territorio caribeño ha sido estratégica en el desarrollo histórico del capitalismo, en los procesos de extracción de plusvalor y en la consolidación de imperios que entre la lógica de la expansión y la acumulación del capital han disputado el liderazgo hegemónico de la economía-mundo capitalista. Sin embargo, la disputa y el control no se reduce a la ocupación militar o económica de los espacios, sino a la instrumentalidad del conjunto territorial que ha servido como una fuerza política más para los distintos imperios que han penetrado sobre la región.

En ese sentido, el carácter instrumental del territorio del Caribe se encuentra en la forma de reproducción social-material que ha servido a una lógica económica y militar externa a las necesidades de la región, primero a través de lazos coloniales y después en las relaciones de dependencia. Por lo tanto, los límites de la frontera imperial no se encuentran en el trazado de una franja que divida las porciones de tierra ocupadas por los Estados imperiales, sino que se trata de la división entre proyectos sociopolíticos que históricamente han buscado concretar su hegemonía sobre el territorio del Caribe. Esto implica entender que la centralidad de dominar el territorio no se reduce a ocupar militar o económicamente los límites espaciales de los Estados o de la región, o a la posesión de ciertos recursos estratégicos, sino que se trata del sometimiento de la totalidad del proceso metabólico social-natural que se materializa territorialmente y que se reproduce de acuerdo a necesidades externas.

Por lo anterior, se considera que el trabajo de Bosch cobra una vital importancia no solamente para la historiografía latinoamericana como un “clásico” del pasado, sino que su actualidad y vigencia, conllevan a pensar críticamente el Caribe en la correlación de fuerzas desarrollada en la actual crisis del capitalismo neoliberal. Esto permite reconocer las condiciones del campo de batalla, la magnitud

de las fuerzas políticas en disputa, y principalmente la centralidad del dominio de la unidad territorial, no solamente por parte de las fuerzas externas, sino como dimensión que puede ser intervenida e instrumentalizada en la formulación de alternativas, es decir, como unidad territorial propiamente caribeña que actuó como fuerza contrahegemónicas al orden territorial que los Estados Unidos han establecido en la región.

Bibliografía

- Arrighi, G. (2014). *El largo siglo XX*, (2ª ed.). Madrid: Akal.
- Bagú, S. (1992). *Economía de la sociedad colonial: ensayo de historia comparada de América Latina*. México: Grijalbo.
- Barrios, D., Ceceña, A., Inclán, D. y Yedra, R. (2010). *Umbral de la geopolítica mundial. El Gran Caribe*. Quito: Observatorio Latinoamericano de Geopolítica.
- Bosch, J. (2009a). *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. México: H. Cámara de Diputados, LX Legislatura, Embajada de la Republica Dominicana en México, Miguel Ángel Porrúa.
- _____ (2009b). *El pentagonismo sustituto del imperialismo*. México: H. Cámara de Diputados, LX Legislatura, Embajada de la Republica Dominicana en México, Miguel Ángel Porrúa.
- Bosch, M. y Lora, Q. (2016). Presentación en M. Bosch y Q. Lora (coords.), *Antología del pensamiento crítico dominicano contemporáneo*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 11-26.
- Braudel, F. (1986). *La dinámica del capitalismo*. México: FCE.
- Carchanholo, M. (2016). La teoría marxista de la dependencia en P. Olave (coord.), *A 40 años de dialéctica de la dependencia*. México: UNAM-IIEc, pp. 221-245.
- Ceceña, A. (2014). La dominación de espectro completo sobre América. *Revista de Estudios y Pesquisas sobre as Américas*, 8(2), 124-139.

Cueva, A. (1994). *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, 2ª ed. México: Siglo XXI.

Dussel, E. (1985). *La producción teórica de Marx: un comentario a los Grundrisse*. México: Siglo XXI.

_____ (2007). *Política de la liberación. Historia mundial y crítica*. España: Trotta.

_____ (2014). *16 tesis de economía política. Interpretación filosófica*. México: Siglo XXI.

Echeverría, B. (2008). La modernidad americana (claves para su comprensión) en Bolívar Echeverría (comp.), *La americanización de la modernidad*. México: UNAM-CIAN-Era, pp. 17-49.

Gandarilla, J. (2003). *Globalización, totalidad e historia. Ensayos de interpretación crítica*. Argentina: Herramienta.

Geztambide, A. (2006). La invención del Caribe a partir de 1898 (las definiciones del Caribe, revisitadas). *Jangwa Pana*, (5), 1-23.

González, P. (1979). *Imperialismo y liberación. Una introducción a la historia contemporánea de América Latina*, 2ª ed. México: Siglo XXI.

Grünner, E. (2020). Estudio preliminar. Haití, un lugar en la historia en G. Pierre-Charles, *Haití: pese a todo, la utopía*. Buenos Aires: CLACSO.

Halperin, T. (1987). *Historia contemporánea de América Latina*. México: Alianza Editorial.

Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.

Hobsbawm, E. (2013). *La era del imperio, 1875-1914*, (5ª ed.). Barcelona: Crítica.

León, E. (2011). Geopolítica de la lucha de clases: una perspectiva desde la reproducción social de Marx. *Revista Geográfica de América Central*, 2, julio-diciembre, pp. 1-18.

_____ (2016). Territorios y territorialidades en disputa: naturaleza, soberanías y autarquía material, en M. Navarro y D. Fini (coords.), *Despojo capitalista y luchas comunitarias en defensa de la vida en México –claves desde la ecología política–*. México: BUAP-ICSYH, pp. 71-91.

_____ (2017). Espacio histórico y praxis espacial en América Latina: inflexiones en el campo de disputa geopolítica entre clases sociales, en E. León (coord.), *Praxis espacial en América Latina. Lo geopolítico puesto en cuestión*. México: Itaca-UNAM, pp. 99-126.

Maríñez, P. (2009). Introducción en J. Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, pp. 5-58. México: H. Cámara de diputados, LX Legislatura- Embajada de la Republica Dominicana en México- Miguel Ángel Porrúa.

Mançano, B. (2011). Territorio, teoría y política en G. Calderón y E. León (coords.), *Descubriendo la espacialidad social desde América Latina*. México: Itaca, pp. 21-51.

Marx, K. (1971). *El Capital*. Libro 1 Capítulo VI (inédito). México: Siglo XXI.

_____ (1988). *El Capital*. El proceso de producción del capital. Tomo 1/ vol.3 (2ª ed.). México: Siglo XXI.

Mintz, S. (1996). *Dulzura y poder: el lugar del azúcar en la historia moderna*. México: Siglo XXI.

Meyer, L. y Vázquez, J. (2001). *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000*, (4ª ed.). México: FCE.

Ortega, J. (2014). El Caribe como síntesis de la modernidad, en J. Gandarilla (coord.), *América y el Caribe en el cruce de la modernidad y la colonialidad*. México: UNAM-CEIICH, pp. 119-142.

Ortiz, F. (1973). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Barcelona: Ariel.

Pierre, G. y Piqueras, J. (2018). Presencia y dominio del capital norteamericano en el Caribe y América Central en J. Piqueras y G. Pierre (coords.), *La irrupción del imperio. El Caribe y América Central bajo el dominio del capital norteamericano (1898-1940)*. México: Akal, pp. 5-12.

Pierre-Charles, G. (1981). *El Caribe contemporáneo*. México: Siglo XXI.

Piqueras, J. (2018). El nacimiento del imperio norteamericano: Capitales e intereses estratégicos en la creación de una esfera de influencia en el trópico en J. Piqueras y G. Pierre (coords.), *La irrupción del imperio. El*

Caribe y América Central bajo el dominio del capital norteamericano (1898-1940). México: Akal, pp. 237-278.

Porto-Gonçalves, C. (2009). De saberes y territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latinoamericana. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, 8(22), 121-136.

Trouilliot, M. (2011). Moderno de otro modo. Lecciones caribeñas desde el lugar del Salvaje. *Tabula Rasa*, (14), pp. 79-97.

Wallerstein, I. (2006). *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. México: Siglo XXI.

_____ (2011a). *El moderno sistema mundial*. T I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI (3ª ed.). México: Siglo XXI.

_____ (2011b). *El moderno sistema mundial*. T III. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista 1730-1850 (2ª ed.). México: Siglo XXI.

Williams, E. (2011). *Capitalismo y esclavitud*. Madrid: Traficante de sueños.

**Aproximaciones teóricas
a las obras de Juan Bosch
y Eric Williams**

Juan Bosch y Eric Williams. Trascendencia epistémica de sus historias

Felix Valdés García

Doce impactos de bala en su cuerpo; la camisa blanca encharcada en sangre; un tiro de remate en la cabeza y un ojo extraído, tal vez como prueba del asesinato. Esa fue la noticia de estos días de inicio de julio, mientras adecuó el presente texto sobre Juan Bosch y Eric Williams. Se trata del magnicidio de Jovenel Moïse, presidente de Haití, con la implicación de contratados extranjeros en un país donde la inestabilidad, la crisis, el vacío de poderes, las muertes por decenas a diario, el acumulado de herencias de desestructuración, no era noticia frecuente en los grandes medios. Hoy se quiere explicar, unos mal-diciendo lo sucedido en este país “centroamericano”, otros aludiendo como dato infalible que se trata “del país más pobre del hemisferio”. En la vecina Cuba la pandemia del Coronavirus hace de las suyas, crecen las cifras de contagio, aumenta el desconcierto, se agudiza la situación económica, se carece de lo elemental, mientras se estimula la desesperanza y se manipulan los sentimientos. Todo se une y muchos se aprovechan para perturbar, algunos para solicitar la intervención de Estados Unidos en los destinos de la isla. Una vez más, el Caribe es frontera ardiente; y la Florida, como espada que penetra en el Mar Caribe, pretende regir la política exterior estadounidense.

Las Antillas se hacen escenario definitivo, de nuevo, del equilibrio hemisférico.

La convocatoria al concurso “Pensar el Caribe desde Juan Bosch y Eric Williams: A 50 años de *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*” motivó a la reflexión sobre estos intelectuales y políticos, para quienes el estudio del pasado era imprescindible en el presente y para el futuro. Ambos inscribieron los modos de hacerlo y a ello queremos referirnos en la presente reflexión, pues no basta con reconocer que fueron, no solo intelectuales de una importante obra teórico-literaria, sino activos sujetos de la historia política de la segunda mitad del siglo XX y agudos críticos del acumulado de explotación, de crueldad, de tropelías inhumanas en este suelo, muchas veces silenciado y ocultado por la mirada dominante. Pero, ambos comparten la condición de ser ciudadanos que vienen del Sur a un mundo académico dominado por el Norte, que los aparta, les quita la posibilidad de ser estudiados en los sistemas de enseñanza, no forman parte de debates que les inquietara, ni tampoco su obra recibe una difusión extendida.

Juan Bosch fue un activo luchador político contra la dictadura de Trujillo, presidente electo de la República Dominicana en 1962, cargo que asumió por un breve período en 1963, y fue además un notable cuentista, ensayista, novelista, narrador, historiador, educador y estudioso de la obra de E. M. de Hostos y del acervo crítico insular. Referir cada uno de sus textos provocaría una agotadora lista. Mientras tanto, Eric Williams, al igual que Bosch, le dedicó la última parte de su vida a la política, destacándose en el proceso de independencia de Trinidad y Tobago de la corona británica, en la creación de la Federación de las Indias Occidentales y fue el primero en ocupar el puesto de primer ministro de Trinidad y Tobago (1962-1981), convirtiéndose en líder indiscutible del joven Estado-nación antillano y del Caribe anglófono. Williams fue conocido popularmente como el “doctor”, o el “segundo hombre más inteligente del mundo”, entre otras denominaciones. No obstante, anterior a su destacada vida política al frente del Estado por un cuarto de siglo, fue un notable historiador, un acucioso investigador, pendiente de sus publicaciones, de la labor

académica en otras partes, y pupilo inigualable de C. L. R. James. Con él fue a Francia para investigar sobre Toussaint Louverture, convivió en su casa en Londres, y juntos decidieron aquello que consideraron pendiente: si su maestro se había encargado de la base económica de la emancipación de la esclavitud en Haití, y por extensión en el Caribe francófono, el joven Eric indagaría el fundamento económico de la esclavitud en el Caribe anglófono para su tesis doctoral y así contrastaría lo establecido por los académicos de Oxford. Esto fue atreverse demasiado y enfrentarse no solo a las normas del gremio inglés, sino transgredir el saber establecido, la dominante idea de la generosidad británica y del movimiento abolicionista. Tras terminar en Oxford, Williams fue a la Universidad de Howard, Estados Unidos, y desde allí publicó dos textos que marcaron su vida académica: *El negro en el Caribe* (1942)¹ y *Capitalismo y esclavitud* (1944)², además de decenas de artículos en revistas y medios académicos, pretendiendo siempre estar al tanto de los incipientes estudios caribeños.

La producción intelectual y teórico-crítica de Bosch y de Williams es de gran importancia, pero nuestro énfasis no estará en listarla, sino en destacar la necesidad de reconocerles su capacidad para cuestionar el saber tradicional occidental, ese del cual hoy tanto se discute en los medios académicos promovido fundamentalmente por la perspectiva decolonial, el pensamiento situado, la filosofía de la liberación latinoamericana, el marxismo (tal vez “tercermundista”) y

¹ *The Negro in the Caribbean* fue el título del libro, publicado por primera vez en 1942 por *The Associates in Negro Folk Education* (ANFE) en Estados Unidos, con prólogo del filósofo Alain Locke, encargado de ediciones de esta asociación y conocido de Williams. Fue escrito tras la visita de Williams a las islas hispanas dos años antes, en 1940, tiempo en el que se relacionara con estudiosos de la región y con la realidad de estos otros espacios insulares que diferían del ya estudiado exhaustivamente por él para su investigación en la universidad británica de Oxford, tesis defendida en 1938. No se conocen traducciones anteriores a la edición castellana realizada por el Fondo Editorial de Casa de las Américas (2011), con traducción de Samuel Furé Davis, titulada *El negro en el Caribe y otros textos* (La Habana: Casa de las Américas, 2011, pp. 3-108).

² Eric Williams. *Capitalismo y esclavitud*, editado como *Capitalism and Slavery*, por la University of North Caroline, en 1944. La primera edición cubana fue realizada en La Habana por la editorial de Ciencias Sociales en 1975.

otras denominaciones del pensamiento crítico contemporáneo de Nuestra América. Bosch y Williams fueron dos críticos señeros de la visión moderno ilustrada y de las representaciones tradicionales de la narrativa histórica. Una muestra son sus dos volúmenes sobre la historia del Caribe donde hay otro modo de narrar y de enfocar el pasado insular. En ellas se aprecia este desafío o rupturas epistémicas, el sostener otros presupuestos y modos de estudiar, de contar desde el ‘aquí y el ahora’ insular, lo cual garantiza nuevas condiciones de posibilidad para aprehender el pasado y presente de la región.

En estas notas pretendemos apuntar a dos cosas. La primera, al desafío, la ruptura, la trascendencia epistémica de sus estudios, la creación y validez de sus conceptos y categorías para la investigación y el conocimiento de la región insular, su impugnación a las narrativas tradicionales; en segundo lugar, y en relación con lo anterior, cómo forjaron dos modos de definir a la región Caribe. Nos limitaremos sobre todo a esos dos volúmenes del ámbito disciplinar de la historia y en particular sobre la historia del Caribe que vieron la luz, no como acto espontáneo, sino como salida práctica y como resultado final de su dedicación. Estos son, *De Colón a Castro: La historia del Caribe, 1492-1969*³, de Eric Williams, y de Juan Bosch, su libro *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, con títulos cercanos y también –como barrunto y casualidad, también de la historia–, publicados en el mismo año de 1970 sin que mediaran intercambios entre uno y otro en torno a su redacción y publicación o posterior a ello.

Williams se dedicó profesionalmente a la historia. En 1935 terminó en Oxford su carrera y en 1938 presentó su tesis doctoral “Aspectos económicos de la abolición de la trata de esclavos y de la esclavitud de las Indias Occidentales” (“*The Economic Aspects of the Abolition of the Slave Trade and West Indian Slavery*”), dirigida por el profesor Vincent Harlow, con quien mantuvo una relación amablemente

³ Eric Williams. *De Colón a Castro: La historia del Caribe. 1492-1969*, (1970). México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2009.

tensa, pues el entrenado por James quería hacer valer el papel de lo económico, mientras su joven orientador le insistía en “la técnica de la investigación histórica” que va más allá de los juicios formados, de las hipótesis que se quieren mostrar. Los datos son como piezas que se ponen “en el microscopio” –le decía–, y hablan por sí mismos, mientras Williams se mostraba “engreído” y se precipitaba en sus conclusiones, en lugar de trabajar con “más cautela”, a pesar de redactar muy bien. De no ajustarse a la “norma”, en apariencias inocua, podría hacer “historia no válida” y no alcanzar su grado de doctor en Filosofía. Williams atenuó su trabajo, supo lidiar con la corriente contraria, con los apologistas imperiales como era el caso del profesor Reginald Coupland quien defendía la buena voluntad, la “tradición humanitaria”, el humanitarismo como la base del movimiento abolicionista inglés.⁴ A los 27 años y seguido del impacto de la publicación de *Los jacobinos negros*, por James unos meses antes, Williams disintió del “sentimentalismo vanidoso”, característico de la investigación académica de Oxford, como dijera James, y con el apoyo fundamental de un indisciplinado o “mentor” ajeno a la academia emprendía una visión que hacía pensar al propio Coupland de sus conclusiones tomadas como la verdadera historia y la voz autorizada en el conocimiento sobre las colonias. Con ese convencimiento, Williams trabajó años después sobre el texto, lo limpió y alistó, “una tarea para la que se quitó los guantes”, y según le fue contando a Fernando Ortiz en cartas cruzadas, lo tuvo listo y publicó en 1944 como *Capitalismo y esclavitud*, ya siendo un destacado académico en Howard, Washington D.C.

Para Williams, según lo argumenta aquí mejor, la esclavitud negro-africana en las islas y en América es un fenómeno económico y constituía uno de los pilares principales del auge y la opulencia lucida por el capitalismo industrial inglés y uno de los sostenes de

⁴ Datos tomados del texto de Humberto García Muñiz, “Eric Williams y C.L.R. James: simbiosis intelectual y contrapunteo ideológico”, publicado como epílogo en *El negro en el Caribe y otros textos*, de Eric Williams.

la revolución industrial inglesa. Según él, ciudades como Bristol, Liverpool y Glasgow, fueron hechas con los dividendos del negocio de la trata. Y el comercio triangular –con la colonia en el centro–, por medio del intercambio de esclavos y de azúcar, de productos tropicales y manufacturados en la metrópolis, hizo que estos puertos y ciudades fueran lugares donde cada ladrillo y edificación fueran amalgamados con sangre esclava. Desde mediados del siglo XVIII, ante el horror de la trata, la venta de esclavos en plazas públicas, los crímenes, surgieron denuncias en la literatura, la poesía, el teatro y todo el ambiente londinense que dramatizaba las historias de estas empresas, no obstante permanecer intacto el orden vigente. Entre tantos detalles, Williams recuerda el caso del buque Zong, el cual, estando a la deriva en el océano, escaso de agua, su capitán decidió lanzar por la borda su carga compuesta por 132 seres humanos. Él sabía que se le retribuiría, pues al alegar la pérdida de los esclavos, contemplada en la cláusula de la póliza de seguro que preveían los riesgos del mar, sería indemnizado.

Williams echó por tierra y puso en el ruedo crítico muchas de las verdades de la ciencia británica de esos años compartida por sus profesores. Toda la argumentación expuesta en *Capitalismo y esclavitud* las desarrolla calmadamente en su texto más amplio de historia del Caribe. Y a partir de su estudio la esclavitud es diseccionada con otros ojos, los mismos de aquellos críticos insulares del fenómeno histórico. Con su exposición reveló detalles de la crueldad, del mecanismo económico, político e ideológico impuesto. En La Habana debatió con Fernando Ortiz y con este argumentó la falsedad de la expandida idea de la utilidad del africano subsahariano para el trabajo como esclavo por su adaptabilidad a las condiciones tórridas de las plantaciones insulares y americanas. No era por razones de resistencia física, corporal a las condiciones del clima, sino de la baratura; era por razones económicas y desde el presupuesto de la superioridad del hombre europeo sobre el africano esclavizable de tez oscura o “negra”, una abstracción construida, a partir del mecanismo puesto en marcha que deshizo la diversidad biológica y cultural,

y que se alzó con el apelativo homogeneizante de ‘negro’, un genérico peyorativo, aplicado tan solo al subir a los buques-celda tanta diversidad humana y emprender viaje a través del Atlántico.

Juan Bosch, con la urgencia de otras circunstancias y desde el ritmo puesto a sus días de frustrada gestión presidencial perpetrada por el gobierno de los Estados Unidos, escribió en tan solo 18 meses una historia no pensada para eruditos y dirigida “al gran público”, redactada desde la ciudad de Benidorm en tiempos álgidos del franquismo español. Para Bosch, su marcado propósito era hacer funcionar su idea concepto de “el Caribe como frontera imperial”, en el cual nos detendremos.

Para la historia, más allá de los datos y el archivo, de las “piezas puestas en el microscopio”, son también fundamentales las ideas rectoras, los conceptos, los puntos de partida, mientras las fuentes documentales a solas y la metodología tradicional de la ciencia de la historia, no son criterio único e infalible, ni apto para aprehenderlo todo, ni tampoco para lograr con ello “una ciencia”, parecida a las experimentales. Por ello, el intelectual dominicano, tal y como lo hiciera su par trinitaño, trascendió la norma e intentó distinguir esa condición antillana de constituir una frontera en Nuestra América, la frontera de los imperios coloniales europeos desde 1492 en ese juego de la geopolítica, escenario de todos los acontecimientos en la región y de sus días. Esta condición –considera Bosch–, ha marcado el devenir, el ser y la existencia caribeña. “Frontera imperial” fue para Bosch una de esas abstracciones establecidas que le permitirían leer la historia y trascender los hechos factuales, para así subvertir e ir a lo no visibilizado de la realidad; para comprender el lugar de la región en el tiempo.

Bosch fue al pasado con toda la intención de introducir una pauta, un concepto de partida, un modelo de análisis que le permitiera valorar e instaurar una interpretación de su devenir y de su actualidad. Su objetivo fue subvertir, advertir y hacer variar las premisas de lectura del pasado y las implicaciones geopolíticas del presente.

Las tradicionales referencias a fuentes y a datos “para eruditos” no son mérito de su texto, por lo cual los historiadores de oficio, quienes demandan la recta metodología y la exposición técnica, le han increpado el modo de exponer en su texto, cuestionándole justamente lo que fue propósito, lectura para gran público, a diferencia de la de Williams que es de “mayor calidad académica”.⁵ No obstante, es el principio, es el punto de partida, es el concepto con el cual descubre una realidad ávida de ser revelada, siempre apaleada y subalteralizada. Este fue el interés del autor, independientemente de haber consultado cientos de documentos que avalen el texto, tal y como se descubre en el libro de Eric Williams. El libro de Bosch, estructurado en veintiséis capítulos, revela un pasado, como describe Nancy Morejón: “cruel e implacable cuya historia oficial es desenmascarada [...] con una erudición y una moral aplastantes”.⁶

Según palabras del propio autor: “El Caribe está entre los lugares de la tierra que han sido destinados por su posición geográfica y su naturaleza privilegiada para ser fronteras de dos o más imperios. Ese destino lo ha hecho objeto de la codicia de los poderes más grandes de Occidente y teatro de la violencia desatada entre ellos”. Desde este esquema refiere la historia para leer la actualidad: “la historia del Caribe es la historia de las luchas de los imperios contra los pueblos de la región para arrebatarles sus ricas tierras; es también la historia de las luchas de los imperios, unos contra otros, para arrebatar porciones de lo que cada uno de ellos había conquistado; y es

⁵ El historiador cubano Sergio Guerra Vilaboy ha señalado que, amén de su mérito de hacer contar la historia del Caribe como la historia del enfrentamiento permanente de sus pueblos contra la injerencia y apetitos de los grandes imperios (que en sus días ha alcanzado sus peores momentos con la intervención en República Dominicana), se puede apreciar “cierto descuido metodológico” notable en la “ausencia del aparato crítico, el limitado uso de la bibliografía, la falta de fuentes primarias y cierta tendencia a acomodar algunos hechos históricos a su interpretación” (“A manera de prólogo”, en Juan Bosch, pp. VII-IX).

⁶ Nancy Morejón: “Juan Bosch y el Caribe”, palabras de presentación del volumen *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, en la XIII Feria Internacional del Libro de La Habana, 2004.

por último la historia de los pueblos del Caribe para libertarse de sus amos imperiales”.

Bosch advierte que “si no se estudia la historia del Caribe a partir de este criterio no será fácil comprender por qué ese mar americano ha tenido y tiene tanta importancia en el juego de la política mundial; por qué en esa región no ha habido paz durante siglos y por qué no va a haberla mientras no desaparezcan las condiciones que han provocado el desasosiego”.⁷

De tal modo, el autor avanza desde el origen de una frontera de cinco siglos, desde sus primeros años, describiendo el arrebato de la conquista; las sublevaciones y enfrentamientos; las formas de resistencia al poder por medio del contrabando, los filibusteros, la piratería; la ampliación de la frontera con la entrada en escena de Inglaterra, Francia y Holanda fundamentalmente; hasta pasar por las revoluciones y su proyección en el Caribe, y la constitución de Haití como república. Luego, tras la independencia de España, viene el siglo del imperio estadounidense y los años de las balas y los dólares, hasta la nueva etapa que significó el triunfo de la Revolución Cubana. “El primero de los imperios que entró en el Caribe fue España, así se tratara de un imperio a medias; el último fueron los Estados Unidos”, afirma Bosch, pues el 28 de abril de 1965 había llegado la última expedición militar extranjera, la estadounidense, que desembarcó en Santo Domingo.⁸

El tema de la frontera fue desarrollado con anterioridad por otros autores, como el intelectual cubano Jorge Mañach,⁹ quien de visita en la Universidad de Puerto Rico ofreciera un curso que se vio afectado por su enfermedad y muerte en 1961. Sus apuntes y proyecto fueron recogidos luego bajo el título *Teoría de la frontera*. Este pensador apunta a una pauta sensible en la historia caribeña: la geopolítica, la condición de la región de ser espacio límite, borde de la “seguridad

⁷ Juan Bosch. *De Cristóbal Colón a Fidel Castro...*, p. 4.

⁸ *Ibidem*, p. 21.

⁹ Jorge Mañach: *Teoría de la frontera*. Introducción de Concha Meléndez. Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, Puerto Rico, 1970.

nacional estadounidense” y estímulo de apetito imperial –aspecto que ya Martí y Hostos habían señalado desde finales del siglo anterior, cuando la región se veía como el fiel de la balanza, la garantía del equilibrio, la barrera que impidiera a tiempo, como le escribiera Martí a Manuel Mercado, que “con la independencia de Cuba [...] se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”–.¹⁰ En la historiografía cubana que conociera al detalle Bosch en sus dos décadas de vida en Cuba, esta perspectiva fue un tema central.

Pero los recursos teóricos no son ingenuos. Los conceptos trascienden el marco disciplinar. La lectura de Bosch de la historia regional, además de ser un concepto de la historia, del aguzado punto de vista geopolítico, de la condición del Caribe de ser frontera sur del imperio del siglo XX, se convierte en recurso de análisis, en perspectiva reflexiva, en herramienta conceptual, no solo de la disciplina de la historia, para ser punto de vista con implicaciones epistémicas y teóricas, es decir, un fundamento para comprender la realidad regional. Con toda intención Bosch quiso introducir una pauta, un concepto de partida, un modelo que permite valorarla y con el cual instaurar una interpretación de su devenir y de su actualidad. Su objetivo fue subvertir, advertir y hacer variar los presupuestos para leer el pasado y las implicaciones geopolíticas del presente.

En este caso, la historia fue para Bosch su sustancia principal. La recorrió desde la conquista “por parte de los muchos imperios que han caído sobre él” y que generara la casi total desaparición de los indígenas en la región y la desaparición total de ellos en las islas, causando las naturales sublevaciones de unos pueblos que se negaban a ser esclavizados y exterminados por extraños, hasta “la llegada a la fuerza y la subsiguiente expansión demográfica de los negros africanos, conducidos al Caribe en condición de esclavos, y causó sus terribles y justas rebeliones, que produjeron inmensas pérdidas de vidas y bienes”. Para el intelectual y político dominicano, las actividades

¹⁰ José Martí, “Carta a Manuel Mercado”. José Martí. *Obras completas*, t. 20, pp. 161-164.

de los imperios han provocado guerras civiles y revoluciones que han trastornado el desarrollo natural de los países del Caribe y ese trastorno ha impedido su progreso económico, social y político.

De una historia narrada al detalle refiere el siglo XX, cuando los Estados Unidos constituyeron el último de los imperios que se lanzara a la conquista del Caribe, “a pesar de que sus antecesores les llevaban varios siglos de ventaja en esa tarea” y que posean total o parcialmente islas y territorios que fueron españoles, daneses o colombianos. “Hasta en la Cuba comunista mantienen la base naval y militar de Guantánamo”, señala Bosch.

Según Humberto García Muñiz, a ambos intelectuales les conturbó la fragmentación del espacio caribeño, subyace el tema de la identidad, las posibilidades de integración, para lo cual Williams fue un demiurgo.¹¹ Y en medio de todo, el espacio físico, la geopolítica de una historia que arrancaba traumáticamente a partir de 1492 y llegaba hasta la derrota en Playa Girón de la invasión alentada y respaldada por el gobierno de los Estados Unidos, o los complejos días de sacudida de su gobierno a inicios de 1970 en las calles de Port of Spain.

¿Hasta dónde se extiende, que es eso que denominamos Caribe? ¿Es solo el espacio insular? Eric Williams se hace de una mirada que lo identifica en una posición. Para él, el Caribe abarca al espacio insular, la región etno-histórica sinónimo de las Antillas o de las *West Indies* en la tradición inicial hispana y anglófona, más las posesiones metropolitanas del continente, las Guayanas Guayanas (hoy Guyana, Guayana Francesa y Surinam) y a la Honduras Británica (hoy Belice) “porque son similares en su economía al igual que en el carácter racial de su población”.¹² Mientras tanto, para Juan Bosch, el Caribe es ese Gran Caribe que coincide con la mirada estadounidense de la región, posterior a 1898, la cual se consolida a mediados del siglo XX

¹¹ Humberto García Muñiz. “Pensar la historia, hacer la política: El proyecto pancaribe de Eric Williams”, introducción a la edición castellana de *De Colón a Castro...*, pp. 11-94.

¹² Eric Williams. *The Negro in the Caribbean*. Brooklyn, A&B Publishers, [1942] 1994, p. 1

que incluye a las islas y las áreas continentales que las bordean, objeto de reflexión teórica y política en la visión de Estados Unidos.

García Muñiz¹³ describe cómo se fue conformando la idea de Caribe en Eric Williams, rastreada por él al estudiar el proyecto de integración caribeña del estadista trinitense y ello surge a partir de la participación de Williams, estando en Estados Unidos en la década de 1940, desde el comienzo en la Comisión Anglo Americana del Caribe. Su concepción estaba dirigida a influir en los políticos y funcionarios gubernamentales, en los *decision makers*, pero a su vez su definición fue aceptada y utilizada por el antropólogo Sydney W. Mintz, el historiador galés-caribeño Gordon K. Lewis, autor de *Main Currents of Caribbean Thought: The Historical Evolution of Caribbean Society in its Ideological Aspects, 1492-1900*, y por Frank Moya Pons en su libro *Historia del Caribe: azúcar y plantaciones en el mundo atlántico*.

Por su parte, Juan Bosch, en su libro *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, define los límites a los que se refiere y excluye a Bahamas, territorio que, si bien fue el primero con que se topa el colonizador, siempre fue abandonado y apartado de la constelación caribeña. Bosch define que “las tierras del Caribe son, pues, las islas antillanas que van en forma de cadena desde el canal de Yucatán hasta el golfo de Paria; la tierra continental de Venezuela, Colombia, Panamá y Costa Rica, la de Nicaragua, Honduras, Guatemala, Belice y Yucatán, y todas las islas, los islotes y los cayos comprendidos dentro de esos límites”.¹⁴ La delimitación del intelectual y político dominicano coincide con la mirada de la región posterior al 98, consolidada desde mediados del siglo XX, y que fue objeto de reflexión teórica y política en la tradición estadounidense. Para Bosch, el Caribe es el Gran Caribe.

¹³ Humberto García Muñiz. “Introducción” a *De Colón a Castro*.

¹⁴ Juan Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, p. 23. García Muñiz destaca la coincidencia de dos jefes de Estado de dos islas de la región, quienes publican en el mismo año dos historias –la una reducida al Caribe insular y la otra al Gran Caribe– sin que entre ambas, como tampoco entre sus autores, haya habido relación previa o posterior.

Ambos autores trascendieron los límites disciplinares, los subvertieron, se atrevieron a establecer pautas diferentes para el estudio. En la trascendencia teórica-epistémica de sus tesis, avalado por su acción, por el encomio de responder a problemas prácticos, radica gran parte de su mérito. De ello hemos querido dar fe, porque merece ser revelado el modo en que tanto Williams como Bosch quebrantaron las premisas tradicionales de la “ciencia” de la historia, las formas de narrar su pasado y expusieron nociones, conceptos, o como decía la profesora Nara Araujo en sus clases sobre el Caribe, crearon “modelos teóricos” que dan la posibilidad de aprehender esta realidad de cinco siglos. Estamos convencidos que de sus textos importa tanto el dato inequívoco como las abstracciones, los esquemas, los puntos de partida, los conceptos o categorías que se levantaron sobre el hecho individual para formar una visión más amplia, para renovar la representación general en pos del presente y el futuro.

Lloyd Best, Norman Girvan, Roberto Fernández Retamar, Sylvia Wynter y tantos otros estudiosos de las generaciones siguientes de la región han hecho evidente que la realidad caribeña es nueva, única y diferente, y “es una región de excepcionalismos históricos”, en la cual las historias contadas deben ser subvertidas, a partir de otros posicionamientos, desde otros presupuestos y otra intención, pues la realidad no se acomoda a las narrativas ajenas, contadas por los centros de poder y la historiografía de los vencedores, como tampoco los conceptos y perspectivas sobre las cuales se había construido la imagen del mundo, desentierra esta “realidad insular” con un pasado sumergido en las profundidades del mar, deshilachado por el colonialismo y el capitalismo, donde “la unidad es submarina” y “el mar es historia” como más tarde afirmaran Kamau Brathwaite, Edouard Glissant y Derek Walkott.

Para Bosch y Williams, la historia que pretendían dejar escrita estaba traspasada por la misma preocupación de construir una visión propia del pasado a partir de presupuestos y esquemas fiables. Su mirada hacía girar el punto de enunciación desde el cual se expone el conocimiento y las perspectivas del futuro de la región. Su sitio y

fuentes de información, el material historiográfico estaba en este espacio y con ello ampliaron y cuestionaron las verdades establecidas como lápidas marmóreas forjadas por la ciencia de la historia, sin importarles contradecir a maestros y autoridades de la academia, estimulando así repensar, volver a narrar al Caribe, conquistado y convertido en un escenario de debates armados metropolitanos, en frontera imperial, baluarte del capitalismo mercantil, atrapado en batallas con consecuencias en ambos lados de la contienda.

Europa llegó en 1492, reveló su apetito imperial, sobrevinieron los repartimientos, las encomiendas, la sed de oro y el avasallamiento, las tropelías inhumanas. Behiques y cemíes, fantasmas canibalescos, vieron llegar el horroroso negocio de la trata y la esclavización, la plantación que llenó de dolor, de pústulas y niguas a los esclavizados africanos y de riquezas a Inglaterra, Francia, Holanda, a la España que no supo contenerlas. Al armonioso areito se le sumó el estridente ritmo del tambor que también sonó en noches de miedo y de arrojo. Nacieron sociedades criollas, transculturales, atravesadas por el ejercicio sistemático del poder y la violencia física, simbólica e ideológica y se forjaron mundos diversos y únicos, como una difractada región que comparte historias, similitudes y huellas “de lava, tormentas, terremotos, coral, y las memorias de Atlantis, Atahualpa y Ashanti”, como dice Kamau Brathwaite. Las Antillas y sus extensiones continentales han sido escenario de cimarronaje y plantación, de azúcar y exilio, de cricket, baseball y limbo, de ritmo y sumersión, de mestizaje y de mimesis, de enajenación, pero también de rebeldía y de las revoluciones más estremecedoras del hemisferio y de todo este espacio que se denomina Occidente, no importa la pretensión impuesta de silenciamiento. Por ahí está la marca de nuestro onto y nuestro logos, histórico y concreto, el cual no es condición consumada y cuajada, sino proceso en marcha, que exige de su expresión conceptual, categorial propia, como espejo en el cual este mundo se redescubrirá. A ello contribuyeron Eric Williams y Juan Bosch.

Conocer el Caribe: el proyecto teórico-político de Eric Williams¹

Daniel Montañez Pico

Introducción

El intelectual y político trinitense Eric Williams, uno de los más grandes pancaribeñistas de la historia, se dedicó en cuerpo y alma toda su vida a conocer y transformar el Caribe. Interpretó y descolonizó elocuentemente la historia de su región, afectando a su vez de forma importante a la interpretación de la propia historia universal de la humanidad. Para hacerlo, contó con el inestimable apoyo e influencia de las redes de intelectuales panafricanistas del período de entreguerras, momento en el que compatriotas suyos como C. L. R. James y George Padmore se encontraban descolonizando el marxismo en la teoría y la práctica desde su militancia en Inglaterra. Este vínculo fue fundamental para el desarrollo de su tesis doctoral en la Universidad de Oxford, la cual se terminaría convirtiendo en su obra más famosa,

¹ Este texto es una adaptación de un epígrafe del capítulo dedicado a la figura de Eric Williams en el libro *Marxismo negro: pensamiento descolonizador del Caribe anglófono*, 2020, México: Akal, pp. 227-243. Agradezco a la editorial Akal el permiso para su reproducción en esta obra colectiva.

Capitalismo y esclavitud (1994), en donde demostraba la importancia que tuvo el esclavismo atlántico en el desarrollo de la Revolución Industrial en Inglaterra.

Sin embargo, su posición política, más moderada que la de sus colegas marxistas panafricanistas, le llevó a impulsar un proyecto nacional-populista en Trinidad y Tobago, que terminó conduciendo al país a su independencia (1962) y a su figura a ser el primer presidente del país hasta su fallecimiento (1981). En este cargo puso en práctica políticas de desarrollo más cercanas al modelo liberal de “sociedad dual” expuesto por economistas como Arthur Lewis. Esta tendencia no le impidió mantener contactos fructíferos con experiencias más radicales, como fue el caso de la Revolución Cubana, la cual consideró, pese a realizar algunas críticas, que avanzaba en buena dirección hacia el proyecto de emancipación y descolonización de las estructuras productivas y sociales del Caribe.

En este texto repasaremos la producción teórico-política de Eric Williams después de la elaboración de su tesis doctoral y su más conocida obra *Capitalismo y esclavitud*, adentrándonos en el análisis de publicaciones y debates menos conocidos en nuestro contexto de habla hispana.

Conocer el Caribe

Al no encontrar, en gran medida, a causa del racismo, caminos claros de desarrollo profesional en Inglaterra una vez terminado el doctorado, Eric Williams decidió emigrar a Estados Unidos en 1939, donde conseguiría trabajo como profesor en la Universidad “negra” de Howard en Washington DC. Aquí dio un giro a su agenda de investigación radicándola en el estudio social contemporáneo de su región natal, el Caribe. De esta forma, a la par que impartía clases, emprendió una serie de viajes que le llevarían a visitar varias islas y a conocer a varios de los científicos sociales caribeños más importantes de su tiempo. El resultado de esta iniciativa tomó una primera

forma en la publicación en 1942 de *El negro en el Caribe*, pequeña y magistral obra de marcado carácter pedagógico sobre la realidad de la población negra en la región. Fruto de la popularidad de este trabajo fue invitado a formar parte en 1943 del equipo de la recién creada Comisión Angloamericana para el Caribe, organización de marcado carácter colonial formada para el estudio e implementación de planes sociales de desarrollo en una región donde Gran Bretaña y Estados Unidos tenían importantes intereses económicos y geopolíticos. En 1946 la organización pasó a llamarse simplemente Comisión del Caribe e incluyó a otros países con intereses en la región como Francia y Holanda, creando su cuartel general en Puerto España, Trinidad. Williams desempeñó varias funciones en esta institución hasta que en 1955 fue expulsado por un largo historial de desavenencias generadas por su enfoque nacionalista frente al enfoque colonial de la institución.

Como él mismo reconoce en varios escritos, esta etapa americana sería la que más trabajaría de toda su vida, combinando el trabajo académico e institucional con multitud de viajes por todo el Caribe. También fue un período muy prolífico, donde podríamos destacar, además de la ya mencionada *El negro en el Caribe* (1942), la publicación de *British Historians and the West Indies* (1945) y *Education in the British West Indies* (1945). Todas las obras mantenían un foco común: conocer el Caribe desde la propia región más allá del conocimiento colonial impuesto por las diferentes metrópolis, tratando de superar así no solo la colonización política sino también, en palabras del propio Williams, la “colonización psicológica” que pesaba sobre la producción de conocimiento de la región. También, desde 1950 Williams fue nombrado presidente de la Historical Association of Trinidad & Tobago, desde donde promovió clubes de lectura histórica y dirigió durante unos años la revista de la institución, la *Caribbean Historical Review* (García Muñoz, 2009, pp. 41-42). Estos trabajos, además de su activa labor crítica dentro de la Comisión del Caribe, allanaron el camino para que pudiera tener desde 1955 un rápido ascenso en la política de Trinidad y Tobago que le llevaría a fundar un partido y ganar

las elecciones en menos de dos años. Como presidente del país la labor académica de Williams no declinó, considerando durante toda su vida que el estudio de la región precisaba de un esfuerzo prolongado que apenas acababa de comenzar. En esta etapa publicó trabajos importantes como *History of the People of Trinidad & Tobago* (1962) y *De Colón a Castro: la historia del Caribe 1492-1969* (1970).

A través de estas obras a continuación trataremos de dar una imagen de las principales tesis que Williams tenía sobre la región en diferentes temáticas como las relaciones raciales, el colonialismo histórico, la dependencia económica y pedagógica o la integración regional.

La sociedad del Caribe

En la primera aproximación de Williams hacia el conocimiento sistemático de su región a finales de la década de 1930 y principios de la siguiente jugó un papel fundamental su acercamiento a las tradiciones intelectuales caribeñas consolidadas de Cuba y Puerto Rico. Su sorpresa fue mayúscula al descubrir no solo figuras académicas brillantes, sino toda una generación embaucada por anteriores esfuerzos. El caso de Cuba en ese momento le impactó, trabando amistad entre otros con el antropólogo Fernando Ortiz y acercándose al legado intelectual de José Martí, a quien más tarde siempre definiría como uno de los pocos “rayos de luz” que tuvo el Caribe en el siglo XIX. De esta forma, gracias a sus viajes pudo ser testigo participante de un momento importantísimo dentro de la intelectualidad afrodescendiente en todo el mundo que veía nacer corrientes como el negrismo en las Antillas hispanohablantes, el Renacimiento de Harlem en los Estados Unidos y el movimiento de negritud en el Caribe francófono. Todas ellas impulsaron las expresiones culturales y el conocimiento de los diferentes mundos afrodescendientes de forma inédita hasta el momento. Además, el contacto con Fernando Ortiz, quien en 1940 estaba publicando una de sus más afamadas obras,

Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar, le había abierto miras temáticas y metodológicas para el estudio de las relaciones entre las formas de producción y comercio con la cultura y las sociedades del Caribe. Es en este contexto donde hay que comprender la primera gran obra de Williams sobre la región, *El negro en el Caribe* (1942).

El negro en el Caribe es una obra de pequeño formato donde el espíritu pedagógico, muy característico en sus obras desde este momento, se impone. El trabajo está dirigido a un público estadounidense amplio con la intención de mostrar datos y elementos de la que considera una realidad muy poco conocida en ese contexto, por lo que el texto está plagado de símiles y paralelismos con los Estados Unidos. Por ejemplo, para ilustrar la extensión geográfica del Caribe insular la compara con el tamaño de un tercio del territorio de Texas, pero siendo su población más del doble de la de aquel estado, o la extensión de Cuba con la de Pennsylvania, siendo su población de aproximadamente la mitad que en dicho estado (Williams, [1942] 2011, p. 14). En definitiva, era fundamental la difusión de esta obra en este contexto debido al poco conocimiento que se tenía en Estados Unidos de una sociedad que cada vez era más dependiente de ellos económicamente y sobre la que la injerencia imperialista no dejaba de aumentar. En este sentido, la obra tiene, además del carácter pedagógico, una intencionalidad política de posicionarse frente al imperialismo estadounidense en una región que consideraban como su “Mediterráneo estadounidense” (p. 18).

Williams comienza su trabajo con un punto bastante vanguardista para su tiempo: la definición del Caribe como un área circunscripta por una serie de territorios que comparten una historia y desarrollo económico común. De esta forma, para él, el Caribe es aquella región marcada por el colonialismo europeo desde el siglo XVI que impuso una sociedad basada en el modelo económico de la plantación y la fuerza de trabajo esclavo racializada negativamente, por lo que excedía el ámbito insular incluyendo territorios continentales como Guyana o Belice (p. 14). A continuación, desarrolla

una consistente síntesis de la sociedad caribeña desarrollada en tres puntos fundamentales:

Primero, la herencia de la esclavitud en la estructura económica. A modo de continuación de su trabajo *Capitalismo y esclavitud* estudia las escasas transformaciones de fondo en la estructura económica del Caribe después de la abolición de la esclavitud. La tradición del acaparamiento de tierra y el monocultivo de azúcar o algodón se mantendría, exceptuando algunos casos que lo cambiarían por el del café o las especias, como en la isla de Granada, pero manteniendo la lógica estructura del latifundio y el monocultivo. El azúcar continuaría siendo el rey de una región plagada de monocultivos que precisaban grandes extensiones de tierra y pocos poseedores de tierra, abocando al Caribe a una dependencia económica y política crónica que se traducía en unas condiciones sociales deplorables para la mayoría de la población, sobre todo para la población negra trabajadora. Estas condiciones son investigadas mediante la cuantificación de diversos datos sociológicos sobre la vida cotidiana, respondiendo a rubros de servicios de salud, horas de trabajo, alimentación, salarios, etc. (pp. 39-50). En este sentido, los pocos casos en los que se había intentado revertir la situación diversificando los cultivos y repartiendo la propiedad de la tierra, como era el caso de Haití gracias al impulso revolucionario, habían terminado fracasando en términos de desarrollo económico debido a la presión del mercado mundial manejado por las potencias occidentales, quienes tenían intereses en que el Caribe continuara subdesarrollado para proveerles materias primas baratas en abundancia a la vez que estuvieran obligados a importarles la mayoría de manufacturas para consumo interno (p. 57). Williams confiaba en que el camino de la diversificación era el adecuado, pero tenía que ir acompañado de un esfuerzo de emancipación política de toda la región y de integración y coordinación económica entre las diferentes islas para producir lo necesario para su mercado interno y así poder desarrollar e integrar sus fuerzas productivas rompiendo la dependencia política y económica que caracterizaba a la región desde la llegada de los europeos en el siglo XVI.

Solo así se podría comenzar a escribir una historia caribeña desde los intereses propios de su población, y para lograr este hito el enfrentamiento con la clase plantadora, cuyos intereses defendían conservar el antiguo sistema dependiente, sería inevitable.

Segundo, la herencia de la esclavitud en la organización del trabajo y el poder social. Para Williams, el racismo en el Caribe es ante todo un principio organizador de la economía política y la sociedad, recayendo sobre la población negra todo el peso del trabajo que produce la riqueza de unos pocos plantadores blancos (p. 66). La abolición de la esclavitud propició pocos cambios en este sentido. El acceso a la tierra para la población negra continuó vetado a través de otros medios, por lo que el trabajo con bajos salarios en las grandes plantaciones continuó siendo el oficio más recurrente (p. 51). Las condiciones de este nuevo ejército de mano de obra barata constituido por población negra libre son la muestra más clara de la continuación del racismo esclavista dentro del esquema liberal de mercado. Pero es importante en este punto señalar las diferencias regionales, las cuales vienen determinadas fundamentalmente por las distintas tradiciones coloniales. Según la metrópoli que hubiera tenido control histórico sobre cada territorio, el prejuicio racial sobre la población negra sería más o menos acentuado, siendo sin ninguna duda los territorios sujetos al poder británico los que más sufrían el fenómeno, dado que en los territorios bajo dominio francés y español se había extendido más el fenómeno del mulataje y, aunque el racismo seguía existiendo, existían más posibilidades de ascenso social (pp. 61-62).

Tercero, el futuro del Caribe. Williams predice los principales retos a los que se enfrenta la región, enfatizando el objetivo de la emancipación política y la integración económica para enfrentar el antiguo y lesivo régimen sustentado en el poder racista del plantador blanco latifundista (p. 104). En este sentido, da una importancia clave a la cuestión de la educación nacional, al impulso de un proyecto pedagógico social y popular que luche contra el racismo estructural que organiza la educación en la región y afecte a todos los niveles

educativos transformando uno de los mayores males de la región: la colonización psicológica (pp. 76-80).

La educación del Caribe

Después de *El negro en el Caribe* el siguiente trabajo de importancia fue *Education in British West Indies* (1945). Elaborado previamente como un informe para la Comisión del Caribe sobre la posibilidad de establecer una universidad en las Antillas anglófonas, el texto fue finalmente pulido y ampliado y llegó a incluir un prólogo del reconocido teórico de la educación John Dewey, quien elogia el trabajo y lo considera parte de su corriente pedagógica pragmática, ahondando en la realidad de un contexto colonial poco conocido como es el antillano. El trabajo es pionero en muchos sentidos y anticipa varias tesis sobre la colonización psicológica e intelectual hoy tan en boga. Además, sirvió de base para la edificación de la que sería la actual University of the West Indies, institución fundada en 1948 que sigue varias de sus recomendaciones y que actualmente es la mayor experiencia mundial de integración regional en materia de educación superior contando con campus y centros de investigación en casi todos los territorios del Caribe anglófono.

El libro se divide en cuatro partes. La primera está dedicada al estudio de la actualidad de la realidad educativa en el Caribe británico en los niveles de primaria y secundaria, donde revela el carácter colonial y eurocéntrico del currículo y la burocracia educativa. En la segunda resume la historia de la universidad como institución desde los tiempos antiguos, deteniéndose en el análisis de las universidades británicas metropolitanas en contraste con las establecidas en contextos coloniales, criticando el currículo y sentido político colonial eurocéntrico de las instituciones universitarias de países como Irlanda, India o Sudáfrica. La tercera parte la dedica a proponer el proyecto de universidad para las Antillas anglófonas, recomendando que se trate de una institución absolutamente pública, gratuita

e independiente que ponga énfasis en la educación de adultos y tenga un despliegue inter-isleño con centro en Jamaica por su situación poblacional y geopolítica excepcional. Finalmente dedica la última parte del libro a hacer recomendaciones en materia de financiación para hacer realidad el proyecto. Destacaremos a continuación tres ideas clave que atraviesan la obra.

La primera se refiere al posicionamiento político que se expresa desde principio a fin de la obra. Williams cree firmemente que en el Caribe británico está emergiendo una conciencia nacional anticolonial que antes o después propiciará una emancipación política de la región. En esta tendencia considera que la universidad y la educación en general juegan un papel crucial. A través del análisis de universidades de países como India, Irlanda o Sudáfrica, constata que pese al carácter colonial de la educación estos espacios se convirtieron en hervideros de concientización nacional anticolonial (Williams, [1945] 1994, p. 72). Admite que la educación colonial, pese a ser eurocéntrica, dota de herramientas teóricas que es posible transformar hacia un sentido crítico y anticolonial (p. 12). De esta forma, la obra se conforma como una apuesta por la dimensión educativa y pedagógica del proceso de descolonización, ya que para Williams de nada servía la emancipación política si no iba acompañada de una emancipación cultural y psicológica que derribara el complejo de inferioridad de su pueblo. Además, considera que el proyecto habría de ser pan-caribeño y serviría a una futura Federación de las Indias Occidentales. Para Williams era adecuado apostar por esta perspectiva pancaribeñista, como defenderá a lo largo de toda su vida, porque sería más sencillo sobrevivir en un mundo global basado en la competencia con un mayor territorio, población y capacidad de desarrollo de las fuerzas productivas (p. 93).

La segunda idea transversal despliega una claridad contundente sobre el sentido de la educación colonial, que ahora es desvelada como aquella educación destinada a la creación de una *intelligentsia* local destinada a reproducir el colonialismo metropolitano. Critica así la separación del ideario pedagógico colonial con las auténticas

necesidades y realidades de sus contextos, así como los sistemas externos metropolitanos de examinación o el carácter privado clasista de la educación secundaria en el Caribe británico, algo que él mismo había podido experimentar de primera mano a lo largo de su formación (pp. 33-39).

Por último, resalta su concepción de lo que debería ser una pedagogía y educación anticolonial, lo cual despliega a través de numerosas recomendaciones para transformar la educación primaria y secundaria así como para una futura universidad del Caribe británico. Siguiendo a John Dewey, considera que es fundamental arrancar el sentido colonial externo de la educación en su región y apostar por un modelo que atienda a sus propias realidades desde sus propios parámetros y recursos financieros y humanos. De esta forma recomienda una descolonización del currículo en términos de contenidos, resituando la importancia de conocer su propia historia más que la de la metrópoli, así como de temáticas, enfatizando la importancia de fortalecer la educación agraria y de adultos como pilar fundamental para desarrollar la región, con especial énfasis en el caso de las mujeres por ser el sujeto colectivo que más dificultades tiene para acceder a la educación (pp. 45, 90, 98-104). En definitiva, en materia educativa en un contexto colonial, se hacía fundamental luchar por la independencia universitaria debido al complejo de colonización cultural, lo cual terminaría produciendo que estas instituciones fueran focos de irradiación de una incipiente cultura propia que sentaría las bases para una futura emancipación que, enfatiza, tendría que ser federalista y pancaribeña:

la cuestión de la independencia universitaria se vuelve de vital importancia para un país colonial o semicolonial donde la subordinación económica y política implica también la dependencia de una cultura extraña [...] La Universidad Británica de las Indias Occidentales debería ser una universidad independiente que refleje y estimule las tendencias objetivas de integración de las islas británicas ahora descentralizadas. Debe ser un centro de la cultura caribeña, con el objetivo consciente de una unión más estrecha de toda el

área caribeña. La creación de tendencias objetivas para la federación británica de las Indias Occidentales también opera en la dirección de una perspectiva pancaribeña. Esto es también una necesidad económica. Todas las propuestas de autosuficiencia, comercio entre islas, industrialización, desarrollo del mercado internacional, aumento de la producción, exigen un enfoque regional. Una población de tres millones de personas no puede constituir una unidad económica en el mundo moderno. Una población de quince millones, la población de toda el área del Caribe, al menos tiene un mayor alcance. La Universidad Británica de las Indias Occidentales debería, por lo tanto, ser un centro de la cultura de toda el área del Caribe, desde Cuba hasta la Guayana Francesa. Si bien las áreas de habla española son étnicamente diferentes de las británicas y en su mayoría blancas, todas las islas tienen un patrimonio común de esclavitud, todas tienen una identidad económica fundamental, todas enfrentan dificultades similares en la comercialización y producción de su cultivo principal, el azúcar, todas están agitando por las mismas reformas: diversificación de cultivos, industrias secundarias, asentamiento de tierras y la mejora de la suerte del hombre común (pp. 74/108, traducción propia).

La historia del Caribe

Las obras del estadista social del Caribe en su etapa estadounidense darían paso a la confección de una serie de trabajos que retomarían con renovada energía la temática histórica con la que había arrancado su carrera académica en Oxford, entre las que destacan *History of the Peoples of Trinidad y Tobago* (1962) y *De Colón a Castro: la historia del Caribe 1492-1969* (1970).

History of the People of Trinidad y Tobago presenta dos partes fundamentales. La primera se dedica a estudiar el colonialismo histórico enfatizando las diferencias entre los modelos sociales y económicos impuestos primero por los españoles y más tarde por franceses y británicos. Todos utilizaron la plantación azucarera y la fuerza de

trabajo africana esclava como modelo primordial, pero las diferencias de matiz y cultura son señaladas para lograr la imagen de una sucesión amalgamada de tradiciones que han configurado la identidad del pueblo trinitense. En esta parte destaca un capítulo dedicado a la población de origen indio que migró al país desde finales el siglo XIX debido a una política migratoria británica de desplazamiento de población entre sus colonias para el abaratamiento de la fuerza de trabajo, subrayando las malas condiciones en las que tuvieron que vivir en sus inicios como “sirvientes forzados por contrato” y llegándola a comparar con las del trabajo esclavo de la población negra en el pasado (Williams, 1962, p. 109). Finalmente, se analizan las causas de la bancarrota del sistema de plantación analizando la posibilidad del surgimiento de movimientos nacionalistas desde el final de la Primera Guerra Mundial. La segunda parte está dedicada de forma más sistemática y breve a narrar el propio proceso político impulsado por Williams que consiguió la independencia del país.

Finalizada la historia sobre su país acometió la elaboración de su obra más larga y ambiciosa: una historia general de todo el Caribe titulada *De Colón a Castro: la historia del Caribe 1492-1969*. La obra se publicaría en 1970, año en el que también se publicó en castellano otra muy afamada historia general del Caribe escrita por Juan Bosch titulada *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: el Caribe frontera imperial*. Las similitudes entre ambas obras saltaban a la vista y no solo por el título sino sobre todo por ser las dos primeras historias generales del Caribe escritas por caribeños con una intencionalidad de construcción de conocimiento propio y de emancipación cultural y política de su región, además de tener la sintonía de que ambos habían sido, en el caso de Bosch, o seguían siendo, caso de Williams, presidentes de sus respectivos países.

Pese a ser la última gran obra de Williams y fruto de un esfuerzo de síntesis del conocimiento desarrollado a través de toda una vida dedicada a la investigación histórica de la región, la obra no tuvo la recepción esperada ni fue traducida tan rápidamente como otras a diversas lenguas. Las principales razones fueron debidas a la

amplitud del volumen, la excesiva carga de datos en muchos de sus pasajes y la repetición muy reiterada de tesis e ideas desarrolladas en sus anteriores obras, sobre todo las relacionadas con las causas económicas de la abolición de la esclavitud que ocupan una parte muy considerable de la obra. Pese a ello, el texto cuenta con aportes muy interesantes sobre diversos temas, algunos de ellos inéditos, destacaremos dos de ellos:

Primero, la ampliación de sus temas clásicos de investigación a todos los contextos de la región. Más allá del Caribe y el colonialismo británico, en esta obra se muestran datos y reflexiones sobre los colonialismos españoles, franceses, holandeses y daneses en la región, con énfasis en el espíritu comparativo. Lugar especial tiene el amplio desarrollo sobre la investigación anticipada en *El negro en el Caribe* sobre el colonialismo estadounidense durante los siglos XIX y XX donde explora los factores económicos pero también ideológicos de la intervención (Williams, [1970] 2009, pp. 519-573). En cierta medida esta obra podría ser entendida como una ampliación de su libro sobre la historia de Trinidad y Tobago al resto del Caribe, además de la inclusión y mayor desarrollo de tópicos de sus anteriores trabajos. En este sentido, si no se han leído con anterioridad otros ensayos de Williams, la obra puede funcionar como mapeo general de la historia del Caribe, aunque en varios pasajes pierde ritmo por la acumulación exagerada de datos. Como esgrimieron muchas críticas de su tiempo, es cierto que esta obra no nos ofrece ninguna tesis interesante más allá de las que ya había desarrollado anteriormente.

Segundo, el análisis y crítica del castrismo y el futuro del Caribe. En la última parte del libro la obra cambia de tono y se adentra en la actualidad política del Caribe, tratando de discernir los posibles caminos y horizontes que puedan guiar con más atino a la región. Es ahí donde surge un interesante penúltimo capítulo sobre el castrismo. Williams fue invitado por Fidel Castro a La Habana en varias ocasiones y siempre mantuvo no solo una relación cordial sino una profunda admiración por las transformaciones sociales impulsadas por el gobierno revolucionario, sobre todo en materia educativa y de

infraestructura (pp. 597-598). En esta parte Williams se lleva a su terreno a Castro y pone en relevancia los orígenes nacionalistas liberales de su movimiento revolucionario y de la primera etapa de su gobierno (p. 591). A continuación sostiene que fue en la coyuntura geopolítica mercantil de principios de la década de 1960 cuando el gobierno cubano comenzó a virar hacia una política de inspiración comunista, debido al creciente comercio con Rusia en detrimento de unas cada vez más deterioradas relaciones con Estados Unidos (pp. 593-594). Es en este momento donde, en concordancia con las críticas de Ernesto Guevara, comienza a vislumbrar una serie de “errores” en la planificación económica por no apostar por un enfoque más autonomista y regional, derivando todos sus esfuerzos productivos hacia las necesidades de Rusia (pp. 599-600). Esta crítica, que es moderada pues enseguida admite la multitud de logros de la revolución, le sirve como preámbulo a la postulación de su camino ideológico, de corte nacionalista liberal con un énfasis en la integración regional, como el más sensato para lograr el desarrollo de todo el Caribe, una “tercera vía” que se aleje de la sujeción del imperialismo de las potencias capitalistas y de la dependencia de las decisiones del campo socialista liderado por la Unión Soviética (p. 626). Y para ello, enfatiza una y otra vez, construir conocimiento sobre la historia y la sociedad del Caribe desde sus propias necesidades es un pilar fundamental para acabar con el “colonialismo intelectual y psicológico” que sufre la región, el cual es origen de la mayoría de trabas que sufren en su desarrollo propio como pueblos:

En 1969 la dependencia del mundo exterior en el Caribe no es solo económica, sino también cultural, institucional, intelectual y psicológica. Las formas políticas y las instituciones sociales, aun en los países políticamente independientes, fueron imitadas más que creadas, tomadas prestadas más que relevantes, y reflejaban las formas existentes en el país metropolitano particular del que se derivaban. Todavía no hay una vida intelectual indígena seria. La mayoría de formulaciones ideológicas aún reflejan los conceptos y el vocabulario de la Europa del siglo XIX y, lo más siniestro, de la ahora casi

difunta guerra fría. Las formulaciones indígenas, auténticas y relevantes, o bien se pasan por alto o se equiparan a una “subversión”. Los sistemas legales, las estructuras educativas y las instituciones administrativas reflejan prácticas caducas que ahora se abandonan rápidamente en los países metropolitanos donde se originaron. Aun cuando tanto en los países de la Mancomunidad caribeña como en los departamentos franceses se ha producido literatura de estándares mundiales y de validez universal con escritores como Lamming, Naipaul, Braithwaite de Barbados, Walcott, Aimé Césaire y Frantz Fanon de Martinica, y aunque en Trinidad y Tobago han surgido la *steel band* y el calipso, los valores artísticos y comunitarios en su mayor parte no son auténticos sino que, usando el lenguaje de los economistas, poseen un alto contenido de importación, los vehículos de estas importaciones son el sistema educativo, los medios de comunicación, el cine y los turistas. La descripción de V.S. Naipaul de los indooccidentales como “imitadores” es dura, pero cierta. Por último, la dependencia psicológica refuerza intensamente las demás formas de dependencia, pues que, en último análisis, esta es un estado mental. Una historia demasiado larga de colonialismo parece haber lisiado la autoconfianza y la autoseguridad del Caribe, y se ha creado un círculo vicioso; la dependencia psicológica conduce a una dependencia económica y cultural creciente del mundo externo (Williams, [1970] 2009, pp. 616-617).

Bibliografía

García Muñiz, H. (2009). “Pensar la historia, hacer la política: el proyecto Pancaribe de Eric Williams” en E. Williams, *De Colón a Castro: la historia del Caribe 1492-1969*. México: Instituto Mora.

Williams, E. [1942] (2011). *El negro en el Caribe y otros textos*. La Habana: Casa de las Américas.

Williams, E. [1945] (1994). *Education in British West Indies*. Nueva York: A & B Publishers.

Williams, E. [1945] (1966). *British Historians and the West Indies*. Nueva York: Charles Scribner's Sons.

Williams, E. [1955] (1993). "My Relations with the Caribbean Commission, 1943-1955". *Essays on Colonialism and Independence*. Massachusetts: Calaloux.

Williams, E. (1962) *History of the People of Trinidad & Tobago*, Nueva York: Frederick A. Praeger.

Williams, E. (1969). *Inward Hunger: The Education of a Prime Minister*. Londres: Andre Deutsch.

Williams, E. [1970] (2009). *De Colón a Castro: la historia del Caribe 1492-1969*. México: Instituto Mora.

Lecturas de un clásico caribeño: una visión de la obra de Juan Bosch

Pedro L. San Miguel

*Desconfíen siempre vuestras mercedes
de quien es lector de un solo libro.*

Arturo Pérez-Reverte, *Limpieza de sangre*.

Mundo rural, o civilización y barbarie

En otras ocasiones he relatado los inicios de mi interés en la historia dominicana, durante mis años de estudiante doctoral en Columbia University, en la década de 1980. Entonces efectué una investigación sobre la economía campesina de la región del Cibao, donde el campesinado tuvo su principal base social; esa pesquisa me condujo a explorar otros asuntos de la historia del campesinado –como sus luchas sociales–, así como cuestiones más abarcadoras sobre la historia agraria dominicana.¹ Tales indagaciones me llevaron a escrutar las representaciones del mundo rural y del campesinado en

¹ Este ensayo contiene argumentos y secciones de trabajos míos previamente publicados, por lo que agradezco a CLACSO su indulgencia. San Miguel ([1997] 2012; 1999a; [2004] 2011; 2019a y 2019d).

los imaginarios nacionales. Esto se debió a que, en las concepciones sobre la nación de los intelectuales dominicanos del siglo XIX e inicios del XX, descollan dos asuntos: uno es Haití, concebido como un *Otro externo* que habría acosado a República Dominicana desde los tiempos coloniales; el otro tema son los campesinos, conceptuados como una masa ignorante y violenta, un *Otro interno* cuya barbarie vedaba la modernización del país. Para el grueso de los pensadores dominicanos –como para la mayoría de los sectores intelectuales de América Latina y el Caribe de entonces–, los campesinos debían ser dominados y morigerados de modo que pudieran sustentar los proyectos modernizadores de los letrados y de los sectores de poder.² Resultaba, pues, crucial escrutar las concepciones de los intelectuales dominicanos acerca del campesinado; así pretendía esclarecer el papel de ese sector social en la configuración de las discursivas nacionales.

Esta intrincada trabazón entre “civilización y barbarie”, entre el proyecto modernizador de los intelectuales y una sociedad que parecía estar lastrada por poderosas fuerzas que impedían su progreso, me llevó a estudiar la obra de Juan Bosch. Ensayista de una obra impresionante en la que se abordan temas históricos, políticos, sociales y culturales, Bosch también es autor de obras de ficción en la cual descuella el mundo rural.³ De hecho, lo primero que leí, siendo estudiante universitario, fue su cuento “Dos pesos de agua”, el que años más tarde habría de ocupar un papel prominente en el análisis que hice de su obra en el ensayo “Para *contar* la nación: Memoria, historia y narración en Juan Bosch”.⁴ Una de las cosas que me asombró, luego de haber leído sus cuentos y su libro *Composición social dominicana*, obra de interpretación histórica escrita en su “momento radical”, fue la virtual ausencia del campesinado como actor

² Rama (2002), Ramos (1989).

³ Acerca de la obra de Bosch, ver Piña Contreras (1990).

⁴ Este ensayo aparece en San Miguel ([1997] 2019c, pp. 163-214). La Editorial Universitaria Bonó, de Santo Domingo, publicará próximamente una nueva edición de este libro.

social en esta última.⁵ Esta omisión era tan significativa que parecía tratarse de dos autores diferentes; incluso, en *Composición social dominicana* Bosch realiza afirmaciones asombrosas dado su énfasis en el campesinado –y hasta su empatía con él– en su obra de ficción. En ese texto afirma que, durante los siglos coloniales, de las estancias no emergió “ningún sector social”, afirmación cuestionable ya que tal estructura agraria nutrió a ese numeroso campesinado que es protagónico en su obra literaria.⁶

Mi asombro ante posturas tan contrapuestas me instó a tratar de dilucidar esa contradicción entre la obra literaria de Bosch, en la que los campesinos y el mundo rural ocupan papeles prominentes, y su obra histórica, en la que los sectores rurales apenas aparecen. Cuando asoman en su obra histórica, con frecuencia son representados en sus dimensiones menos favorables y hasta más destructivas, como fue el caso de las numerosas “revoluciones” que estallaron en República Dominicana durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, cuyos epicentros solían estar ubicados en el campo. Una de las pocas instancias –sino la única– en la cual Bosch enaltece la incurción del campesinado en la vida política y en las insurrecciones del siglo XIX se refiere a su participación en la Guerra de la Restauración (1863-1865) en contra de la anexión a España, ocurrida en 1861. Según Bosch, la guerra restauradora contó con “el apoyo resuelto de las grandes masas del pueblo dominicano”, eminentemente campesinas, ya que fue “una guerra de liberación nacional y una guerra social”. Por tales razones, la definió como “la página más notable de la historia dominicana”.⁷

No obstante, como ejemplifica su novela *La Mañosa*, entre otros textos suyos, en la obra de ficción de Bosch el mundo rural se manifiesta a menudo como una fuerza catastrófica y salvaje que

⁵ Bosch ([1970] 1983b). Sus cuentos aparecen en 1983a, 1987a, 1988b y 1987b.

⁶ Las apreciaciones de Bosch aparecen en 1983b, pp. 48 y 51. Sobre la evolución histórica del campesinado dominicano, ver San Miguel ([1997] 2012); González de la Peña (1992; 2020).

⁷ Bosch (1984a, pp. 7-8).

destruye la armonía y la paz, y, en consecuencia, que contrarresta los efectos bienhechores del trabajo sistemático y la laboriosidad.⁸ Pese a esta percepción, en sus cuentos de tema rural, Bosch destacó también aquellos rasgos del mundo campesino que consideró reivindicables, como sus solidaridades y su sentido de la dignidad. Esto sin dejar de asumir una postura crítica, ejercida desde una óptica modernizadora, que asumía que los campesinos debían ser dirigidos, orientados y regentados por los letrados ilustrados, quienes actuarían, en consecuencia, como agentes de liberación y redención de las vacilantes masas rurales. Tal postura es patente en uno de los primeros ensayos en que ofreció una interpretación política sobre República Dominicana: el prólogo que escribió para la obra de Juan Isidro Jimenes Grullón *La República Dominicana: Análisis de su pasado y su presente* (1940).⁹ En ese texto, Bosch interpreta los conflictos sociales como un enfrentamiento entre los campesinos y los “pueblitas”, los habitantes urbanos y sus aliados, que explotaban a los habitantes del campo. Estos habrían de ser dirigidos por un “Partido Revolucionario”, que sería encabezado por un “escaso número de hombres puros y conscientes”. Reeditaba así Bosch la añeja ilusión jacobina, que entrañaba “dirigir a las masas” a la toma del poder, concepción de fuertes connotaciones míticas en la cual –pese a su populismo– el papel protagónico recae en los dirigentes, que actuarían como profetas y redentores. Además de dirigir a las masas a su liberación, esa vanguardia mesiánica impulsaría la modernización económica del país y la eventual ampliación de la “ciudad”, es decir, la conversión de los “rústicos” en “ciudadanos”, en sujetos modernos.¹⁰

Esta concepción es afín a la que se desprende de su obra literaria, en la que confluyen de manera problemática diversas posiciones y perspectivas sobre el mundo rural. Como he señalado en otra parte: “Postura irónica, ‘afán modernizador’ –con su

⁸ Bosch (1994b). Para un análisis de esta obra, ver García Cuevas (1995).

⁹ Jimenes Grullón ([1940] 1974).

¹⁰ Bosch ([1940] 1974).

consecuente anhelo por un orden que garantizase la existencia de una nación próspera, estable, integrada–, narrativa cuestionadora, registro etnográfico, civilización y barbarie: todos ellos son elementos que se conjugan en los cuentos de Bosch”.¹¹ A la postre, las paradojas que expresó Bosch en su obra de ficción desembocaron, hacia las décadas de 1960 y 1970, en un virtual abandono del campesinado y del mundo rural como ejes de su obra escrita. Entonces se orientó hacia aquellos agentes sociales e históricos que, según él, podían propiciar la utopía letrada de la modernidad. Por ello, sus textos –circunscriptos entonces en lo fundamental al ensayo histórico o político– tendieron a prescindir del mundo rural. Sus tramas, argumentos, personajes e, incluso, su lenguaje se modificaron, adoptando los ropajes de otras interpretaciones y concepciones históricas. Esta modificación se explica a raíz de la mutación de las perspectivas ideológicas y culturales de Bosch durante sus años de exilio, cuando sus concepciones se orientaron a un proyecto modernizador sustentado en otros agentes y actores: el partido político, los intelectuales radicales, las clases sociales modernas, el mundo urbano.¹² De modo que, en las obras histórico-políticas de las décadas de 1960-1970, el campesinado desapareció como actor histórico y, sobre todo, como agente de transformación social.¹³ Esto se tradujo en concepciones políticas e ideológicas en las cuales el campesinado no desempeñaba papel protagónico alguno.

Fue esta contradicción en la obra de Bosch uno de los acicates para dedicarme a estudiar con mayor detenimiento las luchas sociales de los campesinos dominicanos, que desembocó en el libro *La guerra silenciosa* (2004), en el cual, entre otras cosas, trato de mostrar las reverberaciones políticas de esas luchas. Alego, incluso, que ellas

¹¹ San Miguel ([1997] 2019c, p. 189).

¹² Acerca de tales factores en los proyectos políticos de los letrados latinoamericanos, ver Rama (2002, pp. 71 ss.).

¹³ San Miguel ([1997] 2019c, pp. 163-214).

aportaron al proceso de democratización de República Dominicana, sobre todo a raíz de la caída de la dictadura trujillista.¹⁴

Tragedias dominicanas y caribeñas

Este giro se evidencia claramente en las que sin duda alguna son las dos obras históricas fundamentales de Bosch: *Composición social dominicana* y *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe, frontera imperial*.¹⁵ Publicados en tándem, se trata de obras en las que, por un lado, Bosch ofrece, respectivamente, interpretaciones generales sobre la historia dominicana y la del Caribe y, por el otro, exhibe su reciente adhesión o su acercamiento a novedosos conceptos e ideologías políticas, como el marxismo, el nacionalismo revolucionario, el antiimperialismo y el tercermundismo. Todavía está por dilucidarse la medida en que Bosch adoptó cada una de estas ideologías; por ejemplo, su peculiar forma de aplicar el materialismo histórico ha generado no pocos reparos, llegando a considerarse como extravagante la manera en que emplea las categorías sociales, evidentemente inspiradas en el marxismo, pero adaptadas de manera ecléctica y hasta idiosincrática. Tal es el caso de su uso del término “pequeña burguesía” –concepto nodal en las interpretaciones de Bosch–, sector social que opera en su obra como protagonista de los procesos histórico-sociales. Mas lo cierto es que su uso difumina los criterios que, según la teoría marxista clásica, distinguen a las clases sociales, ello debido a la ausencia de criterios objetivos que permitan precisar las diversas capas en que Bosch subdivide a la “pequeña burguesía”, noción que termina por actuar como un “comodín hermenéutico” ya que abarca casi cualquier tipo social. A la indeterminación de tal concepto se

¹⁴ San Miguel ([2004] 2011).

¹⁵ Bosch ([1970] 1983b; [1970] 1986).

suma, como aspecto problemático, el psicologismo que permea las interpretaciones de Bosch sobre los actores sociales.¹⁶

Por otro lado, cabe resaltar que en esas obras, Bosch rearticuló algunos de los temas más caros a la historiografía dominicana tradicional, entre ellos el de las “desgracias” que, alegadamente, habrían lastrado la evolución del país. Por supuesto, a tono con su nuevo ropaje ideológico, esa visión trágica de la historia se expresó en otro lenguaje. Así, en *Composición social dominicana*, la tragedia fundamental radica en la carencia de una clase social dirigente capaz de encaminar al país hacia el progreso y la modernidad. Esta es la tesis central de esta obra, razón por la cual intenta demostrar cómo los procesos históricos del país frustraron constantemente el surgimiento de dicha clase social. Esto habría establecido una diferencia radical con Cuba, donde sí se habría desarrollado una potente burguesía, vinculada sobre todo con el tabaco y el azúcar; gracias a la existencia de esa clase social –tal como argumentó en su libro *Cuba, la isla fascinante* (1953)–, este país habría contado con una evolución económica, social y política mucho más halagüeña que República Dominicana, lastrada, precisamente, por la ausencia de una clase rectora análoga a la de Cuba.¹⁷

La tesis acerca de la ausencia en República Dominicana de una burguesía nacional se remonta a fines de la década de 1950, cuando Bosch esbozó su primera interpretación general acerca del pasado dominicano; lo hizo en su libro *Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplo*.¹⁸ Pese a que es un texto deficiente en el uso de las teorías y las categorías sociológicas y hasta en el manejo de la evidencia histórica –adolece, además, de ese psicologismo que rubrica sus interpretaciones históricas–, esta obra es ilustrativa del desplazamiento ideológico

¹⁶ Los peculiares análisis de clase que efectúa Bosch se patentizan en [1970] (1983b) y [1982] (1989a). Para apreciaciones acerca de la ubicación de Bosch en la historiografía dominicana y sobre la índole de sus análisis históricos, ver Cassá (1993, pp. 35-36; 2013, pp. 150-152).

¹⁷ Bosch ([1955] 1988a); San Miguel ([1997] 2019c, pp. 206-209).

¹⁸ Bosch ([1959] 1991).

que había sufrido durante las décadas de 1940 y 1950. Para empezar, Bosch recurre a las diversas intervenciones extranjeras que había padecido República Dominicana para explicar las “deformaciones” históricas del país. Así que termina reiterando una interpretación canónica acerca de la historia dominicana: la de las “tragedias” sufridas debido a la injerencia de fuerzas “externas”, el colonialismo, Francia, Saint Domingue/Haití, Estados Unidos, el capitalismo, etc. De modo que, pese al tiempo que separa ambas obras, en este texto de 1959 –se puede alegar– aparece en ciernes la tesis del Caribe como “frontera imperial”. Por ende, visto en perspectiva, resultaría que dicha concepción emanaría, entre otras fuentes, de la historiografía tradicional dominicana –incluso de sus vertientes más conservadoras–, que conceptúa a los factores “externos” como causantes de las “tragedias” que, alegadamente, ha sufrido el país. Resultaría, pues, que autores como Manuel Arturo Peña Batlle –el más importante historiador trujillista– habrían nutrido las concepciones históricas de Bosch.¹⁹ Entre otras cosas, de dicha tradición habría heredado Bosch la noción –canónica en la historiografía dominicana– de que una “edad de oro” habría devenido en decadencia.²⁰

En *Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplo*, Bosch elabora, además, su concepción acerca de la “arritmia histórica” que había sufrido República Dominicana. Tal elaboración, resemantizada con otros conceptos y sustentada en diversas teorías histórico-sociales, aparecerá de forma recurrente en sus obras de interpretación sobre República Dominicana. Según tal concepción, desde la época colonial, Santo Domingo extravió “el ritmo de la historia”, quedando rezagado respecto a los demás países de América. Tal rezago se debió a que Santo Domingo quedó fuera de la “gran corriente del desarrollo capitalista”; a lo largo de su devenir, el país contó con unas pocas posibilidades de insertarse en esa “avasalladora” y “renovadora”

¹⁹ Peña Batlle ([1951] 1988; 1989).

²⁰ Sobre las concepciones “trágicas” en la historiografía dominicana y sobre Peña Batlle ver San Miguel ([1997] 2019c, pp. 29-116).

corriente histórica. Pero tales oportunidades se vieron frustradas: a fines del siglo XVIII, por la Revolución Francesa y por sus reverberaciones en La Española, sobre todo por la revolución de los esclavos de Saint Domingue en 1791 y sus secuelas; y, luego, en las postrimerías del siglo XIX, debido a la dictadura de Ulises Heureaux que malogró “la corriente progresista” que el capitalismo había insinuado en el país. Como resultado, se frustró el surgimiento de una clase social dirigente, análoga a la que sí emergió en Cuba, donde existía, según Bosch, una potente burguesía criolla que controlaba las riquezas del país.²¹ Esa clase social era “capaz de forjar un futuro en el cual los obreros podrían mostrarles a sus hijos, ilusionados y confiados, ‘la tierra iluminada por las estrellas’”.²²

En una obra posterior, de principios de la década de 1960, Bosch compara el camino torcido de República Dominicana con el de Costa Rica, país que –alega el escritor dominicano– habría seguido una trayectoria histórica menos turbulenta, sin las violencias y las opresiones prevalecientes en América Latina. Esto se debió a una evolución económica que había transitado de manera armoniosa de la etapa de la pequeña propiedad agraria a la fase del “capital financiero”. Incluso, aunque las inversiones extranjeras habían propiciado el surgimiento del proletariado moderno, este había retenido los rasgos del pequeño propietario rural, sobre todo su arraigada “tradicción de igualdad”. Y esto contribuía a impedir “una tiranía de clase”, una estructura de dominación oligárquica como la existente en otros países de América Latina. La historia de Costa Rica, por ende, es concebida por Bosch –empleando otra metáfora telúrica– como “un lugar acogedor, de bosques sombreados y arroyos refrescantes”.²³ La historia de República Dominicana contrasta, en criterio de Bosch, con la de Cuba y la de Costa Rica, países cuyos destinos quedan fuera de ese

²¹ Bosch ([1959] 1991, pp. 96, 123-124 y 152).

²² San Miguel, ([1997] 2019c, p. 107). La bucólica frase sobre “la tierra iluminada por las estrellas” proviene de Bosch ([1955] 1988a, pp. 251-252).

²³ Bosch ([1963] 1984).

registro trágico en el cual el escritor dominicano inscribe el devenir de su país natal.

Resulta destacable, por otro lado, que, en sus análisis de las historias de Cuba y Costa Rica, elaborados entre mediados de la década de 1950 e inicios de la siguiente, Bosch resalte los procesos histórico-sociales *internos* de esos países: en esas obras, los destinos de Cuba y de Costa Rica no quedan estampados de manera ominosa por esas fuerzas *externas* que, según él, habían determinado el sino trágico de República Dominicana. La contraparte caribeña de esa visión fatídica sobre la historia dominicana la constituye, por supuesto, su libro *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, en el que Bosch ofrece una visión eminentemente “trágica” acerca de la historia de la región. En esta obra, Bosch brinda una interpretación en la cual la geopolítica resulta sobredeterminante de los procesos históricos. En palabras suyas que han sido ampliamente citadas ya que expresan la tesis central de esta obra, por lo que no tienen desperdicio:

La historia del Caribe es la historia de las luchas de los imperios contra los pueblos de la región para arrebatarles sus ricas tierras; es también la historia de las luchas de los imperios, unos contra otros, para arrebatarse porciones de lo que cada uno de ellos había conquistado; y es por último la historia de los pueblos del Caribe para libertarse de sus amos imperiales.²⁴

Así que, en esa obra, la geopolítica opera “como una especie de fuerza cosmológica o de destino ineludible desde los inicios mismos de la Conquista, convirtiendo al Caribe en ‘una frontera de cinco siglos’”.²⁵ Aunque asumiendo la discursiva del antiimperialismo vigente a fines de la década de 1960 e inicios de la siguiente, Bosch reedita la concepción de Peña Batlle de una entidad geográfica sitiada por fuerzas externas que impiden su pleno desarrollo. Al proyectarse más allá de República Dominicana, la interpretación de la

²⁴ Bosch ([1970] 1986, p. 12).

²⁵ San Miguel (2001, p. 39).

historia como tragedia termina abarcando a la totalidad de la región del Caribe. En tal tipo de concepción, paradójicamente, lo que resulta crucial son “las voluntades de los imperios, los que, procediendo cual implacables deidades, habrían trazado de forma irrevocable el destino de los países del Caribe”. En la obra de Bosch, como en todas las que convierten la geopolítica en un “determinante indeterminado” – es decir, en una *deidad*, una entidad capaz de definirlo todo, pero que no es limitada por nada fuera de sí misma–, el Caribe es un escenario cuyos protagonistas son las fuerzas externas ya que los procesos internos tienden a diluirse, cuando no a desaparecer. En consecuencia, las sociedades locales suelen actuar reactivamente, cual figurillas impelidas por agentes foráneos que operan adoptando ropajes ya económicos, ya políticos, ya militares.²⁶ La “frontera imperial” termina siendo un “escenario imperial”.

El letrado que se “cuenta” a sí mismo narrando al otro

Pese a todos los reparos que pueda hacer a la obra de Bosch, este me ha acompañado en virtualmente todas mis áreas de trabajo en torno a la historia dominicana y, por extensión, a la del Caribe; lo ha hecho desde la época de los estudios campesinos y la historia agraria hasta los tiempos más cercanos, en que me he concentrado en los estudios culturales, abarcando indagaciones en torno a las discursivas nacionales y a la historiografía. Bosch me ha posibilitado, en primer lugar, entablar una reflexión sostenida sobre el devenir de la sociedad dominicana y sobre su historiografía. En segundo lugar, también es uno de los intelectuales caribeños que me ha conminado a pensar de manera sistemática en torno a la región en su conjunto. En tal sentido, de los intelectuales dominicanos, para mí, es la figura

²⁶ Estos señalamientos los elaboro en San Miguel (2001, reproducido en 2004, pp. 27-81 y 2016, pp. 29-76), 2019b, pp. 202-214.

imprescindible. Y entre los intelectuales caribeños y caribeñistas, es, sin duda alguna, uno de los principales en mi particular genealogía intelectual.

Lo es incluso porque me ha brindado la oportunidad de cavilar acerca de qué hacemos los intelectuales; de manera concreta, me ha propiciado el pensar acerca de “lo que fabrica el historiador cuando hace historia”, para retomar las palabras de Michel de Certeau.²⁷ En efecto, en mi ensayo “Las biografías de Juan Bosch: La construcción de una *genealogía*” traté de demostrar cómo el escritor dominicano utilizó sus textos de tipo “biográfico” –a saber: su biografía novelada de Eugenio María de Hostos, sus textos en torno a las figuras bíblicas de Judas Iscariote y del rey David, y su biografía de Simón Bolívar– como alegorías de su propia vida, en especial de su búsqueda, como intelectual modernizador, de un proyecto social y político que propendiera a la transformación de República Dominicana.²⁸ Del análisis de esos textos colegí que Bosch concibió al intelectual puertorriqueño Eugenio María de Hostos (1839-1903) –quien tuvo gran importancia en la historia cultural y política de República Dominicana– como espejo suyo, asumiéndolo como arquetipo del letrado que él aspiraba a llegar a ser; que, en su obra, Judas funge como ejemplo de quien es difamado por sus propios compañeros, imputándole falsas acusaciones, como Bosch, quien tuvo que sufrir las invectivas de sus correligionarios; por su parte, el rey David actúa como modelo de gobernante de un pequeño país rural, destino que, en la coyuntura del postrujillismo, Bosch vislumbraba para sí mismo; y, finalmente, en su obra sobre Bolívar, el escritor dominicano, alegóricamente, discurre en torno a la posibilidad de que tanto él como su país tuvieran que enfrentar una inclemente “guerra social”, escenario plausible en la época turbulenta de la década de 1960.

²⁷ Certeau (1985).

²⁸ San Miguel (1999b) reproducido en San Miguel (2004); y Bosch ([1939] 1989b; [1955] 1994a; [1963] 1990; [1966] 1979).

De lo anterior resulta que el género biográfico ocupa un lugar excepcional en la obra escrita de Bosch: recurrió a él para dirimir los dilemas que tuvo que enfrentar durante su azarosa vida política, así como para justificar, simbólicamente, las posiciones adoptadas ante tales disyuntivas. Incluso, se puede afirmar que la biografía, en su ejercicio escritural, desempeñó una función epistemológica, además de poseer una evidente dimensión ética, derivadas de sus posturas autorreflexivas ante sus opciones políticas. Gracias a esa indagación en torno a ese conjunto de obras “biográficas”, se hizo más evidente –o al menos se me hizo a mí– lo que ya había sugerido previamente en “Para contar la nación”: la capacidad mimética de los intelectuales, su capacidad para “decir lo suyo con el ropaje, las palabras y la identidad de otro”. Y es que, en esos textos en los que se aproximó al género biográfico, Bosch recurrió a sus biografiados como mampara; fue su forma particular de meditar acerca de aquellas candentes cuestiones políticas que enfrentó a lo largo de su aciaga carrera como letrado y político. En su escritura, la biografía adoptó un rasgo eminentemente *genealógico* ya que, empleando alegóricamente a sus personajes, Bosch trazó su particular ascendencia y su trayectoria políticas.

Así, en la figura de Hostos se ve a sí mismo como un intelectual de profundas convicciones éticas y de dedicación total a la causa que hace suya; en Judas, al inocente que, en aras de esa causa, calla las injurias de que ha sido objeto; en David, se proyecta como un “elegido de la historia” para realizar la hercúlea tarea de dirigir a su pueblo y de reconstruir a su nación; y mediante Bolívar se (auto)justifica por la postura que asume –de oposición– ante la posibilidad de que en República Dominicana se desarrollara una cruenta “guerra social” que atentara contra la integración de las diferentes clases sociales a un mismo proyecto nacional en el que prevalecieran el orden y la autoridad; es decir, que pusiera en riesgo el proyecto modernizador.

El escrutinio de estos textos de Bosch me permitió, creo, adquirir una más aguda perspectiva sobre los vínculos entre la ética y la epistemología, acerca de la problemática, pero indisoluble relación entre el poder y el saber, para emplear los términos de Foucault. En el caso

de la historia, esa relación entre saber y poder se deriva, ante todo, del hecho de que, como ha señalado Michel de Certeau, en las representaciones que se elaboran del pasado, este funge como “ficción del presente”, por lo que esas elaboraciones constituyen alegorías de los dilemas contemporáneos.²⁹ De esto se deriva, por otro lado, la raigal subjetividad de toda operación historiográfica, de toda figuración sobre el pasado. Por eso considero totalmente pertinente la pregunta de Certeau: “¿Qué *fabrica* el historiador cuando ‘hace historia’?”. O, para expresarlo de manera más abarcadora, ¿qué construye el intelectual cuando piensa, o cuando parece que piensa?

Reflexiones finales: acerca de los clásicos

El elogio incondicional es antes vituperio que elogio.

Manuel Toussaint, citado en Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*.

Un libro –se puede inferir de “La biblioteca de Babel” de Borges– no es inagotable debido a su escritura, sino en virtud de sus posibles lecturas, que, en efecto, pueden resultar infinitas.³⁰ Esas obras que consideramos “clásicas” lo son, precisamente, porque posibilitan, quizá no infinitas, mas ciertamente incalculables lecturas. Las obras y los creadores “clásicos” comparten esa característica: perduran a lo largo del tiempo debido a su polisemia, a la diversidad de sentidos e interpretaciones que generan o que podemos desprender de ellos. Y lo hacen gracias, no necesariamente debido a las respuestas que ofrecen acerca de los dilemas humanos, sino a los problemas que contienen, a las inquietudes y las tribulaciones que provocan, incluso a las paradojas y las contradicciones que encierran, las que pueden

²⁹ Certeau (1985, p. 22).

³⁰ Borges (2017, pp. 137-145).

incitar lecturas inusitadas, incluso “heréticas”, que las cuestionen o hasta contradigan, o que trasciendan las obviedades a partir de las cuales dichas obras y sus hacedores han sido discernidos tradicionalmente. Las lecturas y las interpretaciones “devotas” contribuyen a que las obras pierdan su capacidad para transmitirnos cosas novedosas, a replantearnos y a dilucidar los dilemas que enfrentamos en el presente, que pueden ser muy distintos a los enfrentados por los autores de dichas obras. Tales lecturas, paradójicamente, tienden a agotar las obras escritas o artísticas ya que, en vez de enriquecer sus sentidos posibles, las transmutan en un conjunto restringido de lugares comunes, incluso en un manojito de consignas destinadas a nutrir determinadas ideologías, doctrinas o dogmas políticos, religiosos o de cualquier otra índole. Responden así a un “presentismo” banal y hasta demagógico que restringe y embota las creaciones culturales. Pueden incluso venerarlas como obras “sacras”, incuestionables y axiomáticas, por lo que sus comentarios acerca de ellas son mera liturgia, ritual, ornamento, protocolo, simple fórmula. Y esto es, en mi criterio, lo más alejado posible del conocimiento riguroso, tipo de saber que debe aspirar a vivificar, no a degradar, las producciones culturales. Así, también, se honra la integridad de dichas obras, así como a sus creadores, más allá de las discrepancias que podamos tener con ellos. En esto radica respetar la historicidad de la cultura y del quehacer de los humanos en el tiempo.

No a otra cosa he aspirado en estas líneas, que, más allá de mis discrepancias con el autor examinado, se fundamentan en el criterio de que solo una lectura “no devota” puede recuperar para nosotros, en el presente, la cabal dimensión histórica y cultural de un clásico –de cualquier clásico–; que solo tal tipo de ejercicio hermenéutico nos puede acercar a la dimensión humana más profunda de su creador. En este caso, a ese ser humano –paradójico, contradictorio, real, histórico– que fue ese dominicano, ciudadano universal, llamado Juan Bosch.

Bibliografía

- Borges, J. L. (2017). *Cuentos completos*, 4ª reimp. Ciudad de México.
- Bosch, J. [1940] (1974). Un pueblo en un libro en Jimenes Grullón, *República*, pp. 7-15.
- Bosch, J. [1966] (1979). *Bolívar y la guerra social*, 2ª ed. Santo Domingo.
- Bosch, J. [1933] (1983a). *Camino Real: Cuentos*, 3ª ed. facsimilar. Santo Domingo.
- Bosch, J. [1970] (1983b). *Composición social dominicana: Historia e interpretación*, 30ª ed. Santo Domingo.
- Bosch, J. (1984a). *La Guerra de la Restauración*, 3ª ed. Santo Domingo.
- Bosch, J. [1963] (1984b). *Una interpretación de la historia costarricense*. Santo Domingo.
- Bosch, J. [1970] (1986). *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe, frontera imperial*, 5ª ed. Santo Domingo.
- Bosch, J. (1987a). *Cuentos escritos antes del exilio*, 7ª ed. Santo Domingo.
- Bosch, J. (1987b). *Más cuentos escritos en el exilio*, 11ª ed. Santo Domingo.
- Bosch, J. [1955] (1988a). *Cuba, la isla fascinante*, 2ª ed. facsimilar. Santo Domingo.
- Bosch, J. (1988b). *Cuentos escritos en el exilio*, 16ª ed. Santo Domingo.
- Bosch, J. [1982] (1989a). *Clases sociales en la República Dominicana*, 6ª ed. Santo Domingo.
- Bosch, J. [1939] (1989b). *Hostos, el sembrador*, 5ª ed. Santo Domingo.
- Bosch, J. [1963] (1990). *David: Biografía de un rey*, 9ª ed. Santo Domingo.
- Bosch, J. [1959] (1991). *Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplo*, 5ª ed. Santo Domingo.
- Bosch, J. [1955] (1994a). *Judas Iscariote, el calumniado*, 10ª ed. Santo Domingo.
- Bosch, J. [1936] (1994b). *La Mañosa*, 21ª ed. Santo Domingo.

- Cassá, R. (1993). *Historiografía de la República Dominicana. Ecos: Órgano del Instituto de Historia de la Universidad Autónoma de Santo Domingo*, I(l) 9-39.
- Cassá, R. (2013). *Historiografía dominicana en Rodríguez Morel (coord.), Historia*, pp. 57-167.
- Certeau, M. de. (1985). *La escritura de la historia*. México.
- Chez Checo, J. (coord.). (2019). *Historia general del pueblo dominicano*, Vol. IV: Advenimiento de la modernización (1880-1930). Santo Domingo.
- Cordero Michel, E. (coord.). (2019). *Historia general del pueblo dominicano*. Vol. III: La lucha por la emancipación nacional (1790-1880). Santo Domingo.
- García Cuevas, E. de J. (1995). *Juan Bosch: Novela, historia y sociedad*. San Juan/La Vega.
- González de Peña, R. M. (1992). Campesinos y sociedad colonial en el siglo XVIII dominicano. *Estudios Sociales*, XXV(87), 15-28.
- González de Peña, R. M. (2020). *Formación y desarrollo histórico del primitivo campesinado de ascendencia africana en Santo Domingo colonial*. Tesis doctoral, Universitat Jaume I.
- Jimenes Grullón, J. I. [1940] (1974). *La República Dominicana: Análisis de su pasado y su presente*, 3ª ed. Santo Domingo.
- Peña Batlle, M. A. [1951] (1988). *La Isla de la Tortuga: Plaza de armas, refugio y seminario de los enemigos de España en Indias*, 3ª ed. Santo Domingo.
- Peña Batlle, M. A. (1989). *Ensayos históricos*. Santo Domingo.
- Piña Contreras, G. (1990). *Juan Bosch: Bibliografía (Precedida de una cronología)*. Santo Domingo.
- Rama, Á. (2002). *La ciudad letrada*, 2ª ed. Hanover: NH.
- Ramos, J. (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*. México.
- Rodríguez Morel, G. (coord.). (2013). *Historia general del pueblo dominicano*. T I: Aspectos metodológicos, culturas aborígenes, conquista y proceso histórico del siglo XVI. Santo Domingo.

San Miguel, P. L. (1999a). *El pasado relegado: Estudios sobre la historia agraria dominicana*. Santo Domingo.

San Miguel, P. L. (1999b). Las biografías de Juan Bosch: La construcción de una genealogía. *Revista de Estudios Hispánicos*, xxv(1-2) 173-184.

San Miguel, P. L. (2001). Visiones históricas del Caribe: Entre la mirada imperial y las resistencias de los subalternos. *Revista Brasileira do Caribe*, 1(2) 37-89.

San Miguel, P. L. (2004). *Los desvaríos de Ti Noel: Ensayos sobre la producción del saber en el Caribe*. San Juan.

San Miguel, P. L. [2004] (2011). *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. Santo Domingo.

San Miguel, P. L. [1997] (2012). *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*. Santo Domingo.

San Miguel, P. L. (2016). *Crónicas de un embrujo: Ensayos sobre historia y cultura del Caribe hispano*. San Juan.

San Miguel, P. L. (2019a). La economía y la vida campesina (fines del siglo XVIII-c1870) en Cordero Michel (coord.), *Historia*, pp. 171-233.

San Miguel, P. L. (2019b). *Intempestivas sobre Clío (Puerto Rico, el Caribe y América Latina)*. San Juan.

San Miguel, P. L. [1997] (2019c). *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*. Montréal.

San Miguel, P. L. (2019d). Los renglones campesinos y semicapitalistas (c1870-1930) en Chez Checo (coord.), *Historia*, pp. 21-62.

Sobre los autores y autoras

Gloria Amezquita

Co-coordinadora del Grupo de Trabajo “Crisis, respuestas y alternativas en el Gran Caribe. Intereses en temas migratorios y del Caribe”.

Jacqueline Laguardia Martínez

Doctora en Economía por la Universidad de La Habana. Profesora en el Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de las Indias Occidentales (The UWI), campus St. Augustine desde 2014. Fue profesora asociada en la Universidad de La Habana e investigadora asociada en el Instituto Cubano de Investigación Cultural ‘Juan Marinello’. Miembro de la Cátedra de Estudios del Caribe ‘Norman Girvan’ de la Universidad de La Habana. Coordinadora del Grupo de Trabajo de CLACSO “Crisis, respuestas y alternativas en el Gran Caribe”.

Matías Bosch Carcuro

Licenciado en Ciencias y Artes Ambientales por la Universidad Central (Chile); magíster en Ciencias Sociales mención Política por la Universidad ARCIS (Chile); y magíster en Gestión y Políticas Públicas por la Universidad de Chile. Ha trabajado como investigador, escritor, director de la Fundación Juan Bosch en República Dominicana, coordinador de investigaciones de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales en la Universidad APEC de la República Dominicana, donde actualmente es director del Departamento de Ciencias Sociales.

Felix Valdés García

Doctor en filosofía, investigador titular y profesor titular adjunto del Instituto de Filosofía de La Habana. Se ha dedicado al estudio de la

filosofía latinoamericana, en particular del pensamiento caribeño. Es autor de *La in-disciplina de Caliban. Filosofía en el Caribe, más allá de la academia*, La Habana: filosofi@.cu, 2017, CLACSO 2020; *Antología del Pensamiento Crítico del Caribe: West Indies, Antillas Francesas y Antillas Holandesas*, CLACSO, Argentina, 2017; *Leer a Fanon medio siglo después*, México: RLS, 2016, CLACSO, 2017, entre otros. Actualmente coordina el Grupo de Trabajo de CLACSO “Pensamiento crítico y emancipador del Caribe”.

Pedro L. San Miguel

Doctor por la Columbia University. Catedrático jubilado de la Universidad de Puerto Rico. Es autor, entre otros libros, de *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española* (Montreal, 2019, entre otras ediciones); *Intempestivas sobre Clío (Puerto Rico, el Caribe y América Latina)* (San Juan, 2019); “*Muchos Méxicos*”: *Imaginario históricos sobre México en Estados Unidos* (México, 2016), Premio Pensamiento de América “Leopoldo Zea” 2017; y *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960* (Santo Domingo, 2012; San Juan, 1997).

Daniel Montañez Pico

Doctor en Estudios Latinoamericanos y profesor en la UNAM, México. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO “Pensamiento crítico caribeño sobre raza y racismo”. Contacto: danielm9876@hotmail.com

Claudia Edith Serrano Solares

Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, correo electrónico: cedith.serrano.solares@gmail.com

Abdiel Hernández Mendoza

Profesor de Tiempo Completo de la Escuela Nacional de Estudios Superiores (ENES) Juriquilla, UNAM. Doctor en Estudios

Latinoamericanos la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y candidato al Sistema Nacional de Investigadores (SNI), correo: abdielhernandezua@aragon.unam.mx

David Ernesto Domínguez Carbajal

Licenciado en Geografía por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y estudiante de maestría en el Posgrado de Estudios Latinoamericanos por la misma universidad. Profesor adjunto en la Facultad de Economía de la UNAM. Entre sus intereses de investigación se encuentran los problemas de la reproducción del capitalismo dependiente, los desarrollos geográficos desiguales y la geopolítica en América Latina.

Martín Arcila Rodríguez

Filósofo colombiano egresado de la UN en Bogotá. Actualmente se desempeña como promotor de lectura y cultura ciudadana en iniciativas pedagógicas del Museo Interactivo de Ciencia y Tecnología Maloka, Colombia.

Enrique Toledo Hernández

Bachiller en artes (licenciatura) en Economía de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Maestría en Estudios del Desarrollo en el Institute of Social Studies, La Haya, Países Bajos. Actualmente, se encuentra terminando su grado doctoral en el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, en el Viejo San Juan, Puerto Rico. Es director ejecutivo del Think Tank decolonial Sociedad Sinergia. Se especializa en los procesos de financiarización y sobreendeudamiento de la economía de Estados Unidos de América en Puerto Rico, en las relaciones entre el racismo y las políticas económicas de Puerto Rico y en historia del Caribe. Dentro de Sociedad Sinergia, lleva adelante investigaciones sobre los procesos de burocratización del poder colonial de Estados Unidos en Puerto Rico, la financiarización de la economía y el proyecto de Vida Buena no-Occidental del primer gobernador electo en Puerto Rico y

un análisis de las implicaciones de la música occidental(izada) en el marco de las relaciones centro-periferia y criollo/indígenas-afros. Se encuentra investigando cómo las ciencias sociales estadounidense y puertorriqueña han convertido a Puerto Rico como objeto de estudio e intervención. También dirige el programa de Sociedad Sinergia “Haciendo Generación” disponible por YouTube.

Pensar el Caribe desde Juan Bosch y Eric Williams

A 50 años de

De Cristóbal Colón a Fidel Castro

Los textos reunidos en este libro nos invitan a reflexionar sobre el Caribe, su historia, su contemporaneidad y los muchos desafíos que enfrenta la región en sus esfuerzos por construir sociedades inspiradas en la imaginación, el quehacer y la transformación poscoloniales.

La compilación es resultado de la convocatoria impulsada por el Grupo de Trabajo de CLACSO "Crisis, respuestas y alternativas en el Gran Caribe" y la Fundación Juan Bosch conmemorando los cincuenta años de la publicación de dos libros fundamentales para entender el Caribe: *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: el Caribe, frontera imperial*, de Juan Bosch, y *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean 1492-1969*, de Eric Williams.

